Este libro es producto de un ejercicio colectivo en la búsqueda de encuentros y diálogos entre –y con– estudiantes de la Licenciatura de Educación Indígena (LEI) de la Universidad Pedagógica Nacional Ajusco, programa de educación superior pionero en América Latina para formar profesionistas de la educación indígena.

El texto ofrece testimonios producidos en un taller sostenido por más de un año, en donde el tema de la escolaridad vivida por jóvenes indígenas ha sido el eje. El ejercicio se planteó como contribución para repensar las escolaridades, las desigualdades y las diversidades, así como la docencia universitaria con jóvenes indígenas cuyas adscripciones comunitarias, culturales y lingüísticas son diversas.

En este sentido, procurar entender quiénes son nuestros estudiantes, de dónde proceden y sus experiencias escolares, sociales y culturales, devela aspectos centrales para potenciar la reflexión y el hacer durante la formación universitaria, así como el sentido de estudiar en un programa como la LEI. Conocer partes de sus historias escolares nos acerca a la posibilidad de desmitificar imágenes homogéneas sobre los jóvenes indígenas y, tal vez, sobre las visiones dicotómicas de la escolaridad destinada a esta población. Sin negar que la escolaridad ofrecida por el sistema educativo a los pueblos indígenas ha mostrado profundas inequidades en diferentes órdenes, los relatos de estos jóvenes abren a la complejidad de los escenarios en los que transcurren sus vidas y su relación con las escuelas.

SEP
SECRETARÍA DE EDUCACIÓN PÚBLICA

UNIVERSIDAD PEDAGOGICA NACIONAL

9 786074 131291

UNIVERSIDAD PEDAGÓGICA NACIONAL

JÓVENES INDÍGENAS EN LA UPN AJUSCO ◆ Gabriela Victoria Czarny Krischkautzky (coordinadora)

JÓVENES INDÍGENAS EN LA UPN AJUSCO

Relatos escolares desde la educación superior

Gabriela Victoria Czarny Krischkautzky
(coordinadora)

Adriana Martínez Contreras
Anita Peñate Álvaro
Eligio Ruiz Hernández
José Luis Godínez López
José Manuel Venegas
Judith Belén Medina Flores
Luis Alberto García Torres
María Carmen Pérez Gravioto
María de Lourdes Pérez Enríquez
Maricela Tenorio Flores
Socorro Alejandrina Jacinto Hernández
Viridiana Leyva Páez
Xóchitl Flores Cantú
Yasmani Santana Colín

POLVO DE GIS

JÓVENES INDÍGENAS EN LA UPN AJUSCO

RELATOS ESCOLARES DESDE LA
EDUCACIÓN SUPERIOR

UNIVERSIDAD PEDAGÓGICA NACIONAL

POLVO DE GIS

JÓVENES INDÍGENAS EN LA UPN AJUSCO

RELATOS ESCOLARES DESDE LA
EDUCACIÓN SUPERIOR

Gabriela Victoria
Czarny Krischkautzky
(Coordinadora)

UNIVERSIDAD PEDAGÓGICA NACIONAL

POLVO DE GIS

JÓVENES INDÍGENAS EN LA UPN AJUSCO.
RELATOS ESCOLARES DESDE LA EDUCACIÓN SUPERIOR

Gabriela Victoria Czarny Krischkautzky
gacza_2006@yahoo.com.mx

Sylvia Ortega Salazar Rectora
Aurora Elizondo Huerta Secretaria Académica
José Luis Cadenas Palma Secretario Administrativo
Adrián Castelán Cedillo Director de Planeación
Mario Villa Mateos Director de Servicios Jurídicos
Fernando Velázquez Merlo Director de Biblioteca y Apoyo Académico
Adalberto Rangel Ruiz de la Peña Director de Unidades upn
Juan Manuel Delgado Reynoso Director de Difusión y Extensión Universitaria

Coordinadores de Área Académica:
Dalia Ruiz Ávila *Política Educativa, Procesos Institucionales y Gestión*
Gisela Victoria Salinas Sánchez *Diversidad e Interculturalidad*
Joaquín Hernández González *Aprendizaje y Enseñanza en Ciencias, Humanidades y Artes*
María Estela Arredondo Ramírez *Tecnologías de la Información y Modelos Alternativos*
Mónica Angélica Calvo López *Teoría Pedagógica y Formación Docente*

Mayela Crisóstomo Alcántara Subdirectora de Fomento Editorial

Diseño de colección: Margarita Morales Sánchez
Corrección y cuidado de edición: Armando Ruiz Contreras
Portada: Jesica Coronado Zarco
Formación: Manuel Campiña Roldán
Fotografía de portada: Yasmani Santana Colín

Primera edición, mayo de 2012
© Derechos reservados por la Coordinadora Gabriela Victoria Czarny Krischkautzky.
Esta edición es propiedad de la Universidad Pedagógica Nacional, Carretera al Ajusco, núm. 24, col. Héroes de Padierna, Tlalpan, cp 14200, México, df www.upn.mx
ISBN 978-607-413-129-1

LB3605
C9.4
Czarny Krischkautzky, Gabriela Victoria
Jóvenes indígenas en la upn Ajusco. Relatos escolares desde la educación superior / Gabriela Victoria Czarny Krischkautzky.- México : upn, 2012
196 p.– (Polvo de gis)
isbn: 978-607-413-129-1

1. ESTUDIANTES UNIVERSITARIOS 2. UNIVERSIDAD PEDAGÓGICA NACIONAL (MÉXICO) - ESTUDIANTES 3. INDIOS DE MÉXICO - EDUCACIÓN

Queda prohibida la reproducción parcial o total de esta obra, por cualquier medio, sin la autorización expresa de la Universidad Pedagógica Nacional.
Impreso y hecho en México.

ÍNDICE

Prólogo • 7
Marcela Coronado

Docencia unversitaria con jóvenes indígenas • 11
Gabriela Czarny

Joven indígena: trayectoria de vida
Na ni macehuali, ni petok o ni nelhuayotok pan
se almontlalli kampa kamanalti nahuatlatolli • 29
Adriana Martínez Contreras

Xkeljuñ Ch'ol. estudiante ch´ol. El baúl de los recuerdos • 41
Anita Peñate Álvaro

Un zapoteco en la upn: ¿quién soy,
de dónde vengo y hacia dónde voy? • 53
Eligio Ruiz Martínez

Tengu ya m'ui ya bäsjä'i ñä n'a ra hñäki ha kut'i ha
ya ngunsadi habu hindi nt'udi nuna mfädi
El reto de ser indígena y sus implicaciones
en el ámbito escolar: una experiencia de vida • 67
José Luis Godínez López

Sobre la escuela • 89
José Manuel Venegas Hernández

Ya no soy la de antes, pero tampoco otra.
Reconociendo mi origen: impactos
de la formación recibida en la lei-upn • 97
Judith Belén Medina Flores

El inicio de uno de mis peores traumas • 105
Luis Alberto García Torres

¿Qué me ha traído hasta la UPN? • 111
María Carmen Pérez Gravioto

Jo'on jab i maruch. Yo me llamo María. Mis sueños• 119
María de Lourdes Pérez Enríquez

Ésta soy yo • 131
Maricela Tenorio Flores (Ínìma ií)

Laberinto de sorpresas y de logros (trayectoria de vida) • 141
Socorro Alejandrina Jacinto Hernández

Al final del tunel la luz • 155
Viridiana Leyva Páez

Soy indígena • 163
Xóchitl Flores Cantú

De los chivos y el pueblo a los muros de la universidad • 183
Yasmani Santana Colín

PRÓLOGO

Marcela Coronado

Este libro, coordinado por Gabriela Czarny, integra relatos de 14 estudiantes de la Licenciatura en Educación Indígena acerca de su trayectoria escolar desde la educación básica hasta su experiencia en la Universidad Pedagógica Nacional, Unidad Ajusco. Estos relatos fueron redactados a lo largo de varios meses en un taller de escritura convocado por la misma Gabriela. El resultado es esta serie de narrativas que muestran un complejo caleidoscopio que en sus múltiples aristas nos hace conocer, re-conocer y reflexionar sobre cómo se concretan en las vidas de estos estudiantes abstracciones como las relaciones inter e intraétnicas, los procesos identitarios, lingüísticos, culturales y socioeconómicos; el funcionamiento de las instituciones escolares, los procesos de escolarización de sectores marginados; las relaciones escuela-comunidad, y demás; a partir de un contexto de relaciones estructurales e históricas de las políticas educativas de México dirigidas a pueblos indígenas, cuyas claves proporciona la coordinadora de esta obra en su introducción.

Cada relato brinda un acercamiento a la comprensión *desde dentro*, desde el sujeto mismo que reflexiona, sobre las relaciones de racismo, discriminación e inequidad que enfrentó en carne propia durante su trayectoria escolar hasta llegar a la Universidad, y que alude a las características de las relaciones que en México se establecen con los pueblos indígenas y los sectores marginados urbanos y rurales, particularmente las mujeres. Autorreflexión que tuvo lu-

gar en el taller de escritura, convertido en un espacio de intimidad, de autorreconocimiento en el otro, de compartir lo propio, y sobre todo de descubrimiento de que lo vivido no era un hecho individual sino social. Y entonces el relato pudo tomar forma en una narrativa construida en un diálogo polifónico, que devino en una permanente reescritura no sólo del texto, sino de su significado en la memoria de cada autor o autora.

Encontramos cómo cada una de las trayectorias narradas se construyeron a partir de una selección de eventos significativos en las relaciones y condiciones sociales de la experiencia escolar, que dejaron una impronta en la vida de cada estudiante desde su primer contacto con la escuela. No hubo dudas en qué decir: las experiencias significativas de cada estudiante estaban allí. Han estado allí. Pero al narrarlas ahora, a la luz de la vivencia escolar en una universidad –que en la capital del país tiene una licenciatura dirigida a la población indígena– fueron resignificadas al ser comprendidas desde un distinto posicionamiento de los autores, tanto académico como político, lo que implicó una reinterpretación del pasado.

Qué decir, cómo decirlo y para qué decirlo implicó un volver a vivir de alguna forma aquello que quedó grabado en la memoria de la piel y del cuerpo. Entonces lo vivido individualmente y comprendido como un hecho aislado e injusto, pudo ser entendido como parte de la experiencia social e histórica de los pueblos indígenas o de sectores marginados rurales y urbanos en México. De modo que el cómo decirlo se refiere principalmente a la fuerza y claridad que debe contener cada texto para comunicar no sólo lo propio, sino la historia del *nosotros*. Y el para qué decirlo implica la decisión de contribuir –desde el relato de la propia experiencia resignificada– al cuestionamiento de los estereotipos atribuidos e interiorizados, a interpelar las formas de dominación y de injusticia social en las relaciones sociales que afectan las vidas de las personas, en procesos de revaloración, de reconocimiento, de resemantización, de crítica, de mirarse de otra manera, de restitución de la historia propia y de la historia del *nosotros*.

La colección de narrativas expuestas en este libro nos lleva a cuestionarnos sobre cómo se concretan las políticas educativas en las comunidades indígenas, rurales y urbanas, y sobre todo cuestiona las políticas económicas y sociales de este país. De forma tal que podemos advertir cómo inciden la discriminación, la injusticia y la inequidad que tienen lugar en las instituciones escolares en la calidad de los servicios educativos, en las marcas que deja un docente no comprometido, en los roles atribuidos a las mujeres, en las consecuencias sociales de la falta de recursos, herramientas y formación de los maestros, en los silenciamientos de las lenguas nativas, en el señalamiento en desventaja por ser diferente en cualquier ámbito social, en las formas que adquiere la intolerancia, en las distintas facetas de la violencia física y simbólica que de forma solapada o abierta opera tanto en la escuela rural y urbana como en las condiciones económicas de las familias, en el peso de la pauperización de las familias en la escolarización de los niños.

A través de las experiencias narradas, podemos también advertir el extremo dinamismo de los miembros de dichas comunidades indígenas, rurales y urbanas, del afán angustiante de las familias por enfrentar su situación económica, de su persistente reorganización que las lleva a adoptar múltiples recomposiciones con desgarramientos incluidos, del constante movimiento migratorio para mejorar o asegurar condiciones de vida, de las aspiraciones de los padres respecto de sus hijos, de la importancia que le dan a la escuela sin tener muchas veces la capacidad económica para apoyarlos, del papel de subordinación asignado a las mujeres, del trabajo infantil para quienes anhelaron estudiar, de la temprana autonomía de algunos estudiantes que desde muy pequeños tuvieron que valerse por sí mismos para poder estudiar, de las difíciles decisiones que se toman para acudir a la Universidad en la capital del país, de las diversas formas de enfrentar la intolerancia o incomprensión de los propios y no sólo de los otros, y también del más amplio reconocimiento por el apoyo y solidaridad recibidos tanto de los propios como de los otros.

Lo anterior nos lleva a examinar las formas de aproximación teórica y metodológica para comprender de forma más profunda, com-

pleja y dinámica a las comunidades indígenas, sin perder de vista lo que ocurre en otros sectores sociales invisibilizados. Pareciera que ya no son suficientes las perspectivas dicotómicas (indígenas/sociedad nacional, rural/urbano, indígena/mestizo, etcétera) y holísticas respecto a cultura, comunidad e identidad para dar cuenta de su vasta complejidad y de las distintas facetas intrincadas, contradictorias, conflictivas y dinámicas que inciden en la vida de las personas, frente a las que éstas reflexionan y actúan. Deberíamos explorar perspectivas que den mejor cuenta de estos procesos para que como académicos, docentes, estudiantes, podamos estar más preparados en las instituciones educativas para construir un sentido más poderoso de la utopía democratizadora de la interculturalidad emancipadora. Por tales motivos, este libro representa una valiosa contribución de la Universidad Pedagógica Nacional para el magisterio, los estudiosos del campo y sobre todo para el público en general.

Marcela Coronado Malagón
Enero de 2012
UPN Unidad 201-Oaxaca

DOCENCIA UNIVERSITARIA CON JÓVENES INDÍGENAS

Gabriela Czarny

¿Por qué estos textos?

El trabajo que presentamos forma parte y es producto del proyecto Relatos y producción de textos de la experiencia estudiantil de jóvenes indígenas en la UPN, Ajusco, que inició en septiembre de 2010 y finalizó en julio de 2011.[1]

La propuesta de trabajar con relatos sobre la escolarización de jóvenes indígenas tiene preocupaciones que como docente del programa de la Licenciatura en Educación Indígena (LEI) me interpelaron e interpelan en un ejercicio cotidiano de diálogos, silencios, encuentros y desencuentros que genera el acto pedagógico. La docencia universitaria en programas que han sido marcados por una "diferencia" puesta en la categoría de lo indígena, es un tema con varias aristas y, al mismo tiempo, poco atendido como objeto de indagación y análisis. Parecería ser que el hecho de enseñar en la educación superior requiere, principalmente, del dominio del campo teórico-disciplinario en juego

[1] La propuesta formó parte de las actividades apoyadas por la Unidad de Servicios y Programas de Estudio de Lenguas y Culturas Indígenas (USPELCI), que funcionó desde 2006 en la UPN, en el marco del Programa de Apoyo para Estudiantes Indígenas en Instituciones de Educación Superior (PAIIES), financiado por la ANUIES y la Fundación Ford. En fechas recientes esa unidad se renombra como PAIIES. Agradezco, además, el apoyo del Área Diversidad e Interculturalidad de la UPN Ajusco, a Alejandra Elizalde en las primeras sesiones del taller, así como a Paula Montenegro quien realizó una primera revisión para la edición de los relatos.

y de las problemáticas y debates centrales que configuran la historia del discurso llamado científico y marcado por los modos del lenguaje académico. Sin negar que desde perspectivas críticas lo anterior es tela indispensable, también reconocer que la elaboración del tejido –en tanto metáfora de producción–, requiere de articulaciones y dispositivos que permitan la conformación de *un entramado de sentido* para los sujetos involucrados. Esto último, o lo que se llama la enseñanza y el aprendizaje en la educación, es objeto de reciente atención en el campo de la investigación referido a la educación superior.

Entre las preguntas, de diferentes órdenes analíticos, que se me han planteado en el trabajo docente se encuentran ¿cómo miramos, escuchamos y dialogamos con los estudiantes de la Licenciatura en Educación Indígena? ¿Existe un perfil común (único) entre los jóvenes que ingresan a la LEI? ¿Los jóvenes indígenas que llegan a la universidad requieren de estrategias de trabajo "diferentes" o "diferenciadas" para alcanzar los objetivos que se plantean los programas educativos? ¿Cómo poner en acción el uso de las lenguas (indígenas varias y el español) y los lenguajes en los procesos formativos con un sentido que supere la folclorización de la diversidad? ¿Los jóvenes indígenas tienen mayores dificultades –supuesto fuertemente naturalizado en las concepciones del campo educativo– frente a las demandas de los lenguajes y prácticas del discurso académico universitario, que los otros jóvenes no denominados indígenas? ¿Cómo superar el trato paternalista instalado con los pueblos indígenas, en este caso sobre las relaciones docente-alumno, en una conformación histórica ambigua que promovió el racismo y la discriminación profundamente encubiertos tras la noción de mestizaje?

Identificar que entre los jóvenes indígenas del programa hay historias diversas que anteceden y orientan la llegada a la educación superior, ha sido central en el trabajo docente que realizo. De alguna manera, esas historias individuales y comunitarias me han ayudado a reconocer lo que orienta el por qué estudiar y también por qué salir de las comunidades para instalarse (temporalmente o de manera más permanente) en la Ciudad de México. Es un hecho que procu-

rar entender quiénes son nuestros estudiantes, de dónde proceden y las experiencias escolares, sociales y culturales que guardan, resultan aspectos centrales para potenciar *la reflexión y el hacer* durante la formación universitaria, así como el sentido de por qué estudiar en un programa como la LEI que busca formar profesionales para el campo de la educación indígena en el país.

La presencia indígena en la UPN Ajusco se ubica, principalmente por su visibilidad, en el programa creado en 1982 y conocido como Licenciatura en Educación Indígena (LEI); propuesta de formación para población indígena, principalmente, anterior a lo que desde 2001 se denominan acciones de afirmación positiva que buscan dar acceso y permanencia a los indígenas en la educación superior en México. La LEI se crea con el fin de contribuir a la formación de profesionistas para la educación indígena y, a la fecha, han egresado 27 generaciones. Este programa no forma para ser maestro de educación indígena, sino para el campo educativo amplio de la educación indígena, a diferencia del programa que ofrece la UPN en 20 entidades federativas conocido como Licenciatura en Educación Preescolar y Primaria para el Medio Indígena (LEPPMI), desde 1990, el cual tiene como meta profesionalizar a maestros en servicio (frente a grupo) de educación indígena que no han tenido una formación para ello.[2] En los inicios de la LEI, los estudiantes eran maestros y directores en servicio –con plaza y frente a grupo– de educación indígena (de la DGEI-SEP); en su mayoría hombres, quienes se trasladaban desde sus comunidades para residir en la Ciudad de México, ya que el programa era y aún es escolarizado y de tiempo completo, para adquirir un título de licenciatura. Algunos profesores de la UPN Ajusco que se encuentran desde el inicio del programa, señalan que muchos de esos primeros egresados se transformaron en "cuadros" para la educación indígena en sus entidades, y otros, en menor medida, continuaron con su formación académica de posgrado. En fechas recientes la mayoría de los

[2] Para una discusión más amplia ver Gigante (2004); Rebolledo (2009), Salinas (2011).

estudiantes son bachilleres, quienes son casi en prorcentajes iguales hombres y mujeres provenientes de diferentes comunidades indígenas del país (Czarny, 2011; 2010).

Reconociendo que hay una discusión iniciada sobre la presencia de jóvenes indígenas en la educación superior, aún contamos con pocos conocimientos sobre los diferentes aspectos y procesos que inciden en la permanencia y egreso de estudiantes indígenas en estas instituciones, así como sobre los modos en que los espacios académicos se replantean, o no, el trabajo docente, el currículum y la vinculación con la comunidad frente a los cambiantes escenarios estudiantiles y las formas de producir e integrar distintos tipos de conocimientos.[3]

Retomando los análisis de Moya (2011), entre los desafíos que identifica la autora, por ejemplo para el campo de la formación de docentes indígenas en programas de educación superior, a lo que agregaría a la formación de jóvenes indígenas en distintos ámbitos educativos escolarizados, se ubica centralmente el de avanzar con ellas/ellos en la reflexión sobre la propia cultura e identidad. Se trata de des-andar en las mentes y los cuerpos el mensaje hegemónico escolar en el que se plantea una sola lengua –el español– y una sola cultura –la dominante occidental– como valores universales incuestionable. Asimismo, siguiendo con estos planteos y –como hemos constatado muchos docentes que trabajamos en el programa de la LEI–, para posibilitar la generación de caminos escolares potenciadores de sujetos, comunidades y pueblos como los indígenas que históricamente han sido minorizados,

[3] En las últimas décadas, la discusión sobre programas para indígenas en la educación superior adquiere otra faceta al vincularse con las acciones que forman parte de las políticas educativas conocidas como de afirmación positiva, impulsadas en México desde finales de los años noventa. Con ellas, por ejemplo, se han generado apoyos para los indígenas con el fin de que accedan y permanezcan en la educación superior; asimismo, se crean instituciones denominadas universidades interculturales e indígenas. En este nuevo escenario de la educación superior y los pueblos indígenas, en la región Centro y Sudamérica se ubican diferentes modelos educativos que se ofrecen: las universidades indígenas, las universidades interculturales y las universidades convencionales o generales que albergan programas específicos para población indígena.

se requiere realizar con los estudiantes la deconstrucción de estereotipos que vienen de afuera para volver a mirar sus culturas en positivo. Lo anterior significa revisar y remontar creencias que se han instalado como verdades casi "naturales" entre indígenas y no indígenas, entre ellas, por ejemplo, las que señalan que es mejor que los padres enseñen a los niños el español y no la lengua indígena porque hablar esta última obstruiría procesos cognitivos.

Estas consideraciones, así como mi preocupación por la necesidad de replantear docencias para estos escenarios en la educación superior, son las que me han impulsado a llevar a cabo este ejercicio de reflexión y escritura con los jóvenes indígenas de la LEI, pero bajo otra modalidad académica, como un taller de reflexión y producción de escritura no mediado por la estructura del currículum.[4] Además, se vincula con otras preguntas referidas a la heterogeneidad de la población estudiantil indígena de la UPN, tanto en sus modos de construir adscripciones étnico-comunitarias en escenarios de migración, urbanos y universitarios, y en los modos de plantear futuros.

La propuesta del taller de construir un relato y un texto escrito, se basó en considerar que hacer explicitas las experiencias de los jóvenes participantes, en tanto sujetos de escolarización y a través de las narraciones, permite acercarnos a revisar los modos en que la escolaridad y los contextos de su producción han "formateado" ciertos conceptos y prácticas cotidianas. Se busca poner en evidencia la manera en que la experiencia escolar, en el nivel que sea del sistema educativo, supone un modo de incorporación e interiorización de los modelos sociales, políticos, culturales y profesionales. Como lo señalan algunas propuestas que se basan en las perspectivas conocidas como docencia reflexiva, se requiere, entre otras acciones, remover los propios procesos de escolarización de manera analítica y crítica para poder pasar a otros modos de actuación que no resulten en una mera reproducción de la propia historia de aprendizaje. Desde esta propuesta se busca

[4] El taller se realizó en tiempos diferentes al del trabajo académico que conforma la Licenciatura en Educación Indígena y no tuvo valor curricular.

contribuir con ese movimiento, al procurar hacer explícitas algunas de las pautas que orientan la actuación y las concepciones en los jóvenes, y que van conformando un modo de trabajo para su futura profesión, en este caso, como licenciados de Educación Indígena.

La invitación se abrió a estudiantes de 5° y 7° semestres de la Licenciatura en Educación Indígena (ciclo escolar 2010-2011). Entre los propósitos que se plantearon en la primera sesión se encontraban: dar a conocer experiencias escolares previas y actuales de jóvenes indígenas que cursan la LEI, así como aportar al debate sobre la experiencia formativa y escolar de jóvenes indígenas en instituciones de educación superior como la UPN. La propuesta de "escribir" esas experiencias se postuló en el sentido de contribuir, además, con los procesos formativos de los futuros egresados. Es decir, promover ejercicios de escritura libre para generar otras relaciones con la escritura y, con ello, la exploración de narrar sobre procesos de escolaridad mirados ahora en perspectiva.[5]

No obstante, los propósitos del taller –la escritura de relatos– se fueron configurando también a partir de la experiencia vivida en ese espacio, aspecto por el cual se ampliaron con varios sentidos. Así, a partir de la discusión colectiva se planteó la importancia de "escribir" y "hacer uso de la palabra escrita" para expresar experiencias de "nosotros, jóvenes indígenas provenientes de diferentes comunidades culturales y lingüísticas, de comunidades indígenas".

Se consideró también que los textos podrían ser de utilidad para diferentes actores del sistema educativo: maestros, directivos, otros jóvenes, y para las comunidades. Bajo el supuesto de que tener un material sobre las experiencias escolares de jóvenes indígenas, escritas por ellos, en las que se presentan algunos rasgos sobre el tipo de escuela cursada y los significados asignados a ellas, se dejan huellas de la operación del sistema educativo para los pueblos indígenas y para los

[5] Los relatos fueron creciendo no sólo en extensión, sino en cuanto a la habilidad que desarrollaron los autores para revisar, desde múltiples facetas, el texto escrito y su continua mejora.

no indígenas, así como algunos de los efectos de esas escolaridades. Por ello, la idea de relatar experiencias escolares previas y también reflexionar sobre la situación de los jóvenes estudiantes indígenas en la LEI y en la UPN, resultan los temas acordados en este proyecto.

La escritura (indígena) como doble estrategia en procesos de formación

La propuesta se planteó para desarrollarse en cinco sesiones de trabajo en taller presencial y la vinculación permanente en línea, no obstante, el trabajo en sesiones se amplió a nueve. La fuerza de los relatos desde la primera sesión de taller generó un ambiente de compromiso, intimidad y compañerismo en el sentido de que "nos pasan cosas muy parecidas y no lo sabíamos", vínculo que permitió un trabajo más colaborativo.

Los textos que fueron produciendo, paulatinamente, se presentaban a todo el colectivo, el cual realizaba comentarios diversos. Este proceso ayudó a muchos a "revalorar" una historia que parecía de poco peso y, para todos, entender aspectos que habían pasado desapercibidos en un recuento de acontecimientos escolares que no habían sido, tal vez, objeto de reflexión. El trabajo en grupo permitió discutir datos y procesos que se presentaban en los textos, así como establecer vínculos con los de otros, en otras palabras, se fueron ampliando los marcos de comprensión de cada relato al contrastar los diferentes contextos en que se construyeron sus historias. Así, las experiencias presentadas por los participantes no resultaban "datos de interés", sino que adquirieron un valor marcado por sentimientos que oscilaban permanentemente entre conflictos, dolor, negación y también de reconocimiento en positivo del espacio escolar.

El uso de la oralidad durante las primera sesiones ayudó a "soltar" pensamientos y a poner en palabras cosas pocas veces dichas en voz alta y en público para muchos de ellos. Refiero a poder contar, por ejemplo, la discriminación vivida, la marginación y la exclusión pero

también a relatar momentos y situaciones luminosas de esas experiencias escolares y como cada quien había logrado "superar" barreras que en esos momentos parecían infranqueables. Resultaron aspectos que para muchos fueron un "descubrimiento". Animarse después a escribir lo dicho fue otro desafío, no obstante, la fuerza del sentido que había adquirido el relato compartido facilitó procesos de escritura.[6]

La escritura carga una doble tensión para estudiantes indígenas: por una parte, para los que siendo hablantes de una lengua materna indígena han sido alfabetizados en español (bajo una perspectiva restringida del acceso a la escritura), los procesos de conflicto lingüístico –que marcan lo cultural, lo cognitivo y lo identitario– no han favorecido al desarrollo de la escritura en español ni en las lenguas indígenas. Por otra parte, se suma el deterioro escolar en las trayectorias de muchos de ellos (escuelas de segunda calidad) por las "ofertas" escolares a las que han tenido acceso. No obstante, también hay que reconocer que la dificultad de expresión y desarrollo de la escritura es un aspecto que se entiende en la vida universitaria como una "carencia" que se presenta en jóvenes no sólo indígenas, sino en la universidad en general, carencia explicada en parte como resultado de la expansión de la escolaridad básica con poca calidad o con calidades desiguales de acuerdo con los contextos (Zapata, 2008). En este sentido, la reflexión sobre los modos en que los docentes universitarios miramos habilidades como la lectura y la escritura académica, resulta un tema de reflexión sobre el que tenemos una materia pendiente.

La producción de los textos, tanto en su contenido como en su extensión, fue creciendo a medida que transcurrieron las sesiones de trabajo. Muchos de los participantes sintieron que pudieron decir muchas

[6] Asimismo, de modo paralelo a esta construcción, se revisaron materiales de lectura de diferentes tipos para impulsar la reflexión sobre lo que es un registro escrito, así como sobre algunos aspectos referidos a la educación indígena e intercultural. Se circularon otros escritos de profesionales indígenas quienes narran sobre sus experiencias de formación, también circularon poesías de autores indígenas y no indígenas para desmitificar que existe un solo modo de escribir, así como para resaltar el sentido del "decir" en lo escrito.

cosas, pero aún hay aspectos que no logran expresarse. Para algunos, haber estado en este proceso los conectó más con diferentes compañeros y los animó a contar y decir de dónde vienen. Para otros, la experiencia les permitió entender más el peso de la historia escolar en la formación de sus identidades y en la valoración de sus comunidades.

Construyendo relatos, construyendo textos

La idea de "relatos" sobre la experiencia escolar se planteó para este taller como una perspectiva a través de la cual los participantes pudieran abrir un espacio para la reflexión sobre diferentes aspectos, tiempos y sujetos vinculados con sus procesos escolares, tanto anteriores a la universidad como también sobre este nivel escolar. Alude a "modos de contar", y con ello, modos diversos de relatar en lo oral y en lo escrito; refiere a un escenario que permite el acto de contar lo que se pueda contar y guste contar sobre la historia personal, misma que nunca es tan personal porque siempre entra en juego el contexto social, político, cultural que acompañó a esa historia. En este sentido, y como diferentes propuestas lo indican, en estos procesos de narrar, la memoria y el recuerdo juegan un lugar central porque tienden un puente entre el pasado y el presente.

La propuesta de trabajo se planteó –a los participantes– abierta, sin limitaciones de tipo metodológico, es decir, al hablar de relatos, al inicio, hacíamos referencia a distintos tipos de textos que podían ser: especies de autobiografías o relatos (en el entendido de animarse a hablar y escribir de sus experiencias como ellos quisieran), o trayectorias sobre la escolaridad, ambas propuestas metodológicas que los participantes conocen, de algún modo, porque resultan temas leídos o tratados en el marco de la formación en la LEI. No obstante, lo que se resaltaba era la importancia de "contar/relatar" aspectos que han sido, por alguna razón, importantes para ellos (para cada uno) a la hora de pensar en la escolaridad pasada y la experiencia actual en la UPN.

Así, los ejercicios de escritura del relato se fueron planteando conforme cada quien lo estaba entendiendo: algunos se centraban en contar de manera cronológica ciertos aspectos vividos en sus procesos escolares, otros en contar sólo una parte de sus procesos y niveles escolares, algunos más en hablar de la escuela como excusa para abordar las implicaciones que el acceso a ella ha tenido para cada uno, sus familias y comunidades. Resalta el hecho de que casi todos los relatos (sin haber solicitado esto como rasgo que debería entrar en la producción de la escritura o como instrucción de trabajo para el taller), incorporan, de distintas maneras, las perspectivas sociales y culturales de las familias y comunidades de las que proceden, así como las condiciones de las escuelas a las que asistieron.

En las últimas décadas se viene trabajando en el campo de las metodologías cualitativas con el uso de biografías, autobiografía y narrativas –elaboradas por los actores centrales de los procesos en foco– como parte de estrategias de construcción de conocimientos diversos y también como estrategias de fortalecimiento identitarios. Con estas propuestas se busca superar, en parte, la dicotomía sujeto-objeto en la investigación, al procurar una producción de conocimiento cocoparticipativo. En este sentido, algunas propuestas plantean, por ejemplo, el uso de la autobiografía: narraciones producidas en proceso de investigación-acción y colaborativos, como herramientas para reformular identidades y pensar sobre el modo en que se fueron configurando las historias.

Estas propuestas consideran que a través de la autobiografía y los textos que para ello se producen, la persona interpreta y elabora el contexto en el que vivió y vive, y el modo en que participa del mismo. Ello representa, por un lado, la lectura del contexto en cuanto viene a presentar el modo en que cada uno entiende el mundo en el que vive y la experiencia que tienen en el mismo; y, por otro lado, su escritura, ya que presenta la construcción expresa que se hace de esta misma experiencia. En términos de Rivas (2010, p. 114), a través de estos ejercicios:

> […] la identidad se nos presenta, de este modo, como decodificación (o reconstrucción) del mundo, en primer lugar, y como construcción de la actuación en el mismo, en segundo lugar. Reflexión y acción integradas en una dimensión personal y en un mismo marco de comprensión.

Si bien muchos de los textos producidos por los jóvenes indígenas y no indígenas se enuncian con una dirección que apunta hacia la noción de "historias de vida" o "autobiografías" por la forma como inician: "nací en…", "mi vida escolar ha sido…", la producción no se planteó en estos términos estrictos. Me interesa distinguir que introducir elementos autobiográficos no siempre está implicando construcciones autobiográficas. En este sentido, y retomando los trabajos que analizan estas perspectivas, señalo que los textos se plantean más bien como relatos, narraciones, que no siempre mantienen un hilo temporal y secuencial (Peacock y Holland, 1993). Así también, se mezclan episodios escolares con otros episodios sociales que rebasan el relato autobiográfico escolar. Todo esto, considero, se acerca más a una construcción metodológica que nos pone en contacto con ciertas partes de las historias personales y de las historias socioculturales, además de que permite relacionar el conocimiento "ingenuo" que cada uno tiene de sí mismo, en líneas generales, con los sistemas sociales, políticos y culturales en que se ha generado. Así, aspectos que pueden pasar desapercibidos pero que son fundantes en los procesos de constitución identitaria y de comprensión de las realidades, refieren a poder responder a través de la conformación y construcción de relatos, aspectos como ¿qué significados tienen los hechos que se narran en las biografías/relatos?, ¿de qué modo han surgido y qué componentes o dimensiones del entorno intervinieron?, ¿qué tipo de respuestas dan los sujetos ante estos acontecimientos y con qué finalidades? El ejercicio de "mirar a la distancia", atravesado por la experiencia del trabajo comentado, analítico y crítico del colectivo del taller, favoreció estos procesos. En este sentido, la propuesta metodológica desarrollada tiene como sustrato lo que en perspectivas descolonizadoras se indica

como reescribir la historia (Tuhimai, 1999), es decir, volver a mirar/leer lo ocurrido no sólo para dejar testimonio de ello, sino como un ejercicio de conciencia política; estas perspectivas probablemente nos abran a otros diálogos indispensables para revisar prácticas escolares, de docencia e investigación.

Los autores de los textos

Presentan sus relatos, producto del trabajo en el taller, 14 jóvenes, quienes no habían compartido antes este tipo de actividades.[7] El rango de edad de los participantes fue de 23 a 32 años, de los cuales nueve son mujeres y cinco son hombres. En su mayoría tienen como antecedente escolar previo el bachillerato; algunos han tenido experiencias laborales como docentes en la educación indígena (una) y en el sistema general (uno), como asesores de Conafe (dos), y otros han trabajado y también migrado (a distintas ciudades del país y a Estados Unidos) antes de ingresar a la UPN. En este grupo la mayoría pertenece a pueblos originarios, y una menor proporción no forma parte de ellos; en este sentido, la interacción en el taller entre jóvenes indígenas y no indígenas, quienes comparten la experiencia de ser estudiantes de un programa denominado "educación indígena", resulta un ámbito fundamental para la apertura de diversos canales de comunicación. Con ello quiero destacar que tanto el espacio del taller, pero principalmente la experiencia de compartir el ámbito estudiantil en la LEI y en la universidad, es referente para *el ejercicio de traducción cultural* que se desarrolla como habilidad permanente –tal vez no trabajada intencionalmente desde las propuestas docentes– durante el proceso formativo.[8]

[7] Al inicio del taller comenzamos con 17 participantes (incluida yo) y, a lo largo del año de trabajo, fuimos 15 permanentes; no obstante sólo 14 terminaron con el compromiso de escritura de relatos.

[8] La noción de *traducción cultural* refiere a un ejercicio cognitivo que se desarrolla en contextos de interacción multicultural y multilingüe. Reconocer la diferencia –ser

Asimismo, la pertenencia comunitaria y la adscripción étnica entre los autores de los textos es muy diversa. Algunos mantienen un fuerte vínculo con la comunidad de procedencia y cuentan con su apoyo y las expectativas que ésta tiene sobre ellos. Otros, aunque no tienen ese respaldo de la comunidad, al estar en la LEI han construido o fortalecido el vínculo y el compromiso con sus comunidades.[9] Los que han migrado de la comunidad de origen desde muy pequeños y que han perdido vínculos con ella, señalan que el hecho de estar en la LEI les permitió, en varios casos, reencontrarse con el sentido de pertenencia comunitaria. Finalmente, los que no son indígenas señalan que la experiencia de formación en un programa como el de educación indígena revirtió sus estereotipos y concepciones construidos desde la historia escolar y oficial que se muestra y reproduce sobre los pueblos y comunidades indígenas.

Algunos de los jóvenes han venido desde sus comunidades de procedencia a la UPN Ajusco para estudiar en la LEI, ciudad donde residen durante sus estudios; otros viven en la Ciudad de México desde pequeños porque sus padres migraron de las comunidades de origen en búsqueda de trabajo y mejores condiciones de vida; y otros han nacido en la ciudad y su pasaje por la LEI en la UPN les ha permitido

diferente– a partir de la interacción con el otro, es un ejercicio que, en este caso, los jóvenes indígenas realizan intuitivamente desde edad temprana, como se observa en los relatos. No obstante, en la universidad ello parece implicar una traducción explícita en tanto adquiere mayores niveles de comprensión de los procesos escolares y socioculturales vividos, atravesados por el poder y las asimetrías de todo tipo.

[9] Estos aspectos no sólo se pueden identificar a través de los relatos que se presentan en este libro sino también en la ponencia colectiva elaborada por el grupo del taller, titulada "Indígenas en la educación superior: experiencias para repensar la educación para/con los pueblos originarios". Men diste len universidad: ret'a ko mbrit men par xjab ted men len/kon re yes men te (zapoteco de la Sierra Sur; Miahuatlan-Pochutla) (Indígenas en el nivel universitario, experiencias vividas para pensar dentro/con las comunidades indígenas); presentada en el II Foro de Promoción de la Diversidad Cultural, Educativa y Lingüística, en el marco del Movimiento Nacional por la Diversidad Cultural en México, evento académico desarrollado en la UPN, en mayo de 2011 (ponencia en prensa).

reencontrarse con sus orígenes culturales a través de descubrir procedencias no reconocidas anteriormente.

Entre los participantes, una parte habla una lengua indígena como: náhuatl, zapoteco, tun savi, hañahñú, tsotsil, mixteco, chatino; no obstante, no todos estos hablantes de lenguas indígenas se reconocieron con la ventaja de escribir sus lenguas. Otra parte, si bien no habla una lengua indígena pero se reconoce como perteneciente a comunidades indígenas, se encuentra en un proceso de revaloración y uso de éstas; y finalmente los que no son hablantes de una lengua indígena ni pertenecientes a una comunidad indígena, se han planteado la importancia de la adquisición de una de ellas. Estos procesos de recuperación de las lenguas nativas, como elementos identitarios, se vincula a los procesos de socialización y formación desarrollados en el marco de la LEI, como se puede identificar en los relatos de los autores.

Los trabajos que se presentan fueron escritos en español. Avanzado el taller se planteó la posibilidad de que se escribiera una introducción de los textos en la lengua indígena. Como se verá en el libro, algunos han escrito un resumen del texto en la lengua indígena con su traducción al español, otros pocos han puesto el texto completo en la lengua indígena y, entre los que no son hablantes de una lengua indígena, hay quienes quisieron hacer un resumen escrito en una lengua indígena, apoyados para ello en sus compañeros que son hablantes.[10]

Los textos producidos por los jóvenes universitarios indígenas revelan diversas situaciones referidas a las experiencias escolares, mismas que han transcurrido en tiempos y espacios múltiples. Algunos cursaron el kínder en instituciones de sus mismas comunidades, algunas de éstas son parte del subsistema de educación indígena (perteneciente a la Dirección General de Educación Indígena [DGEI-SEP]). Estudiaron la primaria en escuelas indígenas multigrado o de organización completa, otros en escuelas primarias rurales (no bilingües) multigrado o de organización completa, mientras que algunos asis-

[10] Los textos escritos en lenguas indígenas pasaron por una revisión entre hablantes de las mismas lenguas.

tieron a escuelas primarias generales en zonas semi urbanas y urbanas. Las escuelas secundarias a las que han asistido no pertenecen al subsistema de educación indígena sino al sistema educativo conocido como general –en muchos casos telesecundarias–, de tipo técnicas y otras diurnas. Entre los bachilleratos cursados se encuentran el Centro de Bachillerato Tecnológico Agropecuario (Cbeta), el Telebachillerato del Estado de Oaxaca (Tebao) y los del sistema abierto, así como los públicos y los particulares que se ofrecen en las entidades y en la Ciudad de México.

Finalmente, los relatos indican que para muchos el ingreso a la UPN fue una elección en la que predomino el interés, mientras que para otros, frente a las dificultades de acceso o de permanencia en otras instituciones de educación superior, la UPN resultó el lugar que los recibe y donde han encontrado un espacio formativo y también restitutivo. Lo anterior no oculta que también en la universidad muchos de los jóvenes indígenas perciben la discriminación –a veces implícita y otras explícita– por parte de diferentes actores presentes en la universidad en espacios y situaciones distintas.

No obstante, también la UPN y la experiencia en el programa de la LEI han representado para muchos la posibilidad de revisar concepciones arraigadas en ellos mismos sobre la imagen construida históricamente por la sociedad mestiza en torno de los pueblos indígenas. Esas imágenes, generalmente negativas, parecen haber iniciado un *proceso de reconversión* hacia lo positivo en muchos de ellos. En este sentido, la LEI de la UPN aparece como espacio "liberador" en un sentido freiriano del término, lo cual no quita que, a casi 30 años de creación del programa en esta institución, aún persiste en algunos sectores de la academia y entre los estudiantes, y también a nivel de la academia universitaria general de nuestro país, una visión en la que "lo indígena" es lo raro que se ubica particularmente, y en este caso, en programas como la LEI ¿Qué acciones requerimos desarrollar en instituciones de educación superior como la UPN y otras –donde la diversidad está presente en todos los programas educativos (y no sólo en la LEI)–, para avanzar hacia nuevas cartografías institucionales que

faciliten el circular de sujetos y conocimientos con base en la diversidad y la equidad? Retomando una reflexión de Sichra (2011), a partir de su análisis sobre experiencias de uso de la escritura en lenguas indígenas en programas de formación universitaria para indígenas en los Andes, señalo que existe una deuda histórica de la universidad pública para respetar, valorar e incorporar los conocimientos indígenas y sus lenguas. El desafío de cambiar y relativizar su supuesta universalidad debe empezar por los hechos –en las aulas–, no sólo a través de una legislación que retrase por años la apertura académica a la compleja realidad intercultural latinoamericana.

Referencias

Libros

Czarny, G. (2011). Jóvenes indígenas y educación superior: a propósito de la discusión sobre la escolaridad como práctica para desindianizar *vs*. práctica para empoderar. En M. Paladino y S. García (coords.). *La escolarización en los pueblos indígenas americanos. Impactos y desafíos.* Ecuador: Abya Yala-Universidad Politécnica Salesiana.

Gigante, E. (2004). Diversidad sociocultural y formación docente en México. En R. Cuenca, N. Nucinkis y V. Zavala (coords.), *Nuevos maestros para América Latina*. España: Morata.

Moya, R. (2011). Algunas reflexiones sobre la descolonización. Conferencia presentada en el seminario del Área Diversidad e Interculturalidad (junio). México: UPN.

Rebolledo, N. (2009). *La emergencia de una profesión indigenista y la profesionalización como descolonización* (Documento de trabajo). México: UPN.

Rivas, I. (2010). Vida, experiencia y educación: la biografía como estrategia de conocimiento. En Sverdlick, I. (comp.), *La investigación educativa. Una herramienta de conocimiento y de acción.* Argentina: Noveduc.

Salinas, G. (2011). *Formar docentes para la educación indígena: un acercamiento antropológico a una experiencia universitaria* (Tesis de Maestría en Antropología Social). México: ENAH.

Tuhiwai, L. (1999). *Decolonizing Methodologies. Research and Indigenous Peoples*. Nueva York: Zed Books.

Revistas

Czarny, G. (2010). Jóvenes indígenas en la Universidad Pedagógica Nacional, Ajusco: relatos de experiencias en educación superior. *Revista ISEES* (7). *Inclusión Social y Equidad en la Educación Superior*. Santiago de Chile: Fundación Equitas.

Sichra, I. (2011). Sacando la lengua de su escondite. La escritura académica indígena en la formación superior de profesionales indígenas. *Revista Páginas y Signos,* 7, 113-132.

Peacock, J. y D. Holland (1993). The narrated self: life stories in process. *Journal of the Society for Psychological Anthropology*. *ETHOS*, *21*(4), 367-384.

Zapata, C. (2008). Indígenas y educación superior en América Latina: los casos de Ecuador, Bolivia y Chile. *Revista ISEES*. *Inclusión Social y Equidad en la Educación Superior* (diciembre). Santiago de Chile: Fundación Equitas. Recuperado de *www.isees.org/download.php?list.11,* el 2 de diciembre de 2009.

Integrantes del taller (2011)
Foto de Socorro Alejandrina Jacinto Hernández

JOVEN INDÍGENA: TRAYECTORIA DE VIDA
NA NI MACEHUALI, NI PETOK O NI NELHUAYOTOK
PAN SE ALMONTLALLI KAMPA KAMANALTI
NAHUATLATOLLI

Adriana Martínez Contreras

Hace mucho, le dije mientras se sentaba
en mi regazo, allá en China les ataban los pies
a las mujeres para que no crecieran […]
Eso sucede aún en todo el mundo,
no son los pies los que atan es la mente, Carole,
y hay mujeres que aceptan y mujeres que no.

Claribel Alegría, *En la paya*

No toka Adriana Martínez Contreras ni eua ne comunidad Chimalaco tlen tlaskitok Axtla altepetl tloltocayotl San Luis Potosí, ni huechia nahuatlatolli pampa no nantli tech nonoski quema na ni tsikitetsi ka yani kamanalli. Ni se amatlacuilolli kampa tlatoa kampa ni petok tlamachtilkalme kampa ni mo machti nokia katle tech panotok na tlen sihuatl huan katle pano ipan ni hueyi kaltlamachtiloya tlen itoca ka kaxtlitekatlatolli Universidad Pedagógica Nacional.

Tlen ino ka ni moscaltitok no tatahua ino tech palehuique san kema ni mo machti primaria, secundaria pampa no tata tlahuen kokoxki ieka nochi ti ikonehua tech paleui katsa nopaxa tlamachtilli na tsa ni un tzonti secundaria ni calaki ni tekipano kaino ni paleui no sihuaikni ika ki tzonti mo machti preparatoria sempa yaya yaki tekipanoa noya sempa ni mo koempki nochampa huan ni

pehualti machtilistli sempa yon koalli ni tsontitoya kaltlamachtili no tata nech tekensti ika se telpokal katle na yon ni kiximati y huan amo ni kixtokatoya maske senkaki tlatolli ino y tatahua tlen inon telpokatl chikueyi tonalli yake no champa tlen kihuikaya miak tlanemakilli tsan pollitoya ome metstli tlen asis tonalli tlen ti mo namiktise na ipayaya ni nenehuelitoya ni cholos pampa na tlen huakma na ni nektoya ni sekilis ni mo machtis huan ya ni matoya tlan ni mo namiktis amoyok ino tech selis ni mo machtis ipan nopa tonalli tech payaloko no huampox Yoloxochitl yaya ni kiximatki nepa kema ni tekipanotoya San Luis Potosí kinextuya uan tech iluiko tla ni neki ni sekilis ni momachtis onka kakihuli ikan se tlapatiketl tlen ika yaya ni yekos ni tla chakos huaka na ni kito ke kena ino nixas ihuaya tsan ma tech chia na ni malchitis quema ni kisas tlen caliktic yaya tech chias ipan kampa asin teposkakahualme kiyampa tlen ka tonallis nias ni kilhui o ni malchilti no tata ke ka tonilis ikan tiotlan na nias hueka ni tekipanoti tlahuel kualanki kiyampa panuk se xihuitl huan tlaco tlen amo tech nonoski no nana san koalli mo kualanti no achkaikni tlato tla ni neki nias ma niya, ma ni momachti huan ma nichia katle na ni neki ni chias han ma ni yolpaki. Ama ipan ni tonalli amoyok nochi huikalme kinin tenketsa in itchpokahua huan kinin namiktiya kiyampa sanke ne tonalli kema na ni moscaltik nochi peki tlen kema na no cholo desde huakpa nochi ixpokame ikahuk mo selli ini tatahua quinin tekentsase. Ama nika nitstok kampa na ni nektoya nistos ka miak chikahualistli pampa ni tekipanoa kiyampa tlen natsa ni mo tlaxtlahuillia ino kaltlamachtilli. Ni mits pohualis tlake tech inin pano katle mo axiltia pan kaltlamachitili kampa inka kamanaltia se macehualcamanali na ni momachti ipan se secundaria federal kampa mo axiltitinenke san koyolconeme yeka na ni pinantineki huan amo ni nektineki ma ki matika tla na ni huechihua náhuatl yesek tonalli kema tech inin tlatlaneke to amatl kampa kitoa kema ni tlakatke huan tla ti ixpantitoke ipan ni mexkotlalli ni no huapox tech tlatlani ino amatl yaya kitak huan sempa tech tsintokili a ya ni mati kenke ti nesi tlahual ti kasempa pampa nika pan ni amatlakuiloli kitoa que ta ti mexkomacehualpetok pan ino tonalli na ayomo

ni matoya tlake kistoneki ino tlatolli na amo koalli ni matki tech ixpinahualti sempa kema ni asito nocha nimanika ni tsintokili no tata tlake kitosneki yaya tech pohulli kan opa katle panok amoyok ni neki ni nonotsas ni no huampox tlahuel ni koesike ika ni siuaikniutli. Sekinok cihuame tlen no paya comunidad tech ilhuia kenke inka ya ni mo namiktia kitoa ke se cihuatl amo tlahuel ipati se mo machtis pampa sanke nochi cihuame kema se tetokilia nopa tlakatl yaya katle ki tocaroa ki temos tlaxtlahuli huan katle ki hualikas tlakokohuali caliktik, huan katle tlatoa es ke se nana mas kualli istos pan ce ichampa se kinkitlahuis koneme kiyampa amo kema ni piyas yon se koesolli pero na mas ke tech ilhuia ke ya ni mokaki o ke ya amoyok aki tech nekis ke ya amoyok nikasis yon se se tlakatl ika ni mo chantlallis na amo nichihuili koenta katle na ni neki nimatsi ni tsontis ino kaltlamachtilli huan tla ni mo namiktis o ni mochantlalis nopa ni kahua ka teipa ikan se katle tech panitas huan amo tech sonkokomonis sanke seki naname kin chihua inin huehuehua pampa na ka nochi inon nemachtilli ya amoyok tsa ni mokahuas ni tlahuilanas katle malehuilitok. Tech ilhuia amo koalli tla ni mokahuas no seli pampa teipa chano ni panos kitoa ma ni mo ita pan no ahui amo tetokilli ama paya ki panotok amo aki kita kema kokoya amo aki ki tekenchilia se tlaxcalli se aotlli tlapoa tla ni mo namiktis no konenua tech itase ipan se tlakoakoalolli nokia ni ilhuilo amo ma ni mamahui ta nochi ti yekoa ti chihui amo mo neki se mits ilhuitos tlake polihui se cihuatl ki chihuas pan se ichampa. Tlen ka nika nistok ipan ni altepelt y uan pan ni kaltlamachtilli upn amo kema tech panotok tlen tech ixpantitoke tlen amo tech neki pampa ni kamanalti se macehualtlatolli o se tlatelchiualistli amo kema ni selitok y huan amo kan ni matok ipama no tlakayo. Nika ipan ni ueytlamachtilkalko (universidad) mo axiltia machtianime tlen hualohui kampa hueli tlatokayome tlen ni mexcotlalli huan nika mo nechikohua tlen katle ti kamanalti nahuatlatolli sekinok sanke: zapotecos, mixtecos, chol, raramuris, tsotsiles, otomíes, etcétera. Katle na ni kistok no tekixopoxohua amo mo kamanalhui ikan inin tlatol huelis na ni nehilia pampa pinahua huechihuase inin kamanal na ni kinin notsa ma amo ma pinahuka ma ki

akotlalika ini kamanal kiyampa amo ixpolihuis. To kamanal tlahuel ipati yampa tech ixpantia ipan ni mexcotlalli.

* * *

Mi nombre es Adriana Martínez Contreras, soy originaria de la comunidad de Chimalaco; este lugar se ubica en la Huasteca[1] en el estado de San Luis Potosí. Esta zona es muy apreciada por su diversidad y por el colorido de sus árboles, por la abundancia de ríos, cascadas y lagos, por la gente que habla la lengua náhuatl.[2] Chimalaco es una palabra de origen náhuatl que quiere decir "El lugar de escudos" de los guerreros aztecas y pertenece al municipio de Axtla de Terrazas.

Estudié en la escuela primaria de la comunidad, "Ricardo Flores Magón", dicha escuela es de tipo federal. A los 5 años es cuando me lleva mi mamá por primera vez a la escuela, que en ese momento fungía como jardín de niños y primaria; por lo tanto, mi salón era compartido por los que estábamos cursando preescolar y los de primer grado.

En esta institución es donde aprendí a pintar, recortar, dibujar y a pegar las primeras letras y números. La maestra me ponía a que dibujara la mano, la escuela, la casa, objetos, etcétera, era la más hábil en hacer las actividades que ella ordenaba. Aparte de enseñarme, me pedía que le tradujera las palabras que mis demás compañeros decían y también las indicaciones que daba la maestra, porque era la única que entendía las dos lenguas: el náhuatl y el español. Mis compañeros entendían muy poco el español, mejor dicho lo básico, casi nada, y la maestra solamente manejaba el castellano. Las clases siempre fueron muy amenas, comprensibles, tanto que en lo personal llegó a ser deseable ir a la escuela: sentía tanto gusto que hasta opté por decirle a la maestra *mamá de la escuela*.

---

[1] La región Huasteca comprende los estados de Veracruz, San Luis Potosí, Hidalgo, Tamaulipas, Querétaro y Puebla. El nombre *huasteco* se deriva del vocablo náhuatl *cuextecatl*, que tiene dos posibles orígenes, de *cuechtic* o *cuechtli*, "caracol pequeño o caracolillo", o de *guaxin* "guaje", que es una leguminosa pequeña.

[2] El náhuatl es el idioma de los mexicas, también conocidos como aztecas o nahuas. *Náhuatl* quiere decir "lengua suave o dulce".

Las estrategias que utilizaba la maestra durante el proceso de enseñanza-aprendizaje de sus alumnos eran el juego, los cuentos; y en varias ocasiones la maestra nos sacaba a caminar, correr, bailar, recolectar plantas y piedras, escuchar el canto de los pájaros y participar en las cosechas de naranja, mandarina, frijol y maíz.

Ahora soy una universitaria y me he puesto a pensar que ha de haber sido muy difícil para la maestra tener bajo su responsabilidad un grupo en donde la mayor parte de los alumnos hablaban náhuatl. Es impresionante pensar que jamás se quedó con las manos cruzadas. Se vio en la necesidad de pedir apoyo a los padres de familias, y creo que hasta elaboró su propio diccionario y alguno que otro manual para poder entender la lengua náhuatl. Tuvo que enseñarnos durante todo el preescolar y el primero de primaria en las dos lenguas, aunque no era el objetivo de la institución –cabe mencionar que la escuela no tenía la modalidad de ser primaria bilingüe–, pero aún así la maestra se esforzó y mostró una educación diferente. Recuerdo que siempre anotaba la traducción, y ahí se veía el interés que tenía de aprender de sus alumnos.

La discriminación

La secundaria en la que cursé mis estudios es de origen federal general, es decir, que la escuela no tiene la modalidad de educación bilingüe indígena. La institución se encuentra en la comunidad de Huichihuayan, que pertenece al municipio de Huehuetlan, San Luis Potosí. Esta comunidad está habitada por gente *mestiza*,[3] es decir, la gente que vive allí no habla ninguna lengua indígena. Allí me sentí discriminada por un suceso que ocurrió, un comentario que hizo mi amiga. En la escuela nos pidieron que lleváramos nuestra acta de nacimiento, entonces mi amiga me pidió mi acta para verla, la vio y me dijo:

—¡Ah!, ¿entonces tú eres indígena?

[3] En la Huasteca se llama *mestiza* a la gente que no habla ninguna lengua indígena.

Y me preguntó:

—¿Hablas náhuatl?

En ese momento me quedé callada, puesto que hasta ese instante yo había ocultado mi identidad. Y me dijo:

—Ahora entiendo por qué te ves mensita. Aquí en tu acta de nacimiento dice que eres de nacionalidad mexicana.

Para ese tiempo, yo aún no tenía el conocimiento de a qué se refería con el concepto de *mexicana*, y lo que me vino a la mente fue: "Entonces, en el acta de nacimiento de ella ha de decir que pertenece a la nacionalidad mestiza o cosa por el estilo".

Me sentí incómoda, y a partir de este acontecimiento dejé de hablarle y dejé de juntarme con ella. Opté por empezar a platicar y a juntarme con Maricela, ella domina la lengua *tenek* o huasteco.[4] Tanto ella como yo sufríamos de discriminación por el hecho de hablar una lengua indígena, por ser humildes[5] y por tener ciertas tradiciones.[6] Antes de que nos hiciéramos amigas, a ella se le veía con una cara de tristeza, con una autoestima baja. Hubo ocasiones que optó por no ir a clases. En lo personal, fue en esta etapa de mi vida cuando opté por revelarme y no permitir que me faltaran el respeto, rechazando cualquier acto de desvalorización hacia mi persona, en más de una ocasión a varias compañeras y compañeros del grupo les levanté la voz.

---

[4] Los huastecos se llaman a sí mismos *tenek*, viven en la región Huasteca, al oriente del estado de San Luis Potosí. Esta región está distribuida en 18 municipios. El huasteco es la única lengua de este grupo que se encuentra separada geográficamente del resto de las lenguas mayas; además, no tiene diferencias dialectales.

[5] En esta época yo veía que nosotros los indígenas éramos pobres. Ahora, a la distancia, me doy cuenta de que no es así, que también ellos, es decir, los mestizos, son pobres o de clase media.

[6] Con tradiciones me refiero a los trajes típicos que visten las indígenas huastecas, que consisten en una falda corta de color negro, blusa de colores fosforescentes o brillantes, *petob* (turbante de estambres entrelazados con el pelo cuyo tamaño varía según el municipio de origen), *quexquemetl* bordado con punto de cruz e hilos de colores con el dibujo del árbol de la vida, flores y animales de la región, *talega* o bolsa y el ceñidor. También me refiero a la lengua o idioma que se habla y a los rituales que practicamos en las comunidades indígenas.

En esta región de la Huasteca potosina, desde siempre, se nos ha visto a los indígenas como menos. Se nos ha llamado *burros*, como las tontas y los tontos, ignorantes, mucho más a las personas que hablan *tenek*. Yo me pregunto por qué el ser humano tiene que ser clasificado por categorías, como si fuéramos animales. En la Huasteca potosina los que no hablan ninguna lengua indígena son considerados como los mejores, los inteligentes, los que saben. Después sigue la gente de habla náhuatl y en tercer lugar está el pueblo *tenek*, pero también existe otro tipo de discriminación que es entre la gente de habla náhuatl y la que pertenece a la población *tenek*.

Desde que terminé la secundaria quería seguir estudiando, pero mi papá me dijo:

—Hija, ha terminado el apoyo económico para tus estudios. Si quieres continuar, dependerá de ti, porque no alcanza el dinero para que te siga pagando tus estudios. Tu hermano mayor está estudiando la preparatoria, pero él se apoya trabajando para continuar en la escuela. Yo, por más que quisiera, con la enfermedad que traigo encima, no puedo. Trataré de darles a todos ustedes.

Mi papá se refería a darles el apoyo a todos mis hermanos hasta la educación secundaria. Ante esta situación decidí salir a trabajar al pueblo más cercano de la comunidad, donde estuve cinco meses; después, me fui a la capital de San Luis Potosí, donde trabajé en una tienda de abarrotes, y con lo que ganaba contribuí al estudio de mi hermana para que terminara su preparatoria. A los tres años, regresé a la comunidad para retomar los estudios, con el poco recurso que tenía ahorrado, mientras mi hermana conseguía trabajo, respetando el trato que hicimos de que una vez que ella concluyera la preparatoria, me ayudaría para que yo también cursara la educación media superior.

Por la situación antes mencionada, en cuanto a mi familia se refiere, es que decido estudiar la preparatoria en la modalidad de sistema abierto. La escuela era un Centro Bachillerato Tecnológico Agropecuario (CBTA), que se encuentra ubicado en la comunidad de Jalpilla, del municipio de Axtla de Terrazas, donde acudía a asesorías los días sábados, ya que entre semana me dedicaba a trabajar para así

tener unos centavitos extra para cualquier emergencia o para completar el viaje que hacía para ir a la escuela, y a veces para comprarme un taco a la hora del recreo.

En esta institución, las sesiones de asesoría se realizaban de una manera colectiva, al igual que las prácticas. Las asignaturas eran divididas por módulos, se organizaban excursiones para salir al campo a ejecutar las podas, los injertos de plantas, la plantación de verduras, etcétera. Así como también trabajábamos en grupos de cinco estudiantes para la elaboración de embutidos (salchicha, chorizo, jamón, tocino) y otros productos como mermeladas y yogurt.

En busca de la felicidad

Lo que influyó para poder estar aquí en la Ciudad de México cursando la Licenciatura en Educación Indígena (LEI) en la Universidad Pedagógica Nacional (UPN) es que mi padre había hecho el trato de que me iba a casar con un joven al que yo no quería. Este suceso me hizo reflexionar, y era el interés de seguir estudiando lo que permeaba en mi persona; además, estaba consciente de que si me casaba ya no iba a poder seguir en la escuela; por esa razón, opté por revelármele a mi padre, diciéndole que no se le iba hacer el verme casada y le dije:

—Yo te aviso que un día de estos me voy de casa.

No tenía claro para dónde, y en eso llega mi amiga Yoloxochitl, a quien conocí cuando estuve trabajado en la capital de San Luis Potosí, para invitarme a la Ciudad de México. Me hizo la invitación porque yo le había platicado que me gustaría seguir estudiando. En concreto, lo que en ese momento me interesaba era Enfermería (más adelante explico por qué finalmente no cursé esta licenciatura), entonces, la invitación me cayó como anillo al dedo y le dije que sí, que sólo me esperara y que yo le avisaba el día que salía de casa.

Dicho y hecho: una tarde de domingo salgo de viaje para esta ciudad. Ante la situación de mi huida, mi padre se molestó mucho, dejó de dirigirme la palabra por un tiempo de año y medio. No pudo

creer que, siendo la hija mayor, me atreví a faltarle el respeto. Por su parte, mi madre, la tomó por el lado más tranquilo. La expresión de mi hermano mayor estaba completamente a mi favor. En el momento que me despedí de él sus palabras fueron:

—Hermana, respeto la decisión que has tomado. Ve en busca de lo que en verdad quieres y sé feliz.

Ya en la Ciudad de México, me dediqué a investigar sobre los exámenes de admisión para mi ingreso a la Universidad Nacional Autónoma de México (UNAM). Aún faltaban unos meses para que la universidad publicara la convocatoria para el examen de admisión, y mientras esto ocurría conocí a un doctor que me invitó a participar en una campaña de salud que se llevó a cabo en el estado de Guerrero los fines de semana. Yo y mi amiga Yoloxochitl viajábamos para el municipio de Teloloapan, de donde era originario el doctor. Para ese entonces yo iba en calidad de enfermera sin saber nada al respecto. El doctor tuvo la confianza y me permitió que yo aprendiera. Me brindó sus conocimientos. Estuve en varias cirugías reconstructivas y era la encargada de proporcionarle los instrumentos. Ya para concluir esta campaña, el doctor dejó que mi amiga y yo nos hiciéramos cargo de dos cirugías. Una fue de una niña de 8 años que tenía incrustados unos balines en los labios, y la otra fue de una señorita de 15 años a la que se le practicó la extracción de un tumor en una pierna. Y así es como terminé poniendo en práctica lo que había aprendido y observado.

Dos veces presenté el examen de admisión en la UNAM para estudiar Enfermería, pero no fui aceptada, y por Yoloxochitl me enteré de la UPN. Averigüé las licenciaturas que ofrecía y me interesó la de Educación Indígena, entonces, me preparé para realizar el examen.

Ya tenía el conocimiento de que en nuestro país, México, existen muchas lenguas indígenas, pero jamás pensé que dentro del aula de la universidad conviviría con un grupo en donde hubiera jóvenes provenientes de distintas culturas y lenguas indígenas. Lo que sí me gustaría es que mis compañeros se comunicaran en sus lenguas, porque hasta hoy, que estamos cursando el sexto semestre, no he escu-

chado que se comuniquen en la lengua indígena. Tal vez no lo hacen por pena.

En la carrera existe la interculturalidad porque hay una interacción entre varias culturas, lenguas, tradiciones, y hay integración y convivencia entre ellas mismas. Se ha hablado sobre el respeto a la diversidad y el enriquecimiento mutuo; sin embargo, no es un proceso exento de conflictos. Cuando se presenta algún problema se resuelve mediante el respeto, el diálogo, la escucha mutua, y se manifiesta ante el comité de la Licenciatura en Educación Indígena.

Estoy estudiando la Licenciatura en Educación Indígena para conocer más sobre la lengua náhuatl, las particularidades que tiene, y para que los conocimientos y experiencias que adquiero en esta institución pedagógica contribuyan a mi formación académica, que sirva para construir algunos métodos de enseñanza en mi comunidad; en específico, al proyecto educativo alternativo que esperamos construir.

Ideas de doña Socorro (Consejos, recomendaciones, sugerencias, mensajes)

Las demás personas, en especial las señoras de la comunidad, me han dicho:

—¿Qué esperas para casarte?

—¿Sabes hacer el quehacer?

Dice doña Socorro:

—Yo te he visto moler el nixtamal en el metate, hacer las tortillas. Cuando estabas aquí en tu casa –refiriéndose a antes de venirme para la Ciudad de México–, yo veía que no necesitas que alguien te ordene para hacer los trabajos del hogar. Tú sola te preocupabas por ver si hay nixtamal para el día siguiente; si no hay, pones el *nixkon*, guisas los frijoles. Te gusta mantener limpia la casa, barres, sacudes, recoges la basura, entonces, ¿a qué le tienes miedo? Dichoso aquel que sea tu pareja. Deberías de casarte porque el tiempo se está pasando.

Otras dicen*:*

—Mírate en tus tías, que no se han casado. A la edad que tienen pues ya no van a conseguir marido y ¿quién va a velar por ellas? Nadie. El día que caigan en una enfermedad y que estén en cama van a sufrir. En cambio, si te casas y tienes a tus hijos, ellos son los que cuando estés enferma te van a cuidar, procurar el alimento, asearte, etcétera.

—Para una mujer no es tan necesario estudiar, porque, como mujeres que somos, nacimos para estar en casa al cuidado de los hijos, ver por la suegra. Es mucho mejor que estés en tu casa para no generar conflictos con el marido, eso es lo que yo te puedo decir —termina diciendo doña Socorro.

Desde la perspectiva de algunas señoras de la comunidad y de doña Socorro, los proyectos más importantes de las mujeres parecen ser siempre los otros: los hijos, el esposo, la suegra; por esa razón, Socorro hace hincapié en que debo de casarme, estar en casa y atender al marido, idea que no comparto y que nunca he compartido, ¿por qué impedir que una mujer sea realmente una "mujer mujer" o mujer total?[7] Aunque algunos de la comunidad me sigan mirando con la expresión de que soy una "mujer quedada" por la edad que tengo (32 años), todo lo que ha ocurrido en mi existencia me ha permitido volar por cuenta propia y me ha ayudado a mantenerme, a caminar con los oídos sordos, pero continuamente haciendo una reflexión ante lo que deseo en la vida. Me casaré o me rejuntaré cuando yo lo decida, jamás permitiré que me impongan cosas. Es bueno tener una pareja pero donde la relación se dé de igual a igual, que no sea de subordinación, de discriminación. Será que crecí con esta idea porque me tocó presenciar en varias ocasiones cómo golpeaban a señoras y cómo las maltrataban sus maridos y ellas no hacían nada para defenderse.

[7] Dice Paulina Rivero Weber que la mujer total es la que lo puede todo al mismo tiempo, como equilibrista de circo en la cuerda floja: en una mano los hijos, en la otra el marido, con un pie maneja la casa, con el otro el trabajo, sobre su nariz en perfecto equilibrio, los estudios, y con la cabeza sostiene padres, hermanos, amigos, amigas.

Mi anhelo es la superación personal y comunitaria en todos los ámbitos: educativos, emocionales, etcétera, con la idea de querer ser y hacer algo más, sentirme bien conmigo misma, caminar, respirar libremente, ingresar a la universidad, salir fuera de casa y volver a entrar en ella con historias y experiencias que contar.

Referencias

Weber, P. (2007). *Se busca heroína*. México: Ítaca.

XKELJUÑ CH'OL. ESTUDIANTE CH´OL. EL BAÚL DE LOS RECUERDOS

Anita Peñate Álvaro

Ili tsijbuyaj tsi' melej jiñi Anita Peñate Álvaro, yujilbä lak tyañ yikoty kaxlañtyañ, woli tyi kel juñ ya' tyi Universidad Pedagógica Nacional (UPN), Unidad Ajusco tyi licenciatura cha'añ educacion indígena.

Ili tsijbuya tsa'bä kmele melbil cha'añ mi' päs yikoty mi' tsiktyiyel bajche kñusakiñ tyi kototy, tyij kel juñ yikoty kwokol tsa'bä kñusa yikoty woli bä kñusañ tyi jumjump'ej kiñ ila tyi pañämil, machbä yujulik ñaj'äyel lak cha'añ, mu'bä ikälel tyi lak ña'tyibal, kome jiñi lak ñusakin mach junlajalik, mi lak ñatyañ bajñejoñoñjaxla mi lak ñusañ kin bajcheiliji pero mach cheik kabäl lak kerañob jael mu'bä y ñusañob wokol yikoty tyijikñiyel jael, añ lotyoljachbä lak cha'añ, kome añ tyajol mi lak ña'tyañ che'mi lak tsiktyesañ ame lekojikix mi' ñatyañob jiñi lak pi'ä lob.

Yomka ili tsijbuya, tsa'bä kmele mukjax i käjñibäyel la' cha'añ, che'bajche joñoñlaj piälob yikoty jiñi kaxlañob mu'kax iñijkañ la' pusikal jatyety laj xwi'i koleletybälaj, mach yomik lak käkeñ y mälbeñoñlaj jiñi wokoltyak mu'bä lak tyaj tyi lak bijlel, yom tsäts mi lak kajñel yikoty yom tyijikñayoñlak cha'añ lak kujil cha'pej tyañ.

Mik käkeñ wokolix yäläyob jiñi kpi'älob tsajbä ajñi kikotyob ya tyi taller, cha'añ tsa'k jumuk ñusalojoñ kiñ, kome jujuñtyikilob jiñi kpiälob tsi' tsijbuyob i ñusakiñob jael, yikoty jael mik käkeñ wokolix yälä ja'el jiñi doctora Gabriela Czarny Krischkautzky kome jiñ tsa'bä ajñi kikotyloñ yikoty tsa'bä ikotyayoñloñ melojoñ ili tsijbuya.

* * *

Este trabajo fue escrito por Anita Peñate Álvaro, hablante de la lengua ch'ol, estudiante de la Universidad Pedagógica Nacional (UPN) Unidad Ajusco, en la Licenciatura en Educación Indígena. En este texto hablo acerca de mi identidad cultural, los obstáculos que he enfrentado, las huellas que quedan marcadas y las diferentes experiencias escolares y no escolares, también los retos a los que me enfrenté al salir de mi comunidad y llegar a la ciudad. Nunca podré olvidar este hecho, aunque muchas veces lo ocultamos por diversas situaciones, algunas de ellas se mencionan en el texto.

Espero que la narración sea de utilidad para los indígenas y los no indígenas, y que sea motivación para las nuevas generaciones, para que no nos dejemos vencer por las barreras a las que nos enfrentamos y para que estemos orgullosos de lo que somos.

Agradezco a los compañeros que formaron parte del taller por haberme permitido convivir con ellos, ya que cada uno elaboró relatos sobre sus vivencias. También agradezco a la doctora Gabriela Czarny Krischkautzky, que dirigió el taller, por confiar en nosotros y por el espacio que nos brindó.

La que me vio nacer

Soy originaria de la comunidad de Suclumpa, municipio Salto de Agua, Chiapas, que colinda al este con Guatemala, al oeste con Oaxaca, al norte con Tabasco, al sur con el Océano Pacífico y al noroeste con Veracruz. La comunidad se encuentra ubicada en la zona norte, Región VI Selva del estado de Chiapas. *Suclumpa'* proviene de la lengua ch'ol que significa: "agua de tierra limpia". En ch'ol significa *säk*: "limpio", *lum* "tierra" y *pa'*: "agua". Fue nombrado así por los primeros habitantes de la comunidad debido a que cuando el río crecía, bajaban piedras muy blancas y los primeros pobladores sólo hablaban la lengua ch'ol; por ese motivo se le puso el nombre en esa lengua. Suclumpa es una comunidad rodeada de riquezas naturales; su gente es muy linda y amable.

En cada amanecer el sol se asoma con su brillante y radiante rayo, que hace ver el paisaje dotado de hermosura, acompañado del cantar de los pájaros. Entre las rocas brotan los ríos y la brisa del viento le da vida y alegría a la comunidad. Todas las riquezas naturales que nos ha regalado la madre tierra benefician al ser humano, quien convive y crece con ellas, se reproduce, envejece y muere.

Soy hablante de la lengua ch'ol y como segunda lengua hablo español. Hablar una lengua indígena y provenir de una comunidad de este tipo son algunos elementos que nos hacen identificarnos y formar parte de la cultura indígena.

Pertenezco a una familia integrada por cuatro hijos, soy la segunda hija. Somos tres mujeres y un varón. Mis padres actualmente radican en la comunidad que nos vio nacer. En ella se profesan cuatro religiones: católica, presbiteriana, pentecostés y restauración. Gran parte de mi familia es católica y la otra parte cristiana, entre ellos existe el respeto de las diferentes ideologías.

Mi primer paso

Cuando cumplí tres años de vida, mis padres me inscribieron al preescolar ubicado en la misma comunidad. En los primeros días de clases no quería ir, ya que no me quería separar de mi madre ni de mi casa, sentía miedo al separarme de ellos. Llegué al salón de clases acompañada de mi mamá y vi llegar a los demás niños y niñas, acompañados de sus madres, sin pensar que ellos iban a ser mis compañeros de clase durante casi toda la educación básica y media superior. Cuando llegó la mayoría, la maestra nos encerró en el salón y las madres de familias se fueron y casi todos nos quedamos llorando, porque pensábamos que ya no iban a regresar por nosotros. Unos se subían en las sillas o en las mesas, gritaban por la ventana, y la maestra nos empezó a repartir dulces para que nos contentáramos. Cuando llegó la hora de la salida, mi mamá me estaba esperando afuera del portón. Me sentí feliz al verla. La maestra abrió la puerta

del salón y salí disparada sin darle importancia a los demás compañeros. Con el paso del tiempo me fui acostumbrando, fui conociendo a la gente y haciendo amistades. La educación preescolar es la primera etapa que nos ayuda a socializar.

Las lamentaciones y las huellas que dejan marcas

En 1995 sucedió una lamentable tragedia en una comunidad vecina a la mía. Esto se debía a conflictos de religión y, por otra parte, a la división que había entre los que apoyaban al EZLN y los que no. Una parte de la población apoyaba al Ejército Zapatista y la otra parte eran del Partido Revolucionario Institucional (PRI). Todo esto generó mucha tensión y violencia en la comunidad, llegaron militares y hubieron muchas muertes en esa comunidad vecina.

Después de esos episodios de violencia ya no podíamos estar bien. Al menos yo me quedé traumada, no quería ir a la escuela y dejé de asistir. Entonces mis padres decidieron irse de la comunidad. Nos fuimos unos meses a vivir a Cancún, Quintana Roo. Nos quedamos en la casa de uno de mis tíos. Mi hermana estaba cursando quinto grado de primaria y tuvo que dejar un año de estudiar. Yo también dejé de estudiar. Pasaron meses y nos regresamos a la comunidad porque mi abuelita extrañaba mucho a mi mamá, entonces mi hermana tuvo que recursar el grado, mientras que a mí no me afectó, porque apenas iba en preescolar.

Un paso más que seguir y mis travesuras

La escuela primaria donde realicé mis estudios es bilingüe, es decir, pertenece al Subsistema de Educación Indígena (DGEI-SEP). A esa escuela asisten tanto niños indígenas como mestizos; por lo tanto, algunos maestros radican en la comunidad, otros vienen de comunidades circunvecinas o de otros municipios; algunos son bilingües ch'ol-espa-

ñol, otros son monolingües en español, de modo que algunos de los maestros imparten la clase en español y otros en español-ch'ol.

Cuando ingresé a la escuela primaria bilingüe "Benito Juárez García", ubicada en la comunidad de Suclumpa, empecé a socializar con nuevos compañeros que no eran de la comunidad mencionada, sino que venían de otros pueblos vecinos. Esos niños y niñas se quedaban en el albergue escolar, y los fines de semana se regresaban a visitar a sus familiares, mientras que otros se quedaban porque no contaban con suficientes recursos económicos para poder viajar a sus casas. Muchos caminaban más de una hora para llegar a sus comunidades o rancherías, porque no había transporte para trasladarse, caminaban bajo el sol sin cesar, con los pies descalzos envueltos en el polvo y con la esperanza de llegar a casa y estar unos días con la familia. Cuando es temporada de lluvia los niños se ven obligados a quedarse en el albergue, porque los ríos crecen y no hay posibilidad de cruzar.

Dentro y fuera de clases algunos de los niños que éramos de la comunidad casi no platicábamos con los que venían de fuera, porque pensábamos que eran diferentes a nosotros, ya que llegaban descalzos y muchos no lograban entender español. En el salón de clases los maestros impartían la clase en español y no en la lengua materna. En algunos grados teníamos la suerte de que los maestros que nos daban las clases fueran bilingües (ch'ol-español), pero como las clases eran en español reprobábamos porque casi no lográbamos captar lo que decía el maestro, pero yo aun así pasé todas las materias. En algunos grados tuve maestros buenos y malos, como todo. Recuerdo que en tercer grado mi maestro era muy autoritario y de carácter. No nos dejaba hacer escándalos en el salón de clases. Como mis compañeros eran traviesos no le hacían caso al maestro y le decían de groserías en la lengua ch'ol. Él ni en cuenta, porque no entendía. Recuerdo que le decían "viejo pelón", "barrigón", "chimuelo", entre otras. El profesor sacaba su barrita de madera y les pegaba, les jalaba las patillas o las orejas, con eso mis compañeros se sentaban y ponían un poco de atención a la clase. Uno hacía lo que decía el profesor y yo era una niña muy tranquila y obediente. Viví esa experiencia, aunque

a mí no me hacían nada, pero aun así me daba lástima y a la vez miedo, porque veía cómo les pegaba a mis compañeros y yo pensaba que por coraje el profesor se llegaría a desquitar conmigo, por eso no me daban ganas de participar en clases.

Cuando iba en cuarto grado, se integró un compañero que venía de la ciudad. Su mamá llegó a trabajar en el colegio de bachilleres como secretaria. Empecé a tener una buena amistad con él. Era un niño muy amable, cariñoso, inteligente y muy tranquilo, pero los niños de mi salón no lo querían y lo discriminaban. En el salón él sufría de discriminación interétnica, ya que no sabía hablar ch'ol porque venía de la ciudad. Le aventaban sus cosas y le hablaban en ch'ol, pero no les entendía. A veces le daban ganas de llorar, entonces yo lo empecé a defender de mis compañeros. Cuando salíamos de receso me iba con él y empecé a enseñarle a hablar en la lengua, y aprendió algunas palabras. Casi no las podía pronunciar pero más o menos le empezó a entender. Yo le decía que no hiciera caso a los comentarios. Mis compañeros poco a poco dejaron de molestarlo, él tenía ganas de aprender la lengua para que los niños lo aceptaran y se pudiera comunicar con ellos y con la gente de la comunidad. Cuando en la escuela hacían eventos culturales, yo, mi amigo y algunos de mis compañeros participábamos en bailables para que él fuera agarrando confianza y demostrara lo que sabía y lo que era capaz de aprender. Así empezó a integrarse en las actividades que se realizaban en la escuela y comunidad, y fue agarrando confianza a los compañeros.

Cuando yo estaba en la primaria empecé a participar en diferentes actividades, por ejemplo, en la escolta y en danza folclórica. Llegamos a participar en un concurso regional, esa vez logramos ganar, y esto hizo que la escuela y la comunidad llegaran a ser reconocidas y valoradas por las otras comunidades. Esto hizo incrementar la matrícula en la escuela y que los padres de familia motivaran a sus hijos a seguir estudiando. A partir de esto tenía más motivos para participar en la escolta, y empecé a enamorarme del baile y de la danza folclórica.

Cuando ingresé a la telesecundaria de la comunidad de Suclumpa (no perteneciente a la DGEI), esos tres años los cursé en la misma

comunidad y muchos de mis compañeros provenían de comunidades vecinas. Ellos se veían forzados a salir de sus comunidades para seguir estudiando y salir adelante por la falta de escuelas. Unos rentaban, otros saliendo de clases se regresaban a sus comunidades en bicicleta, caminando o en transporte colectivo, atravesaban caminos que ponían en riesgo sus vidas, ya que hay mucho peligro en las carreteras y al caminar entre montañas se enfrentaban a diferentes animales que se les atravesaban en el camino. Ellos desde muy chicos se separaron de sus padres; ahora me tocó separarme de los míos porque estoy en la Ciudad de México estudiando la Licenciatura en Educación Indígena. Me he dado cuenta de cómo sufrieron, y me pongo en el lugar de ellos: aprendieron a vivir solos, a ser valientes y a depender de ellos mismos. Parecería que todo era fácil.

Cuando cursaba la telesecundaria tuve la oportunidad de ir en un viaje de estudio, que fue y sigue siendo significativo para mí. Ese viaje se dio por la asignatura de Patrimonio cultural, para conocer la zona arqueológica de Palenque y los museos del estado de Tabasco. Conocer estos lugares es descubrir el espíritu del mundo maya, admirar la arquitectura majestuosa que dejaron nuestros antepasados, ya que fue asentamiento de los poderosos gobernantes de la cultura y esto ha sido pieza clave para la reconstrucción de la historia de los mayas, así como conocer la historia de nuestra cultura. Esta materia me dio la oportunidad de visitar y conocer la historia y las manifestaciones artísticas de otras antiguas culturas.

El bachillerato al que asistí se encuentra en la comunidad de Suclumpa. Mis padres me dieron una vez más la oportunidad y el apoyo de seguir estudiando. De nuevo tuve la oportunidad de conocer gente que venía de otros lugares, hablantes de algunas lenguas indígenas y del español. Me dio gusto conocer a esos compañeros, ya que antes no había convivido con jóvenes tzetzales. Mis compañeros del bachillerato eran traviesos. Cuando no teníamos clase de alguna materia aprovechábamos para ir a jugar futbol, ir a los ríos o a ver películas. Cuando era temporada de mangos nos escapábamos de las clases para ir a cortar y comer estas frutas con mis amigas y amigos,

ya que en la escuela había muchas matas de mango. Un día antes nos organizábamos para ver quién iba a traer a escondidas el cuchillo, el chile, los refrescos, entre otras cosas, y los dejábamos escondidos atrás de los salones, sin que nadie se diera cuenta. Cuando las clases nos parecían aburridas, mejor nos salíamos, para no distraer a los demás compañeros. En este nivel, las materias que más me gustaron y que me siguen gustando son Ecología, Psicología, Filosofía y Didáctica. Me gustaron por la forma de enseñanza y porque las materias se me hicieron muy fáciles.

Algunos se preguntarán por qué la danza. Aparte de ser una experiencia, es una actividad sana para la sociedad y para evitar que los jóvenes cayeran en el alcoholismo, las drogas, etcétera. A mí me dejó huella esta actividad, aunque se me hacía algo difícil, ya que a veces me ausentaba de la escuela por participar donde nos invitaban, pero nunca dejé de lado la escuela y gracias a esa institución tuve la oportunidad de convivir, compartir, conocer otras lenguas, culturas y otra gente. Muchas veces aunque estemos en nuestros estados no conocemos las riquezas culturales que tienen, además, no les damos importancia. La cultura, la lengua, la flora, la fauna, entre otras, se expresan también en la danza. Hay que reconocer que los pueblos indígenas conservan aún los trajes, la alimentación, la danza, la música, las costumbres y, por supuesto, la lengua. De alguna manera, éste fue el hilo que me ayudó a tomar conciencia y valor hacia la cultura, gente y lengua, ya que antes no le daba importancia y fue un motivo para seguir estudiando.

Cuando me faltaba un mes para terminar el bachillerato, llegaron a la escuela a promocionar la escuela normal en la capital del estado, entonces decidí ir a sacar la ficha con una amiga, ya que las dos queríamos seguir estudiando. Pasaron como dos semanas y fuimos a presentar el examen. Llegaron más de novecientos alumnos a presentar el examen. Al terminar de presentarlo, nos quedamos un rato más para ver el resultado, pero desgraciadamente no logramos acreditar el examen, porque había mucha competencia. Entonces regresamos a la comunidad, porque al día siguiente era la graduación. Era el día más

feliz por haber concluido la educación media superior y a la vez triste por no haber pasado el examen. Además, cada quien partía a donde el destino nos dirigía y difícilmente nos podríamos encontrar de nuevo, ya que mis compañeros y amigos venían de diferentes lugares y la gran mayoría decidieron ir a trabajar, ya que no podían seguir estudiando por la falta de recursos o simplemente porque ya no querían seguir haciéndolo.

Mi primera vez

Como no acredité los exámenes, decidí ir a Cancún a visitar a mis tíos y a trabajar. Fue la primera vez que me separé de mis padres. Ellos no querían que me fuera a trabajar, querían que siguiera estudiando, pero como no me quedé en la escuela, me di la oportunidad de salir y conocer otros lugares. En Cancún tardé como un mes para encontrar trabajo, porque en las empresas me pedían experiencia y yo no tenía experiencia en esas cuestiones. Ya me había entrado la desesperación, hasta que por fin me aceptaron de cajera en la empresa Shoes por catálogo. Fue algo pesado para mí, porque nunca antes había trabajado en una empresa. Poco a poco me fui acostumbrando y el gerente de la tienda era muy amable y comprensivo. En esa empresa algunos de los compañeros venían de estados circunvecinos y otros eran de Cancún, estudiantes que trabajaban para poder sostener sus estudios. En Cancún aprendí a vivir y a convivir con otra gente y con mi tía, primas y primos. Aprendí a depender de mí misma sin la presencia de mis padres, pero nunca perdí la comunicación con ellos. Una vez fuera de casa, uno aprende a valorar lo que tiene y a motivarse para seguir estudiando, para tener una profesión. Así se me fue el año. Después regresé a Chiapas, ya que se estaba acercando la fecha para sacar las fichas en las universidades. Me enteré de la Normal Intercultural de Chiapas y fui a sacar ficha, luego saqué ficha por internet para la Universidad de Sinaloa, y después mi hermana mayor me consiguió la convocatoria de la Universidad Pedagógica Nacional (UPN) Unidad

Ajusco, donde pedían como requisito que presentáramos un trabajo escrito. El día del examen fui a San Cristóbal, porque ahí fue la sede para presentar el examen para poder ingresar a la UPN-Unidad Ajusco.

Pasaron días y llegó la hora para ir a presentar el examen en la Escuela Normal Intercultural "Jacinto Canek". El examen era en dos etapas: primero la de lengua y después la de conocimiento. Sólo llegué a presentar la primera, porque mis resultados de la UPN ya estaban, y me avisaron que fui aceptada. Ese fue el día más feliz de mi vida, ya que por fin fui aceptada en la universidad. Entonces mis padres ya no me quisieron mandar a Sinaloa por la distancia y decidí quedarme en la UPN Ajusco, en la Ciudad de México.

Empezando de nuevo

A finales de julio de 2008, vine a la Ciudad de México a inscribirme a la UPN. Cuando llegué me impresionó la ciudad. Me sentía rara porque no conocía a nadie. Llegué a buscar cuartos, se me hizo desesperante y pesado porque no hallaba ningún cuarto, ya me había cansado de tanto caminar hasta que por fin encontré. Ahí me tuve que quedar, no importaba cómo estaba el cuarto, lo importante fue que había encontrado dónde quedarme, decía entre mí, y me quedé a rentar sola. En la noche sentía miedo, no podía dormirme pensando en que me podía pasar algo.

Así me la pasé. Mi cuarto se sentía solitario, tenía ganas de regresarme a casa, hasta se me quitaron las ganas de seguir estudiando ya que extrañaba mucho a mi familia; perdí el sentido de la vida y me sentía en un laberinto sin salida. Los días se me hacían eternos y en un atardecer mis padres me hablaron para saber si me encontraba bien y yo les tuve que inventar una historia para no preocuparlos. Pasaron los días y por fin llegó el día para asistir a las primeras clases. Llegué al salón de clases y algunos de los compañeros ya estaban. Como en todo, empezó la presentación. Nos presentamos ante los compañeros para ir conociéndonos. Nunca pensé que me iba topar con unos compañeros que

venían del mismo estado que yo aunque de diferentes municipios, y mi impresión fue que en el salón había personas de diferentes estados y hablantes de algunas lenguas indígenas, cosa que no me esperaba, porque yo no sabía si existía la diversidad lingüística en el país. Uno se tiene que acoplar al nuevo ambiente, a conocer, a convivir con nuevos compañeros y maestros, a tener nuevas amistades y acostumbrarse a la nueva forma de vida. Uno tiende a reproducir elementos culturales ajenos, como define Bonfil Batalla la *cultura apropiada*: "Este ámbito se forma cuando el grupo adquiere la capacidad de decisión sobre elementos culturales ajenos y los usa en acciones que responden a decisiones propias" (Bonfil Batalla, 1988, pp. 13-53).

Ser joven en la Licenciatura en Educación Indígena de la UPN representa para mí, dejar a mi familia, seres queridos, distanciarme de la comunidad y dejar de hablar la lengua indígena y enfrentar de nuevo diferentes situaciones. Dejar de hablar la lengua materna no es que fuera definitivo, sino que no la hablaba porque no tenía con quién conversar en la lengua. Como mujer, uno se enfrenta a las críticas de la gente de la comunidad o de algunos familiares que afectan emocionalmente, pero gracias a Dios, a mi madre y padre, a mis tíos y tías y a otras personas cercanas, a mí me han motivado a seguir adelante y no mirar atrás. Al estar lejos de los seres queridos, pasan cosas que huelen a felicidad, tristeza y soledad. Aunque quisieras estar con ellos, la distancia no nos lo permite. A veces siento que estoy en un sueño sin despertar, pero en realidad es lo que se vive.

Tuve que migrar a la ciudad para tener una mejor profesión y mejor futuro para mí y para mi familia, también para aportar algo a la comunidad de donde procedemos. Tenemos la idea de que al tener una profesión tendremos mejores oportunidades laborales y podremos intervenir en el campo de la educación indígena.

Me quedé en la Licenciatura en Educación Indígena porque no tenía otra opción. Al principio no me sentía a gusto en la licenciatura, quería renunciar, pero mis padres no me dejaron; se me hacía algo pesado, las materias no me agradaban, pero con el paso del tiempo me fui adaptando y ahora me siento más motivada a seguir con la

carrera. Me he dado cuenta de que me ha servido mucho estar en la licenciatura, ya que he aprendido a entender y valorar mi lengua y mi comunidad. Muchas veces llegamos a negar nuestras identidades por tener miedo de enfrentar la discriminación. La Licenciatura en Educación Indígena me dio a conocer y a comprender la importancia de las lenguas indígenas, así como la existencia de la gran diversidad lingüística y cultural de nuestro país.

Referencias

Bonfil Batalla, G. (1988). La teoría del control cultural en el estudio de procesos étnicos. *Anuario antropológico* (86), 13-53.

UN ZAPOTECO EN LA UPN: ¿QUIÉN SOY, DE DÓNDE VENGO Y HACIA DÓNDE VOY?

Eligio Ruiz Hernández

Ndiab´a

Na ndelé Eligio Ruiz Hernández nakna estudiante len Universidad Pedagógica Nacional len Licenciatura Educación Indígena. Licenciad par toxkua re proyectos educativos par re men ñena or bisx disté. Lo yets re ko mkien'a ret'a kuan mbrit na desde ke ngolna, mdabna escuel hasta nal ko ya mer llelon'a Universidad, ko siemprka ndoblasna desde lut na ñena kuan ndoblas xutna rop xnana, rop men ko siemprka mke sin, par ke ngox ret'a xkesna ko mblexin lon'a. Dede lutna ngolna ñena mxiena len yes San Miguel Suchixtepec, yes ko nkelas na plo, yes ko mtedna disté lo rop xutna ñena lo re teina, kixkix rei, nal na xah disté.

Noga mkien'a ret'a yalti ko mbrit len escuel, ree yalti ko mbrit rop xut na par ke na ñena ree wesna nga kene escuel. Lo rop xutna ndabna ret'a ko nxakna nal, rop'a mda letr lona ñena na yedlasta na ko mblirei par ke nga ted. Ret'a mñen ko mke con na lo taller ko mda mbol Gabriela Czarny Krischkautzky noga mdoxkua yetsre, yets ko mbes ret'a ko mbrit rei lo ret'a escuel ko mkierei ñena noga rei nak men disté xe nare. Lo taller re, ngo dis de xe mod nak par ree mñen ko ndidis diste'e ñena ree ko ndied o ngol dib ye'es lut xe nare ke nge Universidad Pedagógica Nacional len Licenciatura Educación Indígena. Ñena xe mdo mbli rei par ke mdab rei, xe nak ret'a ko nlo

re mbol, xo ndexina o a'a, plo ndixei ñena plo yesal sin lo ret'a men ko ndro UPN. Ret'a ne xab ne xe mod nak Interculturalidad par ne, cho wali nxoi len escuel, len ret'a men ko nge escuel re, ko na mdoxkua taller re par ke yobei xe mod nak'a ñena tak gab men ko ndiak men naka. Myou ye las na reta ko mbli ne ñena reta ko mtedna len taller re con reta mien disté taga mien distil ko na ndista dib clas disté per na ndoblas ted dib'a ñena ndoblas ke sin par re yes disté. Kixkix reta men ko mbli gan mtoxkua yesre ñena kuetna que reta ko mkiena reta ko mbrit na, rexin lo re mien ko ndiqué tisna, par ke yen men ke tali men gan yexob men ta las men ñala nak men dib men disté. Ndola plo ndola na yed lasla xo nak la, nek'a plo ndied la, nek'a dis ko ndidisla por ke ret'a kue nde dis lo ke nakla.

Introducción

Me llamo Eligio Ruiz Hernández, estudiante de la Universidad Pedagógica Nacional (UPN) en la Licenciatura en Educación Indígena. Profesionales en la elaboración de proyectos educativos para las comunidades indígenas. En este pequeño trabajo que realicé, describo lo que ha sido mi vida desde el día en que nací, aspectos como son: dónde y cuándo nací, en qué lugar, ubicación del lugar, mi estancia en los diferentes niveles que cursé y todo lo que pasé para llegar a la universidad, que es lo que siempre quise desde niño y lo que mis padres querían para mí. Todo esto vivido en mi comunidad San Miguel Suchixtepec, comunidad a la que quiero mucho y en donde aprendí la lengua zapoteca por parte de mis padres y abuelos; gracias a ellos soy un hablante bilingüe. Narro también todos los retos que se me presentaron en la escuela y todo lo que mis padres tuvieron que pasar para que yo y mis hermanos pudiéramos estudiar, cosa que nunca podré olvidar. Todas las personas que estuvieron conmigo en este taller dirigido por la profesora Gabriela Czarny Krischkautzky, también elaboraron su propia narración dando a conocer todo lo que vivieron para llegar hasta donde ahorita están, siendo estudiantes indígenas y

no indígenas. En el taller se discutieron todas las problemáticas por las que pasamos para llegar a la UPN, específicamente a la Licenciatura en Educación Indígena, cómo hicimos para entrar y cómo nos enteramos de esta universidad, también en cuanto a lo laboral después de terminar la licenciatura. Uno de los puntos centrales a debatir fue la interculturalidad y cada quien se encargó de dar una versión del significado de este concepto y su existencia o no en la UPN tomando como punto de referencia todo lo discutido en el taller. Me gustó mucho haber participado en este taller porque aprendí muchas cosas de todos mis compañeros hablantes de una lengua indígena y de los no hablantes pero que están en proceso de adquirir los conocimientos necesarios para intervenir en la educación indígena. Gracias a todas las personas que hicieron posible este trabajo y espero que la narración que hice de mi experiencia como estudiante indígena sea de mucha ayuda y motivación para las nuevas generaciones de jóvenes indígenas de la UPN para alcanzar sus metas sin importar si hablas o no una lengua indígena. Estés en donde estés siéntete orgulloso de pertenecer a una comunidad indígena y nunca cambies tu identidad, tu cultura, tus costumbres y tradiciones y tu lengua porque forman parte de lo que tú eres.

Mi comunidad

Me llamo Eligio Ruiz Hernández. Nací el 23 de junio de 1986 en una comunidad llamada San Miguel Suchixtepec, Miahuatlán de Porfirio Díaz, ubicada en la región de la Sierra Sur en el estado de Oaxaca. San Miguel se encuentra aproximadamente a tres horas de la capital del estado y a 45 minutos de su distrito, Miahuatlán de Porfirio Díaz. Es de libre acceso, pues la carretera federal pasa por en medio; además, cuenta con servicios de transporte como taxis y camionetas de pasajes. Tiene una población de 2 mil 694 habitantes, según los datos del II Conteo de Población y Vivienda, de los cuales mil 776 son hablantes de la lengua indígena zapoteca, entre los que me incluyo. Cuenta con la mayoría de los servicios de comunicación; en cuanto a la edu-

cación, cuenta con los tres niveles educativos principales: primaria, secundaria, bachillerato, que son prioritarios para las personas que conforman esta comunidad.

Las elecciones de los representantes de la comunidad se rigen mediante el sistema de usos y costumbres "elecciones del pueblo y para el pueblo"; es decir, que el pueblo se encarga de elegir a sus representantes de manera directa, sin elecciones de partidos políticos.

La mayoría de la gente de la comunidad es de habla zapoteca, pero a través del tiempo la gente ha preferido la lengua castellana, y poco a poco la lengua zapoteca se ha ido perdiendo desgraciadamente.

En cuanto a la ubicación geográfica se refiere, San Miguel Suchixtepec se encuentra en la parte central de la Sierra Sur, rodeado de montañas ricas en vegetación y de grandes cerros llenos de pinos u ocotes, como se conocen en esta región.

Respecto a la agricultura, la mayoría de las personas cosechan maíz, frijol, calabaza entre otras cosas más para autoconsumo. Por el clima cálido de la comunidad, los productos que se dan son: durazno, manzana, pera, tejocote, cereza, granada y lima.

De un lugar a otro: mi hogar

Mis padres, el señor Guillermo Ruiz Sánchez y la señora Angelina Hernández Martínez, vivían en un pequeño poblado alejado de la comunidad de San Miguel Suchixtepec en compañía de mis abuelos maternos.

Al nacer yo, mis padres decidieron irse a la comunidad, donde encontraron un lugar para vivir, empezar una nueva vida y darnos a mí y a mis hermanos buena educación, porque mis padres siempre quisieron que nosotros fuéramos a la escuela para poder ser alguien en la vida.

Mis padres, para evitar que mis hermanos y yo camináramos dos horas diarias de la casa a la escuela, compraron un pequeño terrenito a las orillas de la comunidad de San Miguel Suchixtepec, donde construyeron dos casitas de madera.

Cuando cumplí 5 años, mis padres decidieron salir del lugar donde vivíamos porque decían que era peligroso en temporadas de lluvia, ya que se presentaban muchos deslaves que ponían en riesgo la casa y a toda la familia. Así, nos vimos obligados a salir de ahí para evitar accidentes.

Ahora nos ubicamos en la parte norte de la comunidad, en la calle San Marcial, donde crecí e inicié mi vida escolar. En mi familia me ubico como el segundo de los seis hermanos que somos y hasta ahora el único en estar estudiando una licenciatura.

Momentos que marcaron mi trayectoria escolar

Al cumplir seis años ingresé al preescolar José Vasconcelos (no perteneciente al subsistema de educación indígena, sino general), con una emoción enorme de poder al fin aprender a leer y escribir, pues me llamaban mucho la atención los libros de textos y quería descubrir lo que en ellos se decía.

Fue un gran año para mí, pues aprendí muchas cosas que me hicieron sentir más ilusión de poder entrar a la primaria en donde cursaba mi hermano Luis (el mayor) en el cuarto grado.

Al cumplir 7 años de edad, ingresé en la primaria rural "Miguel Hidalgo" (no perteneciente al Subsistema de Educación Indígena, sino general), para iniciar con mi educación básica y recibir los conocimientos para mi formación. Tenía muchas ganas de descubrir y aprender cosas nuevas.

Todos los días asistía a la escuela bien arregladito (sin uniforme porque en aquel entonces no se exigía portarlo) por los cuidados de mi madre, que se preocupaba mucho y que le decía a mi hermano que me cuidara y que saliendo de la escuela "derechito a la casa".

Los primeros años fueron buenos aunque existieron algunos problemas en cuanto a los profesores que nos asignaban, pues eran de los profesores que enseñaban con vara en mano y cuando no entendíamos o cuando hacíamos las cosas mal nos azotaban.

A pesar de estos problemas, pude terminar. Egresé de la primaria en el año 2000 con gran satisfacción por haberla concluido con uno de los mejores promedios.

En ese mismo año ingresé a la secundaria técnica 131 de la comunidad (no de la DGEI) con gran orgullo de mis padres. En esta secundaria la lengua indígena de la comunidad no se tocaba para nada, ni se le daba la importancia, pues todo se enseña en lengua castellana; y en cuanto a los maestros, no se nos permitía hablar en zapoteco en clases porque según ellos era una falta de respeto. Actualmente la secundaria técnica 131 es una de las escuelas más equipadas tecnológicamente hablando de esta comunidad. En este nivel, el conocimiento fue más avanzado y más complicado para mí, pero poco a poco me fui acoplando a esa nueva forma educativa, donde puse todo mi interés y ganas para sobresalir, y lo más importante para mí en este nivel era socializar con nuevos compañeros.

Mi socialización en este nivel educativo fue muy buena, porque muchos de mis compañeros venían de comunidades cercanas y manejaban la lengua castellana y la zapoteca; en cuanto a esto eran de la misma variante dialectal, así que no tuve problemas para comunicarme con ellos.

En los tres grados conseguí gran preparación en las materias impartidas, y sobresalí en las materias más importantes de la escuela. En estos tres grados, los maestros daban lo mejor de sí y se preocupaban por que sus alumnos asimiláramos los conocimientos que nos transmitían.

Lo que más me gustaba y me llamaba la atención en este nivel eran los eventos deportivos que se realizaban cada año, y luchaba siempre para quedar como integrante del equipo de basquetbol. Aunque no era alto, tenía la habilidad para jugar y, para asombro de todos, me gané un lugar en la selección y representé a mi escuela los tres años. Era un buen equipo y se ganaron muchos trofeos, que hasta el día de hoy siguen en la dirección de esta secundaria. Nunca pensé jugar basquetbol, pues de pequeño prefería el futbol, pero al entrar a la secundaria y ver a los chavos jugar, me nació la pasión de practicarlo.

El juego de mi vida fue cuando le ganamos a la secundaria técnica 9, de Miahuatlán de Porfirio Díaz, el rival odiado en casa. Con el apoyo de toda nuestra gente ganamos, pues era un equipo muy bueno y reconocido a nivel zona.

Así, terminé la secundaria en el año 2003 e ingresé al telebachillerato 99 (bachillerato general no del subsistema de la DGEI) de la misma comunidad, para seguir el camino del desarrollo intelectual en el medio educativo con el respaldo de mis padres.

Después de haber cursado los dos primeros semestres, tuve que retirarme de la escuela para enfocarme a mi familia como apoyo para mis padres que estaban pasando por un momento crítico, emocional y económicamente. En estos dos semestres, los problemas en casa influyeron en mí, y me empezó a "valer" todo, mis calificaciones bajaron rotundamente, y llegué al grado de reprobar.

Luego de un año de haber dejado la escuela, regresé para incorporarme con el objetivo de terminar, porque me di cuenta de que en un país como el nuestro es difícil sobresalir sin estudios.

Como forma de enseñar, los maestros se valían más de libros que de aparatos audiovisuales y videos. Preparaban su clase de manera que no ocupaban los materiales disponibles.

Al cursar el último semestre de este nivel, preparándome para buscar opciones para seguir mis estudios en el medio superior, me hicieron llegar una gaceta informativa de las universidades en el estado de Oaxaca. Así me enteré de la Universidad del Mar (Umar), e hice los trámites correspondientes para presentar el examen de admisión.

Frente a frente con la Universidad del Mar: un serrano en la costa

Al terminar el telebachillerato, viajé a la ciudad de Puerto Escondido, Oaxaca, para incorporarme a la Umar, después de aprobar el examen de admisión en la Licenciatura en Biología Marina.

Fue un poco difícil acoplarme a esta institución, ya que era un ambiente muy diferente al que crecí. Mis nuevos compañeros, para mí, eran groseros en su lenguaje, porque empleaban palabras que en mi contexto familiar y de amigos son ofensivas.

Al principio, me sentía raro entre los chavos que conformaban mi grupo, ya que todos venían de la zona costera, de lugares como: Puerto Ángel, Huatulco, Pochutla, Pinotepa, Río Grande, Roca Blanca, entre otros. Yo era el único alumno proveniente de la sierra; además, el único que hablaba una lengua indígena.

Algunas veces llegué a escuchar comentarios sobre mí que no me llegaron a ofender, palabras como: "serrano", para dar a entender que provenía de la sierra, pero eso sí, nunca escuché comentarios sobre mi etnia, porque a pesar de ser gente con un lenguaje diferente al mío le tenían respeto a las lenguas indígenas.

Poco a poco me fui involucrando en los trabajos colectivos y muy pronto hice buenos amigos que me brindaron su apoyo incondicional, que me fue de mucha ayuda, tanto en el transporte como en los trabajos. ¿Por qué digo en el transporte?, porque la mayoría de los chavos tenían un estatus social muy bueno, que les brindaba la oportunidad de contar con autos, que les facilitaban el transporte. Esto me daba una ventaja, no pagar pasaje y ahorrar algunos pesos. Cuando tenía oportunidad, les hacía la tarea; a cambio de eso me invitaban a comer y así satisfacía una de las necesidades más primordiales del ser humano.

Sin embargo, volví a tener problemas a mediados del primer semestre, y me di de baja por problemas de salud y más que nada por problemas económicos, ya que era y sigue siendo una universidad privada, con carreras muy caras en cuanto a materiales didácticos.

Estancia en el Consejo Nacional de Fomento Educativo

Al recuperarme, tuve la oportunidad de prestar mis servicios en el Consejo Nacional de Fomento Educativo (Conafe). Presenté este ser-

vicio en la Coordinación de Miahuatlán de Porfirio Díaz. De ahí, me mandaron a la comunidad de San Agustín Loxicha Pochutla, donde trabajé en la modalidad multigrado.

En esta institución me encontré con un gran problema educativo que se da en las poblaciones indígenas más retiradas del centro de la capital del estado de Oaxaca: la enseñanza de la lengua castellana. El objetivo de nosotros los instructores comunitarios era y sigue siendo rescatar la cultura, las tradiciones, las costumbres y, lo más importante, las lenguas indígenas en las comunidades, pero sin olvidar la enseñanza del español. Fue una gran experiencia para mí estar frente a grupos de niños y tenía el respaldo de las personas que solicitaron el servicio.

Los alumnos eran expertos en la lengua indígena y todo era entendible para mí, ya que hablaban la variante del zapoteco que yo manejaba. Hubo buena interacción entre el instructor-alumno y viceversa. Así, me di cuenta de qué tan importante era hablar una lengua indígena; por primera vez en la vida, me sentí orgulloso de ser zapoteco, situación que ni siquiera imaginaba tiempo atrás.

Lo que se les complicaba era la adquisición de la lengua castellana, pero no dejaban de practicarla, esto era lo más importante, y mi obligación era estimularlos para que se les facilitara aprenderla.

Durante mi estancia en esta comunidad, varios proyectos se llevaron a cabo con el apoyo de los padres de familia: construcción de jardines, instalación de mangueras de riego, hortalizas de rábano, col y calabacitas, entre otras cosas. Estas actividades extras, animaban a los chavos y les ayudaban mucho en su desempeño en el aula.

Mi servicio en el Conafe llegaba poco a poco a su fin, así que me puse a revisar y llenar documentos solicitados por las universidades del estado de Oaxaca para otorgar fichas, pero por estos días llegó a mi comunidad uno de mis mejores amigos, quien me hizo entrega de la convocatoria de la Universidad Pedagógica Nacional (UPN), de la Ciudad de México, en la cual se encontraba estudiando, y me explicó que en el plan de estudios de esta universidad se encontraba la Licenciatura en Educación Indígena (LEI). Yo desconocía totalmente esto,

pero me despertó interés, y me llevó a viajar a la Ciudad de México para presentar el examen en las instalaciones de la UPN Ajusco.

La LEI no era lo que yo quería estudiar cuando terminé el bachillerato, pero diferentes políticas que enfrenté al estar en el Conafe hicieron que me interesara por aprender cómo era la educación en las comunidades indígenas, la importancia de la lengua indígena y qué se estaba haciendo para mejorar este plano educativo.

Terminé el servicio en el Conafe el 7 de julio de 2008. Dos semanas después de haber dejado la coordinación, viaje a la Ciudad de México para entrar a la UPN, en la cual aprobé el examen de admisión días antes.

Mi llegada a la UPN Ajusco

Por fin, el 4 de agosto ingresé a la UPN Ajusco en la Licenciatura en Educación Indígena, a la cual me incorporé rápido, pues me enfrentaba con compañeros que venían de diferentes etnias y estados del país, y casi todos manejan una lengua indígena. Durante el primer mes, me costaba un poco de trabajo el participar y prefería quedarme callado, aunque tenía muchas cosas qué decir, pero poco a poco me fui dando a conocer y a tomar confianza; ahora doy a conocer todo lo que pienso y es muy difícil mantenerme callado en clase.

En los cinco semestres que he estado en la universidad he enfrentado diferentes problemas. A continuación expongo algunos.

La Licenciatura en Educación Indígena se ha caracterizado siempre por la unidad entre los estudiantes de los distintos semestres. Aunque han surgido diferencias de opiniones y puntos de vista, sigue presente el apoyo entre los alumnos de todos los semestres, que ha sido lo más sobresaliente en esta universidad.

Los temas que se han dado a conocer durante estos cinco semestres en las clases, me han ayudado a forjar una nueva ideología y una nueva forma de ver las cosas, he comprendido la importancia de las lenguas indígenas, que tiempo atrás me era difícil entender.

Durante mi estancia en la UPN, el problema primordial ha sido la economía. Estoy realizando mis estudios sin el apoyo de mis padres, porque así lo quise, ya que comprendo su situación con mis hermanos, que también intentan sobresalir como estudiantes. Haber llegado a la UPN ha significado mucho para mí y para mis padres. Desde pequeño mi objetivo siempre fue y sigue siendo terminar una carrera para apoyar a mis hermanos, quienes también quieren sobresalir en el difícil camino del saber escolar. ¿Por qué digo que ha sido significativo para mis padres? Porque ellos siempre procuraron que yo estudiara, aunque el nivel económico que tenían no les ayudaba, siempre han hecho todo lo posible por que sus hijos sigan estudiando y por que lleguen a ser alguien en la vida. Mis padres siempre han buscado lo mejor para sus hijos, pues ellos sufrieron mucho de pequeños y crecieron en el campo trabajando la tierra, comiendo lo que encontraban a su paso y durmiendo entre vacas, toros y borregos. No pudieron terminar sus estudios porque a sus padres no les alcanzaba el dinero ni para comer. Mi madre, al recordar estos hechos, no puede evitar las lágrimas; por eso, sus palabras siempre han retumbado en mi mente y me han ayudado mucho a seguir luchando y preparándome para lograr mis objetivos.

¿Cuáles son mis objetivos? Primero, terminar mi carrera y apoyar a mis hermanos para que también lo logren, y así quitarles un gran peso de encima a mis padres, que no dejan de trabajar día con día. Otro objetivo es contribuir a mejorar y rescatar la educación bilingüe, y darle continuidad entre las nuevas generaciones, procurar que la importancia de las lenguas indígenas no se quede en la educación básica sino incorporarla también en los demás niveles. Esto sería fabuloso e increíble.

Por otro lado, deseo apoyar a mi gente y a mi estado, que necesitan mucho apoyo en educación. Aunque es difícil, pero no imposible, hay que limpiar las manchas que han dejado la política y el mal gobierno en el estado de Oaxaca, y los que han sacado la peor parte son los niños que habitan cada rincón de esta enorme sociedad.

Todo lo que he aprendido en la UPN me ha servido de mucho para comprender lo que hay más allá de las aulas, de los alumnos, de los docentes y de los directivos que conforman cada escuela de nues-

tro país, así como por qué se dan los problemas de aprendizaje, qué factores intervienen, qué se ha hecho para hacerles frente y quiénes lo han hecho, qué hay más allá del fracaso, la deserción, el abandono, la repetición y el rezago escolar en las escuelas indígenas, quiénes son los responsables, e interminables incógnitas que han hecho que me interese más y más en el proceso educativo.

También he podido conocer la gran diversidad lingüística en mi estado y no sólo en el mío, sino en cada uno de los estados a los que pertenecen mis compañeros, quienes conformamos el sexto semestre de la LEI.

¿Interculturalidad en la UPN?

La pregunta que muchos de nosotros nos hacemos es ¿realmente existe la interculturalidad en la UPN? Esta pregunta ha causado mucha discusión entre los estudiantes de la LEI a pesar de los desafíos que han enfrentado como estudiantes indígenas en este tema. Antes de hacernos esa pregunta, tenemos que entender qué es la interculturalidad.

América Latina es un campo en construcción sin una definición común. Para algunos autores como el filósofo cubano Raúl Fornet-Betancourt, el intento de construir una definición de *interculturalidad* contradice el principio de construcción de espacios comunes donde versiones distintas del mundo se encuentran en igualdad de condiciones, de acuerdo con la definición de *interculturalidad* citada por Genner de Jesús Llanes Ortiz (2009, pp. 9-22):

> Se refiere a complejas relaciones, negociaciones e intercambios culturales, y busca desarrollar una interacción *entre* personas, conocimientos y prácticas culturalmente diferentes; una interacción que reconoce que […] las asimetrías sociales, económicas, políticas y de poder, y las condiciones institucionales limitan la posibilidad de que el *otro* pueda ser considerado como sujeto con identidad, diferencia y agencia, con la capacidad de *actuar*.

La definición anterior, para el caso de la UPN, me lleva a entender que no se da la interculturalidad, ya que el hecho de que se establezca la interacción y convivencia entre culturas diferentes no implican procesos de simetría y reconocimiento de las diversas culturas y saberes que traemos los estudiantes en el conjunto de la institución. Más bien, algunos de los procesos interculturales se dan sólo al interior de la LEI.

Debemos tomar en cuenta que cada estudiante tiene un punto de vista diferente, ya sea por el contexto en el cual se desenvuelve como ser humano o por su lugar de origen y desarrollo; esto hace que la interculturalidad esté presente en grandes mesas de debate.

* * *

Espero que este trabajo, que se ha hecho para dar a conocer una parte de la experiencia escolar y formativa por la cual he pasado, sirva para las nuevas generaciones de jóvenes indígenas y no indígenas que cursen una licenciatura en la UPN como fuente de motivación para trazar una buena trayectoria escolar sin importar el origen.

No porque vengas o no de una comunidad indígena, no porque hables o no una lengua indígena significa que no puedas realizar una licenciatura en una universidad pública como la UPN. Dejar atrás o ignorar aspectos discriminatorios que enfrentas como estudiante en una sociedad tan difícil como la nuestra, puede ser la clave de un futuro prometedor en tu trayectoria escolar.

Me siento muy orgulloso de hablar una de las lenguas más reconocidas en nuestro país, la lengua zapoteca, y de pertenecer a una etnia rica en tradiciones y costumbres que dan razón de lo que soy y hacia dónde voy.

Todo esto lo debo a mis padres, a quienes doy las gracias por haberme transmitido esa hermosa lengua. Me he comprometido con ellos para no perder cada aspecto que me enseñaron y transmitirlo a las nuevas generaciones sin pena ni vergüenza alguna, para poner en alto el nombre de mi región y de mi comunidad de origen.

Concluyo con la frase de Wilhelm von Humboldt, quien resalta la unión entre la lengua que hablas y tu ideología,

El rasgo fundamental del lenguaje es que los hablantes pueden hacer un uso infinito de los recursos finitos que proporciona su idioma. Aunque la capacidad lingüística es universal, la singularidad de cada lengua es una propiedad de la gente que la habla. Cada idioma posee su estructura interna, que determina su forma externa y que refleja la mente de sus hablantes. La lengua y el pensamiento de un pueblo son, pues, inseparables.

Referencias

Llanes Ortiz, G. de J. (2009). Mirada crítica sobre la participación, conocimiento y diálogo en las universidades indígenas e interculturales. *Aquí estamos. Revista de exbecarios indígenas de la IFP-México, 6* (10), enero-junio, 9-22. México:CIESAS.

TENGU YA M'UI YA BÄSJÄ'I ÑÄ N'A RA HÑÄKI HA KUT'I HA YA NGUNSADI HABU HINDI NT'UDI NUNA MFÄDI EL RETO DE SER INDÍGENA Y SUS IMPLICACIONES EN EL ÁMBITO ESCOLAR: UNA EXPERIENCIA DE VIDA

José Luis Godínez López

Xa hñei ga yopa venga gatho ya thogui stä thogui nub'u sti lotsi, ngue'a gue nzonga ma mfeni nub'u di beni nuya ts'o xuhña da thogui. Hinge ra nge'a di kanfri ge mahyoni ga pede nuna bède pa dä bädi mar'a ya ñ'oui ha da mats'i da unga nguenda ge ma mfädi di petsihu nuje di ñahe n'a ra hñaki xi mahyoni, madi b'u mar'a ya ja'i ingui ne ga ñahu ma hñakihu ha ya ngunsadi.

Pa gä fudi ga hña de geke, di kanfri ge mahyoni ga ma de habu dra mengu. Drä mengu de n'ara t'uka hnini ra thuhu B'oxo, Ra thuhu de nuna hnini ehe denda mayabu. Manga ra ya jä'i ya mengu di gehni ge nuna thuhu bi thutsui jnani ngue'a ge ha nuna hä'i xi mi ja ndunthi n'a ra ndapo ra thuhu dox'o.

Ha nuna hnini b'u ya jä'i petsi ya nañ'o ya mfädi denda ma yabu, b'u ra ja'i pä dä hoka ya b'ithi,(nuna di jupa pa da t'ent'a ya hme pa hinda kani ra pa) n'e di thoki ya nthiti,(nuna di jupa pa da juita ya tsibi nub'u hingi ne da nze), n'ehe b'u ra jä'i pä dä hoka ya r'onjua, nuna di thoki ko ra santhe de ra gu'ada.

Pe hingue sehe nuya mfädi ja ha nuna hnini n'ehe b'u ya ja'i pä dä ñä rä hñäki rä hñähñu ngu n'ehe ñä rä hñaki rä ñanfo. Tsa ga mahñun'ehe ge ya sehe n'a tuki rä jä'i ña rä hñäki rä hñähñu ha nu man'a made ña rä hñähñu pe n'ehe ñä rä ñanfo.

Te ma mfädi bi t'utkagi ha ma m'ui

Pa ga mä to'ó gi, mä gaä fudi gä mä ge di hehe de n ara t'uka mu'i habu sehe di petsi yoho ma juäda n'e yoho ma nju, sti petsi ma dada pe ma paya ya hingi b'u ko ngekehe nge'a ge bi met'o ha bi ma de nuna xihma'i, nubya sehe di b'uhe ko ma nana. Mahyioni ga ma ge gathogihe stä mahñe ge dra hñahñuhe pe hinga gathogihe di ñahe ra hñäki . To'o da padihe ga ñahe nuna hñäki dä pähe nge'a ge da y'ohe ndunthi ya jeya ko ma masitahe (ra nana ma dada, n'e ra nana ma nana) henge ra nge'a dä padihe nuna hñäki, n'e ya mfädi petsi petsi nuya däta jä'i. De geb'u pa ga ñahe ko ma masitahe inmi tsa ga ñahe de ga ñanfo nge'a ge inmi pädi sehe mi ñ ara hñähñu. Mahyoni ga ma n'ehe, ge Gatho ya mfädi di petsi mapaya xa t'utkagi ha ma hnini, ha ma mu'i, n'e ha ya ngunsadi habu sta thogi nub'u sti lotsi, ha hinmahyagy ya mfädi di petsi ko mar'a ya basja'i de mar'a ya hnini, ge'a jaki ga ma ge na'ño ma mfeni ha n'e ge'a jaki da nutkagi nañ'o mar'a ya jä'i.

Pa te mahyoni ga mahu ha ya ngunsadi

Denda ma ham'u ha ya xeka hnini mi t'ena ge mi joho ya bäsjä'i to mi ne da ma ha ya ngunsadi nge'a ge mi ja n'a ra ts'onfeni. Ra nts'onfeni mi hmä de geb'u, gehna: "ha ya ngunsadi sehe mi pa ya t'u de ya jä'i mi petsi ndunthi ya bojä, ha hinge mi pa ya bäsjä'i mya hyohya nguje". Mapaya nuna ts'onfeni ya hingui hmä, mapaya ha ya xeka hnini b'u ndunthi ya basjä'i ya hinge ne da m'ui ngu mi b'u ya jä'i de ma met'o habu xi mya zi hyoya . Nubya xa hma ge to'o pa ha rä ngunsadi tsa da mu'i man'a xa hño , henge rä nge'a ge ya ts'unt'u handi ge ma hyoni da ma ha ya ngunsadi.

Ngu da manga ha ra mudi nuna xeka befi, ga ña de ma mu'i ha ya ngunsadi nub'u sti lotsi xa hñe'i, pe ni njani ma ga tsapi ga pede habu ra mudi da fudi. Ra mudi ngunsadi da ma, ra thuhu Angélica Castro de la Fuente. Nuna ngunsadi ja habu dra mengu, Hara hnini Boxo. N'epu da kut'i ha ra ñoho ngunsadi ra thuhu Guadalupe Vic-

toria n'ehe ja ha ra hnini habu sti b'ui. Ha nuna gunsadi jo'o ndunthi ya xanäte ni xi ndunthi ya basjä'i, Xa hma ge ha nuna ngunsdi debe da n'tudi yoho ya hñäki; *rä hñähñu n'e ra nñänfo*, pe denda di beni nunca xa t'udi njani, hyastho ya xanäte sehe udi k ora hñäki ra hñänfo. Di kanfri ge'ä japi ge Mapaya ya ts'unto ya hingi ne da ñä ra hñähñu ya sehe ña rä hñänfo. Nehe di beni ge gatho ma ñoui to'o sti pegui nub'u sti y'o ha ra ngunsadi ähä mi pä dä ñä ra hñäki pe hinge nge'a mi nt'udi ha ra ngunsadi, sti padihe nge'a ge ha ma nguhe mi t'utkagihe. Tsa ga mä n'ehe ha nuna hem'i ge de geb'u nuje insti pädihe *ge ga ñahe n'a rä hñaki xma hño o xma nts'o nge'a ge mi joho toda zofogihe.*

Njani dä ma ha ra ngunsadi te'mbi de ga ñanfo ra secundaria nuna ngunsadi ja ngu nde ñ'ora de ma hnini ra thuhu hnini, ha de ga ñanfo Santuario.

Pa dä ma ha nuna ngunsadi ma nana mi faxki ra mudi pe n'epu bi xiki ge ge ya mi otho ya böja pa dä maxkagi, nub'u da fudi da mpe-fi, nub'u mi otho ya clase, sti pa ha ra däta hnini ra thuhu Nts'utk'ani, pa sti honga ra befi, sti faxa ya jä'i ra thuka ñ'i, ra thuka demxi, ra thuka dodim'axi n'e ra zofo detha. Ko ra böja sti tahä sti tanga ma dutu mi t'adi ha ra ngunsadi, n'e ma hem'i.

Di beni ge nub'u sti y'o ha nuna ngunsadi n'ehe mi pa mar'a ya basja'i hinmi ña ra hñaki ra hñähñu, sehe mi ñ ara ñanfo nub'u mi thengägihe nge'a ge nuje ahä sti ñahe nuna hñaki. Pa hinda thengägihe ma ñ'ouihe r'abu sti munts'ihe ha ga ñ'angihe pa ga ñahe ma hñekihe o rab'u nu'a sti ot'ehe hinga ñahe ha sti ñahe sehe ra ñanfo.

Mapaya ga beni gatho ya ngunsadi habu da thogi, ha r'aka ra kue, ngue'a ge indi kanfri hanga hindi nt'udi ma hñakihu, ma mfädihu ha ya ngunsadi , hanga ya xanäte hingi unga nguenda ge mahyoni da udi, ge nub'u inda uti ma hñakihu n'e ma mfädihu ramazits'u ma dä m'edi.

Rä b'ede nub'u da ma ko ya zubi

Nuna b'ede ma ga pede ha nuna hem'i, na tui de ma mu'i da thogi nub'u da ma da mpefi ha mun'a ra däta hnini t'embe de ga ñanfo Es-

tados Unidos. Di kanfri ge hinda za ga pede gatho nge'a ge mapaya ya bi thogi ndunthi ya jeya ha ya hindi beni xa hño gatho un'a dä thogi. Hinge ra nge'a ma ga tsapi ga pede n'a tui de nuna thogi.

Denda ma yabu ya jä'i ya m'e boxo mi poni de ya m'ui pa dä honga ra befi ha m'ara ya däta hnini ngu M'onda, nepu mi pengui ya hä'i pa mi hats'ui te dä zi ya jâ'i mi kohi ha ya ngu. N'epu, bi unga nguenda ge mi ja man'a rä luga habu ma n'a mi tsa da dähä rä bojä, nuna luga mi t'embi rä Norte. Nhjani gatho ya basjä'i ya inmi ne da ma ha ra ngunsadi o ya inmi ne da juata ya estudio nu'a mi ot'e da ma da mpefi di gehni.

De geb'u di beni ge nuga sti ne ga juata ma estudio pe mi joho to'o da maxki, ma nana mi otho ra bojä, nub'u mi jaki ga mpefi cada mi hotho ra escuela paga jut'a ma pasaje o pa ga tanga nu'a mi etka ra b'edi.

Ra jeya 1999 da juata ra preparatoria. Da ne da ma ha ra däta ngunsadi ha rä hnini M'onda ra thuhu UPN pe hinda thogi ra examen. Nub'u dä pengi ma ngu ha da zofo ma juäda mi y'o ri n'andi (rä norte) pa xa maxkagi stä ma de gehni n'ehe.

Di beni ge da poni de ma hnini n'ara n'ate ma goho ra zana ra septiembre pa sta ma ra norte. De ma hnini dä poni mi xu'i ha da otuabihe yo xui n'e n'a pa pa da tsenihe habu t'embi ra frontera. De gehni da y'ohe ha ya t'oho, habu mi otho ra dehe, mi ja ndunthi ya m'ini, ha xi xma pa ra hyadi, mi otho te ga tsihe, da y'ohe de pa ha de ga xui ngu n'a semana k ora nzabi ha k ora thuhu n'ehe ni njani ahä da thogihe ha da tsohñe ha ya hä'i ya zubi.

Nub'u ya sti y'ohe de ri na´ndi ha ya hä'i ya zubi, da unga uenda ge m'onda xi ra zi hyoya, nge'a ge de gehni ja ya hoga ngu, ja ya hoga ñ'u ha gatho xi ma hotho Gatho nu'a sti handi mi ja de gehni ha ma hä'i hinmi otho, henge ra nge'a dä unga uenda hanja ya jä'i xi mi ne da ma de gehni.

Da b'u de gehni ndunthi ya jeya, sti mpefi hyastho ko ya jâ'i ya me M'onda ha de mar'a ya däta hnini de mar'a ya luga; ngu ya jâ'i ya mengu El Salvador, Guatemala, Colombia ha mar'a ya jä'i de mar'a ya luga, pe nehe sti mpefihe hyastho ko ya jâ'i ya zubi.

Tsa ga mä ge nub'u da b'u de gehni, xma hotho nge'a ge mi ja ndunthi ra b'efi, mi ja nduthi ra bôja pe n'he tsa g ama ge xa nts'o

nge'a ge de gehni hingi tsa gi ñä ri hñäki, nixi ra hñähñu ha nixi rä ñänfo ngue'a sehe tsa gi ñ a ra hñäki ra inglés. Xa ntso n'ehe nge'a ge ge nub'u gi y'o de gehni hingi pädi ham'u gi pengi, thogi ndunthi ya jeya pa gi yopa handa ri jä'i, sehe tsa gi ñaui ha rä t'exgu tat'a hñato.

Di beni ge ha ra befi sti tsudi mär'a ma ñ'oui de M'onda ha sti ambi nub'u mi pädi ham'u da pengi ya hä'i. R'a mi xiki ge ina, ge inmi pädi ham'u da pengi, ge pa dä pengi debe xa munts'a ndunthi ra bojä nge'a ge ha m'onda mi otho rä befi nixi rä bojä.

Ko nuya noya mi xiki mar'a ma ñ'oui nuga insti pädi te ga pefi n'ehe, nge'a nuga mi ja ma mfeni ge inga mpefi gatho ma te de gehni ko ya zubi. Nuga mi ja nañ'o ma mfeni. Njani da pengi ma ngu M'onda, pa ge'a ya sti petsi yoho ma xeka bätsi. Da y'o ra ya zana inste ti pefi ha ma hnini, nepu bi sehe n'a ma juadä mi pa ha ra däta ngunsadi M'onda ha ya xi guata ra ya estudio. Bi xiki ge ya insta pengi ko ya zubi ge ma n'a xma hño ga yopa pengi ha ra ngunsadi, Da xipi ge pa ge'a xma hño nu'a mi xiki pe nuga ya sti petsi yoho ma bätsi ha inxa za sta ma ra ngunsadi nge'a ge mi jo'o to dä maxki ko ya bojä pa stä tamba de dä zi ma bätsi. Ne'he dä xipi ge ya mi petsi ya jeya insti pa ha ra ngunsadi, ge ya sti mpunfri gatho un'a sti pädi. Nub'u bi xiki ge go xa maxkagi pa stä yopa xädi ya hem'i. Da tsapi da yopa kut'a ha ra ngunsadi ha nubya ähä da kohi ha ra däta ngunsadi rä thuhu UPN, ha nuna ngunsadi dä tsudi ndunthi ya ñ'oui ya mengu de mar'a ya hnini petsi m'onda ha da unga nguenda n'ehe ge hinge sehe di ñä ma hñäki ha m'onda, ge ja ndunthi mar'a ya hñaki n'e ndunthi mar'a ya mfädi.

* * *

El siguiente trabajo es una reflexión sobre la experiencia de mi vida como estudiante desde mi infancia hasta el nivel superior. El relato narra parte de la formación académica que he obtenido en el transcurso de los años. Consta de cinco subtemas: en la primera parte hago referencia a mi lugar de pertenencia, es decir, describo la comunidad donde nací, crecí, viví durante toda mi infancia escolar, pero que además es el lugar donde vivo actualmente. En el segundo subtema hago mención sobre la cultura que me fue heredada de mis ancestros

y la forma con la que se me transmitió para que pudiera conservarla. Como tercer tema, describo algunas incidencias que tuve que pasar en los cuatro niveles educativos: preescolar, primaria, secundaria, preparatoria. En esta parte menciono cuáles son las implicaciones o factores con los que nos encontramos los que pertenecemos a un grupo étnico al incorporarnos a escuelas que no pertenecen al medio indígena. En el último subtema describo de manera muy general mi experiencia de ser migrante en Estados Unidos. También hago mención sobre por qué tuve interés en seguir estudiando después de haber dejado mis estudios temporalmente.

Hablar y escribir de mí mismo es difícil. Es un ejercicio complejo, que me enfrenta contra la persona que se refleja en el espejo día a día. Es emprender un viaje en dirección introspectiva. Es encontrarse a cara "con el otro nuestro". En este trabajo relato algunos antecedentes de mi vida escolar. Aunque haya pasado determinado tiempo, considero que es importante escribirlo, ya que es base para que otros compañeros valoren más el apoyo de sus seres queridos para continuar estudiando. Tal vez todo aquel que pasa por situaciones como la mía, prefiera callarlas o en ocasiones aunque quisieran contarlas a otras personas, no les es posible porque no se les da la oportunidad. Sin embargo, me atreveré a contar con la intención de motivar a todos aquellos compañeros estudiantes en el medio indígena y no indígena que crean que no es posible realizar lo que uno sueña o lo que uno quiere.

Lugar de pertenencia

Nací en una pequeña comunidad que lleva por nombre Boxo. Este nombre proviene de la lengua *hñähñu*, según cuentan los habitantes de la comunidad. El nombre tiene su origen, como menciona un habitante de la comunidad:

> Se le llama *bo* a la abundancia, "que hay mucho", y *xo* se utiliza como la abreviación del nombre de una planta llamada en la lengua *hñähñu* do'xo.

> Por tanto, estas dos sílabas juntas quieren decir que existía mucha de esta planta en el terreno donde se asentó la comunidad, de ahí que se le pone ese nombre (entrevista personal con Andrés Godínez Roque, 20 de abril de 2010).

Como mencioné antes, soy originario de una comunidad indígena pequeña que se encuentra en el municipio de Cardonal, que forma parte de la región del Valle del Mezquital, ubicado en el sureste del estado de Hidalgo.

Esta comunidad cuenta con una extensión territorial de cerca de 80 hectáreas y está conformada por una población de 600 habitantes. Una de sus características es que desde su fundación se ha regido bajo la organización política comunal, donde cada ciudadano aporta económicamente o con fuerza de trabajo. Esta organización política ha permitido la unidad y el crecimiento entre todos sus habitantes.

El medio de subsistencia de los habitantes es la agricultura. Cada uno trabaja sus terrenos de temporal. Se siembra maíz, frijol y calabaza. Sin embargo, es notable que hoy en día los habitantes recientes (jóvenes) cuentan con una profesión y de ésta solventan gastos familiares; por lo tanto, no se ven obligados a trabajar la tierra.

No digo que pertenezco a una comunidad indígena únicamente por un rasgo cultural que me identifica con esta comunidad, sino por lo que significa ser indígena, como señalan Pozas y Pozas (2000, p. 11):

> [...] se denominan indígenas a los descendientes de los habitantes nativos de América a quienes los descubridores españoles, por creer que habían llegado a las indias, llamaron indios; éstos aún conservan características de sus antepasados como lengua, cultura y cosmovisión.

De acuerdo con esto defino a ese territorio como comunidad indígena, ya que es una población que aún mantiene rasgos de la cultura indígena *hñähñu*, milenaria en lo material y simbólico. Respecto de lo material, en la comunidad hay personas que elaboran artesanías pre-

hispánicas; por ejemplo, petacas de palma, que se utilizan para poner la tortilla y que se mantenga el calor; ventiladores, que se utilizan para generar aire de manera descendente y ascendente, para aumentar el tamaño del fuego en el fogón donde se cocina. El material para la elaboración de estas artesanías es la palma, una planta que se encuentra en las montañas de la comunidad. Otra de las artesanías que se elaboran es el ayate, un material tejido de fibra de maguey en forma cuadrangular que sirve como apoyo para cargar cosas en la espalda o para ponérselo en la cabeza y cubrirse de los rayos del sol.

Un rasgo cultural que identifica a la comunidad es la lengua *hñähñu*, que es una lengua nasalizada, peculiar como pocas entre las lenguas indígenas y que actualmente habla 50% de la comunidad, es decir, que la comunidad es bilingüe, hablan tanto la lengua *hñähñu* como español; otro 50% de la población sólo habla español: los niños.

> *Hñähñu* significa: *hña* = hablar, *hñu* viene de *xiñu* = nariz, que al combinarse con el verbo *ña*, "hablar", pierde la vocal *i* y el sonido prepalatal fricativo prolongando *x* se transforma en sonido gutural aspirado *h*. Así, *hñähñu* es otro término de los ancestros para referirse a la lengua y a la cultura misma (Assad Martínez y Sarmiento, 1991, p. 250).

En lo simbólico, las personas de la comunidad consideran importante no perder los conocimientos de sus antepasados. Por lo tanto, creen en las divinidades heredadas por los ancestros. Ejemplo de ello es el respeto que se tiene a la madre tierra, la luna, la lluvia y el sol.

Procesos identitarios

Pertenecer a mi comunidad y a la cultura *hñähñu* ha resultado que yo sea una persona con rasgos culturales propios, que hacen que me identifique como *hñähñu* por parte de otras comunidades. Como señala Federico Navarrete (2004): "Cuando una identidad colectiva sirve para definir una comunidad política se llama identidad étnica".

Quien soy en la actualidad ha dependido de muchos factores, como los valores que me inculcaron en mi familia y los conocimientos que la comunidad me aportó; también considero de importancia la educación que recibí en las diferentes instituciones por las que pasé.

Soy descendiente de una familia pequeña conformada por mis padres, dos hermanas y dos hermanos. Todos nos consideramos herederos de una raíz indígena, aunque podría decirse que en mi familia hemos perdido algunos rasgos culturales que definen nuestra etnia. No todos somos hablantes de la lengua *hñähñu* debido a que nuestros padres no nos hablaban en lengua materna, sino que se comunicaban con nosotros en español. Algunos de mis hermanos y yo hablamos la lengua *hñähñu* gracias a que tuvimos contacto con mis abuelas, materna y paterna, que hasta hoy en día son totalmente monolingües en *hñähñu*; por lo tanto, siempre se comunicaban con nosotros en la lengua *hñähñu* y no había forma de hablarles en español porque no entendían. Esto nos obligó a aprender y a entender la lengua *hñähñu*.

¿Para qué estudiar?

Muchos de nosotros los jóvenes originarios de comunidades indígenas y hablantes de una lengua en particular nos caracterizamos por ser sobresalientes, porque tenemos sueños que queremos cumplir para realizarnos como individuos; uno de ellos es terminar nuestros estudios, ser profesionistas, tener una condición económica diferente a la que nos heredaron nuestros padres, tener un grado de estudio que nuestros padres no lograron por diferentes circunstancias. Sin embargo, en la mayoría de las ocasiones hay factores que impiden que estos sueños puedan llevarse a cabo, no porque no queramos, sino por las condiciones de pobreza en nuestras comunidades; por eso, en ocasiones nos vemos obligados a migrar a las grandes ciudades, si deseamos continuar con nuestros estudios.

Como mencioné al principio de este trabajo, relatar mi infancia escolar es relatar la forma en que nací, crecí y viví mi niñez. Para ello,

considero importante mencionar que estudié el nivel preescolar en la escuela Angélica Castro de la Fuente, ubicada en la comunidad de donde soy originario. Luego estudié en la escuela primaria bilingüe indígena "Guadalupe Victoria", también ubicada en la comunidad de Boxo.

Una de las características que identifica la escuela primaria donde estudié es que desde su fundación se ha caracterizado como escuela multigrado y bilingüe. Es multigrado porque la población es muy pequeña y no hay muchos alumnos para inscribirse en la escuela, por lo que en cada grado nada más hay tres o cuatro alumnos inscritos. Es bilingüe, y supuestamente debería enseñarse en las dos lenguas: la lengua materna *hñähñu* y el español como segunda lengua, pero esto jamás se ha llevado a cabo porque la enseñanza sólo se daba en español.

Si mal no recuerdo, cuando estuve inscrito en esta escuela la mayoría de los maestros eran hablantes de lengua *hñähñu*; sin embargo, la enseñanza que se nos brindaba era en español. Lo único que recuerdo que nos enseñaban en *hñähñu* era el himno nacional, y eso porque la zona escolar lo exigía para los concursos regionales.

Recuerdo que éramos cerca de 25 alumnos en la escuela distribuidos en los diferentes grados. No recuerdo de cuántos alumnos estaban conformados los otros grados, pero la generación que me acompañó desde primero hasta sexto grados estuvo conformada por ocho compañeros, los cuales recuerdo con mucho cariño.

Uno de los recuerdos que tengo de cuando estaba en la primaria es que a mi madre no le alcanzaba el dinero para mantenernos; por lo tanto, nos mandó a un hermano y a mí a un albergue escolar perteneciente al Instituto Nacional Indigenista (INI), que se encontraba en una comunidad de nombre Santuario ubicada a tres kilómetros de mi comunidad. La característica de esta institución hasta la actualidad es que se hospedan y alimentan sólo niños provenientes de comunidades y que estudian en la comunidad donde está el albergue, porque no pueden regresar a sus comunidades, ya que están muy retiradas de la escuela donde estudian. Al salir de clase, los alumnos comen, luego los mandan a realizar alguna actividad para beneficio del albergue y en la tarde reciben apoyo escolar para realizar sus tareas de parte del director.

Nuestro caso era diferente: nosotros nos hospedábamos y alimentábamos en esta institución, pero no estudiábamos en la misma comunidad, porque íbamos a recibir las clases a nuestra comunidad, es decir, a Boxo. Dentro del albergue, había algo que no nos gustaba a mi hermano y a mí, era la discriminación que sufríamos por parte de nuestros compañeros. Aunque provenían de otras comunidades indígenas, como nosotros, decían sentirse mejores por estudiar en la escuela federal no bilingüe que se ubicaba en el lugar donde estaba el albergue. Como en esta comunidad dicen que ya no son hablantes de lengua indígena, según ellos ya no son indígenas. Esto influenciaba a los compañeros en la escuela para que negaran su origen. En cambio, nosotros estudiábamos en una escuela primaria que sí se identificaba como bilingüe indígena; además, se encontraba en la comunidad de donde nosotros proveníamos; esto hacía que fuéramos identificados como tales. Para asistir a nuestra escuela, teníamos que caminar todos los días media hora por la mañana a nuestra comunidad y por la tarde regresar al lugar donde se ubicaba el albergue.

En 1993 ingresé en la escuela secundaria federal "Rafael Ramírez", que se caracteriza por estar totalmente separada de la educación bilingüe indígena. Esta escuela también se encuentra ubicada en la comunidad que mencioné antes, Santuario, en Cardonal, Hidalgo.

La mayoría de los alumnos de las comunidades acude a esta institución, ya que es la única y la más cercana de nuestra región hasta la actualidad. Para llegar a ella, nosotros, que habíamos egresado de la escuela "Guadalupe Victoria" de la comunidad del Boxo, teníamos que caminar por lo menos 30 minutos diarios sin importar las condiciones climáticas o económicas para el traslado.

Por entonces consideraba dos puntos importantes que me dificultaban asistir a la escuela: primero, mi madre no iba a poder apoyarme económicamente; por lo tanto, tenía que independizarme si quería seguir estudiando. En segundo lugar, asistirían a esta institución alumnos de la misma condición indígena que yo, provenientes de otras comunidades cercanas, pero también iban a asistir alumnos que se hacían llamar no-indígenas, casi todos miembros de la comunidad

donde se encontraba ubicada la institución. Para solucionar el primer factor, me vi obligado a migrar durante las vacaciones de cada ciclo escolar a la ciudad de Ixmiquilpan, Hidalgo, para trabajar en el campo pizcando tomate, calabaza, coliflor, cilantro, picante e incluso cosechaba maíz; así pude ganar dinero y comprar el uniforme correspondiente a cada ciclo escolar y los útiles escolares básicos que pedían en la escuela. De esta manera podía solventar mis gastos, las cooperaciones que exigía la institución y los libros que nos pedían los maestros.

En cuanto al segundo punto, la preocupación no sólo era mía, sino de todos los compañeros que proveníamos de la misma escuela. Las generaciones pasadas nos contaban cosas desagradables acerca del comportamiento de los alumnos que no se consideraban indígenas, en especial, los alumnos de la comunidad de Santuario. Al estar en la escuela, los compañeros que proveníamos de la misma comunidad buscábamos reunirnos cada que era posible para sentir menos el menosprecio de los que se creían superiores a nosotros. La superioridad a la que me refiero no era intelectual, sino en la vestimenta. Mientras que ellos llevaban su uniforme planchado y limpio, nosotros en ocasiones traíamos el uniforme remendado (donde se rompía el pantalón se le pegaba otro pedazo de trapo del mismo color). Para nosotros no era posible comprar un uniforme cada ciclo escolar, como ellos. A nosotros nos tenía que durar los tres años; en algunos casos, el uniforme que nos poníamos era el mismo que habían usado nuestros hermanos en años anteriores. En la cuestión económica también teníamos desventaja. Mientras nosotros no íbamos desayunados a la escuela, ellos sí; mientras que a nosotros no nos compraban los libros que nos exigían los maestros, ellos sí los tenían y podían realizar las tareas a tiempo. Esto nos generaba desventaja con ellos. Sin embargo, para los maestros no existía desigualdad de clases, y nos exigían lo mismo. Si no cumplíamos nos reprobaban o nos castigaban. En ocasiones, los mismos maestros solían ser partícipes de la discriminación hacia nosotros por no hablar bien el español.

Se nos discriminaba un poco por el hecho de no tener las mismas condiciones de vida que los demás, pero para no humillarnos más ante

ellos, evitábamos hablar en nuestra lengua materna *hñähñu*, y utilizábamos el español como primera lengua. Aun con todas estas circunstancias, varios de nosotros logramos terminar este nivel educativo.

Al concluir la secundaria tenía la esperanza de seguir estudiando, pero era demasiado difícil ya que no había quién pudiera apoyarme económicamente. Como el traslado no se podía hacer caminando por la lejanía del lugar, decidí no continuar estudiando. Durante un año dejé de ir a la escuela, me puse a trabajar fuera de mi comunidad en diferentes actividades para obtener un ingreso económico y apoyar a mi familia.

En ocasiones, realmente pensé en no continuar con mis estudios por la situación en la que me encontraba. Sin embargo, la gente de la comunidad me aconsejaba que no era bueno que dejara la escuela, ya que era la única forma en que podía cambiar la situación económica que vivía mi familia. Recuerdo perfectamente lo que me decía uno de mis tíos: "No debes dejar de estudiar, hijo, ¡échale ganas! Si estudias, algún día serás un profesionista. ¿A poco no te gustaría ser maestro como yo?".

Con la admiración que le tenía a mi tío y con la concepción que tenía de que en mi comunidad los únicos que vivían bien económicamente eran los maestros, el siguiente año presenté el examen de admisión en el colegio de bachilleres en el municipio de Cardonal, Hidalgo, donde fui aceptado. La característica que recuerdo de este colegio es que todos los compañeros estudiantes no se identificaban como provenientes de pueblos indígenas, aunque lo eran; por el contario, inconscientemente ha existido una competencia por ver quién se caracteriza por ser un personaje "más moderno".

En este nivel, me resultaba más complicado el traslado. No podía llegar caminando a la escuela porque la distancia era el doble comparada con la distancia a la escuela secundaria a la que acudí. La cantidad de dinero que requería para asistir al colegio era de 50 pesos a la semana, que en ocasiones tenía que conseguir con alguno de mis familiares o cuando podía mi madre ella me los entregaba. Realmente era difícil. A veces me pongo a pensar y me pregunto a mí mismo por

qué no dejaba la escuela, ¿porque realmente me gustaba estudiar o porque tenía que soportar esa tensión y preocupación?

Algo que me acuerdo perfectamente en este nivel es que siempre comparaba mi situación económica con la de mis compañeros de clase que tenían el apoyo de sus padres, con la de quienes tenían papás maestros, con los que no se preocupaban por el traslado para regresar a su casa. A pesar de todo esto, veía compañeros que no valoraban el apoyo de sus familias, miraba cómo malgastaban el dinero que les daban en puras tonterías; por ejemplo, veía compañeros que compraban cervezas y no entraban a clases, otros se salían de clases sólo porque el maestro no les era grato, entre otras cosas. En cambio, yo sobresalía a duras penas con los materiales que nos pedían, pero veía que ese factor económico hacía que reprobara materias, porque los maestros no consideraban la situación de cada uno de nosotros, de manera que muchos decidían no continuar porque iban dejando materias reprobadas en semestres anteriores. Una vez que terminé el bachillerato tomé una decisión de acuerdo con la experiencia que había tenido en los niveles educativos anteriores. En aquel entonces me propuse dos opciones: presentar el examen de admisión en la Universidad Pedagógica Nacional (UPN) y en el caso de no pasar el examen me iría de migrante a Estados Unidos, como la mayoría de los jóvenes de mi comunidad que no continuaban con sus estudios.

En efecto, presenté el examen para la Licenciatura en Sociología de la Educación en la UPN Ajusco, en la Ciudad de México en el ciclo escolar 2000-2001. Desafortunadamente al aparecer los resultados, me enteré que no había pasado el examen, por lo tanto tenía que actuar de acuerdo con mi segunda opción.

Experiencia como migrante

Antes de contar parte de mi experiencia como migrante en Estados Unidos, quisiera advertir que lo que expondré a continuación es una pequeña parte de lo que viví y que posiblemente no está completo

debido a que no recuerdo con exactitud los detalles, pero me hubiera dado mucho gusto relatárselos. Así que intentaré describirlos de la mejor manera posible.

Durante los años noventa, la comunidad del Boxo, de Cardonal, Hidalgo, de donde soy originario, pasaba por una situación importante, ya que los habitantes que durante años habían emigrado a la Ciudad de México en busca de trabajo cambiaron su ruta. Esta nueva ruta que habían descubierto para buscar oportunidades de empleo era irse de ilegal al denominado "norte", como le llamaban a Estados Unidos.

Durante esos años, la mayoría de los jóvenes de mi comunidad que no continuaban con sus estudios pedían apoyo a los habitantes o a sus familiares que ya estaban del otro lado de nuestro país, en Estados Unidos, para que pudieran trasladarse allá en busca de empleo. Tal como mis demás compañeros, comencé otra parte de mi vida; de la misma manera, me comuniqué con mi hermano que se encontraba en el otro lado para que me apoyara económicamente para irme a Estados Unidos, ya que había decidido no continuar estudiando.

Partí hacia ese país desconocido un 14 de septiembre. Recuerdo que el 16 de septiembre, el día del grito de Independencia, por primera vez estaba en la frontera, en los límites de Sasabe, un pueblito en el estado de Sonora. Realmente tenía mucho miedo, pero como íbamos con un guía (coyote) que todo mi pueblo conocía, tenía confianza. Sin embargo, como nos habían contado algunos compañeros que habían cruzado alguna vez que si nos agarraban los de la patrulla fronteriza nos podían golpear e incluso matar, teníamos mucho cuidado.

Para cruzar la línea divisoria caminamos durante el día y la noche, en la obscuridad, por los cerros, entre los montes, espinas, barrancos, lagos, entre alambrados, con hambre y con sed, a donde camináramos era zona desértica. Algo que no he olvidado hasta la actualidad es que no podíamos dejar a ningún compañero de nuestro grupo, teníamos que cuidarnos unos a otros, éramos como 12 personas entre niños, niñas, adultos, jóvenes, señoras y señoritas.

Recuerdo que nos recogieron en una carretera grandísima para trasladarnos a la ciudad de Phoenix, Arizona. En un coche muy pequeño teníamos que caber ocho personas sin que se vieran nuestros cuerpos por fuera de los cristales; para ello, algunos nos metían debajo de los asientos encimados unos con otros. Se supone que estando en la ciudad que mencioné ya no había peligro de que nos regresaran a nuestro país. Una vez que llegamos a Phoenix nos dieron permiso de bañarnos, también nos dieron de comer para luego mandarnos a los lugares de Estados Unidos a los que iba cada uno de nosotros.

A mí me llevaron al estado de Carolina del Sur, donde estaba mi hermano, parientes y algunos habitantes de mi comunidad. Llegué la madrugada del 20 de septiembre al pueblito que sería mi destino final de traslado. Lo primero que vi fue el nombre del pueblito donde viviría, o como le llaman allá, el condado, Greer, Carolina del Sur.

El lugar me sorprendió demasiado. Las casas, todas de pura madera, muy bonitas, las carreteras bien construidas, los patios llenos de pasto podado, algunos vecinos de mi comunidad con carro, y casi todos ellos vestidos de diferente manera. Al ver esto, me emocionaba mucho. Iba a comenzar una nueva vida, una mejor condición de vida se me figuraba en la mente.

Una vez que me recibió mi hermano, me explicó el reglamento que tenía que seguir para poder vivir en ese condado:

—Mientras te conseguimos trabajo, no debes salir solo de casa, no debes tirar basura en la calle, no debes manejar, no salgas a comprar a menos que vayas con alguien que ya sepa hablar un poco de inglés. Aquí no estás en México, aquí las leyes son bien rígidas y si faltas a una de ellas, te llevan a la cárcel —me dijo.

Durante un mes estuve encerrado en la casa sin salir y sin trabajar porque no podían conseguirme trabajo. En ocasiones, lo único que hacía era cocinar para ellos, de manera que me apoyaran también a mí con la comida. Después de mes y medio lograron conseguirme trabajo temporal en una compañía de discos.

Comencé a trabajar, a conocer personas con las mismas condiciones que yo, indocumentadas, pero también conocí a ciudadanos

norteamericanos, los dueños de ese país, a los que nosotros llamamos "gringos". Al tener contacto directo con ellos mi memoria recordaba lo que me habían dicho de ellos: son muy discriminadores, te humillan; si quieren, te reportan con migración para que te regresen a tu país. En efecto, lo que me habían contado sucedía en el trabajo, había encargados que al no obedecerles nos maldecían en inglés. Si uno no llegaba a la hora que nos indicaban para comenzar nuestro turno, ya no nos dejaban trabajar. Si nos hablaban y no entendíamos lo que nos decían, se molestaban mucho. A las personas que les daban preferencia un poco era a los que hablaban y entendían inglés. Sin embargo, como en varias partes del mundo, también hay personas muy buenas que nos ayudaban con el trabajo, nos explicaban, por medio de señas nos expresaban lo que no entendíamos y nos lo repetían varias veces hasta que captáramos o interpretáramos lo que nos querían decir.

Como mencionaba en párrafos anteriores, si bien en la escuela secundaria en México no hablábamos nuestra lengua materna que era el *hñähñu*, en este país no sólo teníamos que olvidarnos de nuestra lengua y cultura maternas, sino que teníamos que aprender a comunicarnos con otro idioma, el inglés.

Al pasar el tiempo, me vi obligado y me propuse aprender inglés, ya que el idioma era la herramienta básica para conseguir un mejor empleo y menos discriminado. Posteriormente conseguí otros empleos, conocí mejor el condado, también conocí más paisanos mexicanos de diferentes estados, oaxaqueños, potosinos, guerrerenses, incluso a hispanos de otros países, como Colombia, El Salvador, Guatemala, etcétera. Durante este tiempo también conocí a la persona que sería mi pareja en años posteriores; con ella tuve la fortuna de tener dos pequeños tesoros que fueron mis hijos, por quienes crecía la responsabilidad hacia mi persona de demostrar que podía ser mejor.

Al conocer a gente de diferentes lugares del mundo, nacía en mí preguntarles: "¿cuándo piensan regresar a su lugar de origen? Si regresaran a su pueblo, ¿intentarían cruzar nuevamente?" La mayoría de ellos me contestaba:

—¡Quién sabe cuándo regrese! Yo creo que hasta que junte mucho dinero para poner un negocio o algo que me ayude económicamente para ya no regresar a este país, al que hemos ayudado mucho, pero cuando se les dé la gana nos van a echar a nuestro país de origen.

En el caso de la segunda pregunta, me contestaban:

—No tenemos estudios, no tenemos un trabajo fijo, no nos queda otra más que regresar nuevamente.

Estar en Estados Unidos me sirvió para crecer y valorarme como persona. Las respuestas que me daban mis amigos cada vez que les hacía preguntas fueron la base para que me pusiera a pensar, reflexionar y preguntarme a mí mismo si pensaba ser migrante toda la vida. Decidí regresar a mi comunidad de origen sin pensar más sobre cuál iba a ser mi futuro.

Hoy podría decir que fui afortunado al regresar a mi pueblo, ya que cuando llegué a mi comunidad encontré a uno de mis primos que había estudiado conmigo la primaria, la secundaria y el bachillerato. Él estaba estudiando la maestría en el Centro de Investigación de Estudios Superiores y Antropología Social (CIESAS) y me comentó que debía seguir estudiando. Me dijo que no me regresara a Estados Unidos porque era muy peligroso. Me platicó que la convocatoria de la UPN estaba próxima y que debía aprovecharla. Sin embargo, como yo ya tenía a mis dos pequeños, le decía que no iba a poder por la responsabilidad que yo tenía con ellos. Otra cosa por la cual no quería era porque yo había dejado de estudiar algunos años, y no recordaba nada sobre la escuela. Para esto, me dijo que me apoyaría académicamente para poder incorporarme a la escuela.

Implicaciones y transformaciones de un estudiante en la UPN

Presenté el examen en la UPN por segunda vez, pero esta ocasión en la Licenciatura en Educación Indígena (LEI) en el ciclo escolar 2007. Ahora tenía más confianza de quedar seleccionado. En efecto, cuando

se entregaron los resultados, mi nombre apareció en la lista de selección. No lo podía creer, después de haber dejado de estudiar largo tiempo, tenía la oportunidad de incorporarme a la escuela.

Regresé inmediatamente a mi comunidad a platicarle a toda mi familia, desgraciadamente ellos no me recibieron muy bien, me dijeron que les daba mucho gusto pero que no iba a poder, porque la escuela requería mucho dinero, y que no iba yo a poder, porque los que estudiaban la universidad eran los que no tenían responsabilidad como yo, que yo tenía responsabilidad con mis dos hijos, que nadie me apoyaría, y que a ver cómo le iba yo a hacer para darles manutención. Otros compañeros de la comunidad que tenían sus hijos también se sorprendían de que yo quisiera seguir estudiando. Me decían que tenía mucho valor al hacer esto, porque nadie lo había intentado antes. Aun estos comentarios no los escuché. Me decía a mí mismo: "buscaré la forma de terminar mis estudios, aunque tenga que trabajar o buscar la manera de lograr lo que quiero".

Así, me trasladé a la Ciudad de México y me puse a estudiar. Durante los primeros días en la escuela me costó retomar el hábito de la lectura y su comprensión por el tiempo que había dejado de estudiar, pero como me había propuesto ponerle mucho empeño, fui buscando alternativas que me ayudaran a mejorar esta cuestión.

En la escuela conocí a cada uno de mis compañeros. Descubrí cosas que jamás había imaginado, me di cuenta de la diversidad cultural y lingüística que posee nuestro país en un solo lugar (la escuela) sin tener que viajar a los estados de donde provenía cada uno de mis compañeros.

En los primeros semestres veía compañeros de otras licenciaturas, y podría decir que, aunque no era muy notorio, nuestra licenciatura se daba a conocer por nuestras características físicas. También conocí a maestros, algunos entusiasmados de enseñarnos a los que provenimos del medio indígena, que nos hacían valorar nuestro origen, algunos otros que sólo cumplían con su trabajo, sin importarles de dónde éramos ni cuáles eran nuestros orígenes.

Dentro de la universidad, entendí que ser distinto no implica ser inferior, y que esa idea es sólo una invención del México imagi-

nario. Comprendí cabalmente que sólo conociendo mi pasado puedo explicarme mi presente y, por supuesto, plantear alternativas para mejorar la relación entre los que somos denominados indígenas y los no-indígenas, así como las diferencias de clases sociales. Sé que fuera de una institución existen personas que desafortunadamente están viviendo lo que alguna vez pasé: "En ocasiones nos sentimos menospreciados al estar parados al lado de una persona que tiene estudios ("culta") o que habla diferente a nosotros, o que tiene una posición económica mejor que la nuestra". Sin embargo, no nos damos cuenta de que tenemos dos lenguas, dos culturas y que también tenemos nuestro propio conocimiento y nuestra propia cosmovisión; por lo tanto, deberíamos valorarnos más nosotros mismos y no esperar que nos valoren los demás.

Estar en la universidad fue algo que jamás había imaginado, primero porque era el primero de mis hermanos que lograba este nivel educativo y segundo por la responsabilidad que tenía con mis hijos.

Durante el primer semestre no tuve mucho problema para solventar mis gastos, pero del segundo al octavo semestres me vi obligado a trabajar medio tiempo para solventar mis gastos en la universidad, pero también para la manutención de mis hijos.

Estudiar y trabajar es muy difícil. Yo creo que la persona que lea este texto y se encuentre en la misma situación en que me encontraba yo entenderá perfectamente. Sin embargo, quisiera alentar a mis compañeros estudiantes y al mismo tiempo trabajadores diciéndoles que no hay nada que pueda enorgullecer más a un individuo que obtener algo por propio mérito. Particularmente, considero que no hay obstáculo alguno para realizar lo que uno quiere. Simplemente se requiere de un gran esfuerzo. Algo que me ayudó durante mi estancia en la universidad para no dejarme vencer y seguir estudiando es esta frase que alguna vez me dijo un compañero: "si quieres obtener algo que nunca has tenido, debes comenzar por hacer algo que nunca has hecho".

Para finalizar este relato quisiera agradecer a las personas que me han brindado su fortaleza para continuar con mis estudios. Si a alguien tengo que ofrecer disculpas en este momento por haber tenido la idea

de estudiar en la universidad es a mis dos hijos, porque desde el momento en que entré a estudiar les he negado tiempo de estar con ellos, pero espero que algún día puedan comprenderme y entender el porqué de mi decisión.

Referencias

Assad Martínez, C. y Sarmiento, S. (1991). *Nos queda la esperanza. El valle del Mezquital*. México: Consejo Nacional para la Cultura y las Artes, 1991.

Navarrete, F. (2004). *Las relaciones interétnicas en México.* México: UNAM.

Pozas, I. y Pozas, R. (200). *Los indios en las clases sociales de México*. México: Siglo XXI.

SOBRE LA ESCUELA

José Manuel Venegas Hernández

Mis papás son originarios de Maravatío, Michoacán, aunque no son de ningún grupo indígena crecieron en el campo y llegaron a la Ciudad de México a vivir por el año 1973 ya casados. Mis tres hermanos y yo nacimos en la Ciudad de México.

Actualmente (mientras escribo estas notas) estudio el sexto semestre de la Licenciatura en Educación Indígena (LEI), en la Universidad Pedagógica Nacional (UPN) Ajusco, donde he estado en contacto con compañeros de diferentes partes de la República Mexicana, y que son de algún pueblo originario. Esta experiencia me ha facilitado otro conocimiento sobre las culturas originarias; estar en la LEI me ha permitido entender los problemas que enfrentan estos pueblos y otros que enfrentamos también los no indígenas.

De panzazo a flaco

Recuerdo que en la escuela primaria "Ricardo Gómez", ubicada en la delegación Álvaro Obregón, colonia Tizapán, a la hora del recreo jugábamos a las correteadas con las niñas del salón, no todos los días, en ocasiones puros niños jugábamos fútbol, y nuestro balón era un bote de Frutsi (bote plástico de refresco) relleno de basura.

Esto era algo que me gustaba más en la escuela porque al entrar al salón sentía un nerviosismo porque estábamos divididos en filas:

aplicados, medio aplicados y no aplicados. Yo entraba en la de la tercera fila. Otra cosa que me gustó de la escuela "Ricardo Gómez" y que todavía en la actualidad me encuentro con ella es una carta de buena conducta que me la dieron en el cuarto año. En quinto y sexto mis calificaciones subieron a 7.7 y 8.3 respectivamente. De esa escuela me quedo con el recuerdo de buenos maestros; maestros que me dieron clase dos años seguidos, de maestros regañones y de maestros comprensibles.

De igual manera la secundaria fue muy diferente. Allí incorporé una actividad a mi vida y que difícilmente se va a ir: el futbol. Al futbol lo combiné con la secundaria que se llamaba "Ignacio García Téllez", secundaria técnica 68, en la colonia San Bartolo, en la misma delegación que la escuela primaria. En las mañanas asistía a las clases y por las tardes a los entrenamientos de futbol. En esta escuela secundaria tuve mi primer contacto con las culturas indígenas. Era una materia que impartían y tenía el nombre de Educación artística, en ella nos enseñaban diferentes danzas y bailes folclóricos. Yo no tenía ni la mínima idea, pero se me hacían interesantes los bailes y, de hecho, concursamos a nivel federal en danza folclórica, pero nos fue muy mal. Lo que no recuerdo es si la maestra nos explicaba la importancia de estos bailes; esta materia no fue la única que me permitió tener un contacto con el mundo indígena, también en la materia de Historia tomé el gusto por la arqueología. Tanto a través del folclor como de la arqueología es la forma como habitualmente nos acercamos a los pueblos indígenas.

Este gusto por la arqueología surge a través de una pregunta. Mi papá es albañil y eso provocó que yo tenga contacto en la construcción; él me llevaba a su trabajo y mi pregunta surgió de este hecho (que relato enseguida). En la clase de historia, para trabajar en clase, pedían monografías sobre las culturas prehispánicas: aztecas, mayas, olmecas, por mencionar algunas, y así mi pregunta era: ¿por qué mi papá no construía las casas como ellos? Me enteré que para entender la elaboración de esas casas existía una carrera llamada arqueología.

Hay algo fantástico que en la secundaria era más que historia, más que libros, más que aprendizaje y era la belleza, la poesía viva, era mi profesora de historia universal y que se llamaba Leticia. Si en ese tiempo en mi cabeza hubieran estado la poesía de Sabines, los *20 Poemas de amor* y *Una Canción Desesperada* de Neruda, si hubiera conocido la vida de Nervo, creo que hubiera podido enamorar a mi profesora, pero no fue así.

Cuando se nos antojaba un dulce

Recuerdo que mamá iba a la escuela "Ricardo Gómez" por nosotros (por mi hermana y por mí); y le pedíamos en ocasiones un dulce o chicharrones para entretenernos en el transcurso de la escuela a la casa. En esos momentos no había dinero y por lo tanto esto hacía que mi mamá regañara a Gabi (mi hermana la más chica), quien hacía escándalo por un dulce; ello provocaba que mamá se desesperara y la castigara. De mi parte yo comprendía la situación aunque me quedaba con las ganas, y como veía que regañaban a mi hermana, ya no me quedaban ganas de pedir.

Escuela, deporte y música

Algo que recuerdo es que mi familia me ha apoyado desde siempre pero donde más tuvo relevancia es cuando empecé a entrenar y asistía a escuelas de futbol donde se pagaba. Allí, aparece Toño, mi hermano, el segundo de los hijos que me lleva una edad de 11 años mayor que yo. En el primer año de secundaria Toño parte a Estados Unidos como migrante; fue dolorosa esa salida de mi hermano. Él era el que me enseñó las tablas de multiplicar en la primaria y las matemáticas durante el corto periodo que duró esto, cuando yo entré al primer grado de la técnica (secundaria). Aunque su manera de enseñar no era de maravilla –ya que por momentos se desesperaba y empezaba a

gritar– pero al poco rato me volvía a enseñar. Así fue y cuando regresó de Estados Unidos duró poco en la casa; se juntó con su novia y hasta la fecha están juntos con un hijo de 8 años.

En la secundaria mi familia entendió que yo era capaz de estar solo por las calles, podríamos decir que me dieron libertad pero siempre me recordaban de mi responsabilidad, siempre han apoyado la idea del estudio. Algunas frases que recuerdo que todavía las sigo oyendo son: (a la edad de 16 años) "que José Manuel o *Che* (sobrenombre) ya no vaya a entrenar, está muy caro, ya no alcanza el dinero para seguir asistiendo al entrenamiento" (a la edad de 23 años), "que José Manuel ya trabaje, ya no alcanza, todo está muy caro". Estas frases creo que nunca las voy a dejar de escuchar pero no me atormentan porque sé que de una u otra manera en algún tiempo y espacio me tocará a mí ayudar a mis papás y hermanos, pero todavía no es tiempo.

La secundaria donde la pubertad se da al tope y donde los cambios son internos y externos en el hombre y mujer, no creo me afectaron, en parte será porque combinaba las actividades. Así fue mi paso por la secundaria, pero de igual manera en la primaria me permitió conocer a mucha gente. Mi promedio en la secundaria fue de 8.6, creo que me sentía a gusto. Yo asistía a la escuela del centro de formación del club de futbol Cruz Azul en La Noria; ese periodo de la vida me agradó; no sólo estuve en la escuela de la Máquina Celeste, pase también por la de Puebla, Pachuca, Atlante (filiales estas tres), pero la del Cruz Azul fue la oficial. Donde tuve mayor proyección futbolística fue con el Atlante, esta institución me llevó a jugar en el futbol profesional (esa era mi idea: ser futbolista profesional). Desde la cuarta división (que no era profesional) y en la tercera división (sí ya era profesional).

Estos equipos se llamaban: Ozumba y Halcones del Valle del Mezquital. Ese inicio en el futbol coincide con mi paso por Conalep a los 16 años. Esta escuela se ubicaba en Álvaro Obregón II, en la colonia de Las Águilas, delegación del mismo nombre que la escuela. En esta institución también combiné las actividades de la escuela y

el futbol. Terminé el Conalep en cuatro años. En el ultimo año llegó la invitación para ir al estado de Hidalgo a jugar futbol, y no podía decir que no, ya había desaprovechado ciertas ofertas buenas y ésta no la podía dejar pasar.

Al Conalep asistían personas adultas de 20, 22 o 18 años que tenían conocimientos un poco más amplios que los míos, como es el caso de un compañero que sabía mucho sobre música jamaiquina como el *ska*, el *reggae* y todos los géneros musicales de esta isla. Gracias a esta influencia musical mis conocimientos se abrieron más, conocí a mucha gente y la sigo conociendo por fiestas y tocadas de música.

En la educación media superior no recuerdo haber tenido alguna experiencia con el "indigenismo", pero sí llegó el gusto por la lectura, en este caso fue por la historia de la música que escuchábamos. Por mis manos pasaron libros de la Revolución Mexicana gracias al servicio y prácticas que piden en esta escuela, y así llegó el conocimiento; empecé también a tomar libros de otras cuestiones más sociales, históricas y mis ideas sobre la sociedad empezaron a cambiar.

Seis meses en el Valle del Mezquital, Hidalgo y luego de regreso

Al terminar el Conalep, partí hacia el pueblo de Tezontapec de Aldama Hidalgo, allí jugué futbol profesional. Esa era la única actividad porque yo y algunos compañeros no asistíamos a la escuela, aunque otros sí.

Esta estancia duro seis meses y luego regresé a la Ciudad de México (eso fue en el 2007). La cuestión que me hizo regresar fue que mi papá se accidentó y estuvo de incapacidad durante casi dos años. Ya con el título del bachillerato busqué la entrada a la UNAM y a la ENAH, en esta última quería estudiar arqueología pero no pude porque tuve que trabajar de ayudante de albañil. Empecé a ganar dinero y así cubría mis gustos, aspecto que me agradó.

Ya por la noche después del trabajo, leía algunos libros de Miguel León Portilla como *El reverso de la conquista*, en donde aparecían palabras en náhuatl que yo desconocía, pero tomé la decisión de preguntar y de checar por internet, así me enteré que es una lengua indígena. Ese fue mi primer acercamiento con una lengua indígena.

Con el dinero que ganaba decidí tomar un curso en una casa de cultura del centro llamada Tepectipac, por el metro Hidalgo (enfrente de la Alameda, en el centro histórico de la Ciudad de México) y allí aprendí a trabajar la cartonería. No me acuerdo quién me dijo de la UPN, pero me acerqué y vi las licenciaturas y me interesó la de educación indígena, por lo cual decidí inscribirme. Al final de la convocatoria decía "requisito: hablar una lengua indígena". Como ya estaba aprendiendo el náhuatl consideré que eso no era un problema. Hice el examen de selección y entré; cuando vi los resultados me quedé sorprendido porque éramos 15 alumnos en lista para esta licenciatura.[1]

Hora de entrada a la diversidad lingüística y cultural

Llegó la hora de asistir a la UPN, a la LEI, y el salón donde me tocaba tenía más gente de lo que aparecía en los resultados. Nos presentaron a todos y se empezó a acomodar el grupo. Al escuchar de dónde provenían los demás compañeros y la lengua que hablaban (además del español), eso sí fue algo nuevo para mí, así empezó mi real acercamiento con las lenguas indígenas.

Para mí entrar a esta licenciatura fue un gusto no sólo porque me permitía continuar mis estudios sino también por que soy el primero de mis hermanos que continúa en la educación superior.

[1] Para ingresar a la LEI, en la UPN, en ese entonces, se podía acceder por vía del examen general de conocimientos que se aplica a todos los estudiantes que quieren ingresar a esta institución en sus distintas carreras, o por vía de un examen alterno específico para la LEI. En mi caso fue por el examen general de conocimientos.

Estar en esta licenciatura me llevó a conocer más sobre los pueblos indígenas y la educación a nivel general. Me sirvió para consolidar una idea política; me he dado cuenta que lo político se puede manifestar con ciertas actividades y yo la pretendo manifestar con el arte.

Estar en la licenciatura me permitió obtener un conocimiento más cercano a la realidad de los pueblos indígenas y cómo el Estado formula mucha teoría para una mejor vida de estas comunidades en materia educativa, aspecto que no ha beneficiado realmente a los pueblos.

La educación es una fuente de poder para generar mejores condiciones de vida para las sociedades y, a través de la idea de "diversidad", se trata de poder hacer frente a la hegemonía del Estado, no obstante, para ello se necesita la participación de todas las personas para lograr alguna transformación.

Charlas y charlas enriquecedoras

En el grupo de la LEI al que pertenezco hay compañeros de Chiapas, Hidalgo, Veracruz, Oaxaca, San Luis Potosí, Chihuahua, Puebla, Guerrero, Estado de México y del DF. Tan sólo una cuarta parte de los estados de la Republica Mexicana. Pero esta diversidad regional y cultural, además de lingüística, no sólo está en este grupo sino en la universidad, donde también están presentes en las diferentes carreras que ofrece esta casa de estudios.

Los primeros días de clase fueron para ir conociendo a los compañeros provenientes de los estados y de las comunidades de las que provenían; el conocimiento de mis compañeros y el conocernos entre todos fue un proceso que inició pero no termina. Las pláticas eran de todo un poco como: dónde estudiaron en su estado, por qué vinieron al DF, si dejaron amigos en sus pueblos, cómo se sienten en el DF. Conocer a los pueblos indígenas a través de la palabra de los compañeros ha sido y es muy enriquecedor desde saber cómo se vive en las comunidades indígenas, cómo se trabaja, además de la permanente invitación para ir con ellos a compartir allá.

De multirracial, multicultural a interculturalidad

Mis primeros acercamientos a las palabras *multirracial*, *multicultural* e *intercultural*, así como a sus definiciones fué a través de la música. Por ejemplo, a través de grupos y bandas que tocaban en contra del mal sistema económico, político (como Ska-p, Mano Negra, grupos de *punk*). A través de las nociones que estos grupos mencionaban –multirracial, multicultural– se hace una crítica a las fronteras y banderas que ponen los países, especialmente de Estados Unidos.

Estas ideas me permitieron acercarme a literatura de personajes revolucionarios como Emiliano Zapata, así como a movimientos indígenas como el EZLN, para el que estos grupos crearon canciones. Antes de entrar a la LEI nunca había oído las definiciones de interculturalidad o educación intercultural, o educación intercultural-bilingüe, temas que se tratan como parte de la formación.

Es algo grandioso entender hacia dónde apuntan estas definiciones y saber cómo se pueden poner en práctica. Durante estos seis semestres en la UPN todavía no encuentro exactamente la definición de interculturalidad, no obstante, sí puedo entender cosas sobre la diversidad y la existencia presente de los pueblos indígenas, aspectos que antes ni existían para mí. Yo creo que en sí se da una interculturalidad en la UPN, pero no se desarrolla como tal porque no existe una hermandad; no hay participación de todas las partes involucradas (indígenas y no indígenas); la interculturalidad puede ser el camino para generar diálogo y para resolver conflictos. Hace falta mucho estudio, pero eso se logra mientras sigues el camino que tú elijas.

YA NO SOY LA DE ANTES, PERO TAMPOCO OTRA. RECONOCIENDO MI ORIGEN: IMPACTOS DE LA FORMACIÓN RECIBIDA EN LA LEI-UPN

Judith Belén Medina Flores

Quisiera comenzar diciéndoles que en la vida siempre nos vamos a encontrar con obstáculos para los cuales debemos tener la capacidad de enfrentarlos y saber resolverlos para seguir adelante.

Me permito contarles quién soy y de dónde vengo. Soy originaria de San Antonio Tecómitl, un pueblito de la delegación Milpa Alta, perteneciente al Distrito Federal. Hoy considerado un pueblo originario, ubicado dentro de una zona rural, donde sus habitantes son productores agropecuarios que efectúan la siembra para el autoconsumo familiar o para revender en el mercado local; viven de la venta de su fuerza de trabajo. Se le denomina así "por descender de pueblos prehispánicos" (Gómez Hernández, 2010) y ser uno de los lugares que funcionan como pulmones para la Ciudad de México.

A pesar de ello sigue existiendo una gran exclusión social para los que habitamos estos pueblos originarios, incluso entre los que habitamos el pueblo.

Me llamo Judith Belén Medina Flores. Actualmente curso el último año de la Licenciatura en Educación Indígena (LEI), en la Universidad Pedagógica Nacional (UPN), en el Distrito Federal. Mis padres (biológicos) son de origen humilde sin formación académica, soy la menor de seis hermanos, la segunda en alcanzar este nivel académico.

El poder formarme académicamente, en ocasiones, me fue un poco difícil, pues económicamente siempre he dependido de mi hermana la mayor en cuanto a las mujeres, ya que mis padres por razones desconocidas durante todo este proceso en lo económico no me apoyaron aunque cabe destacar que moralmente siempre estuvieron a mi lado. Durante mis estudios básicos (preescolar y primaria) tengo que decirles que fueron muy bonitos, los viví como muchos niños: en un hogar lleno de amor, comprensión, aun cuando no fue con mis padres, pues desde chica forme parte del hogar de mi hermana la mayor (con la idea de que ella era mamá). Crecí a la par de su único hijo quien era para mí y es mi hermano. Mi infancia fue maravillosa, no estuve rodeada de lujos pero tenía lo que necesitaba desde económico, alimentación, vestimenta y familiar. Nunca tuve la necesidad de salir de mi pueblo para estudiar, pues afortunadamente ya se contaba en el pueblo con una primaria y un preescolar, ambas son escuelas generales, a pesar de ser una zona semiurbana, a ellas asistían principalmente niños del pueblo, las instituciones educativas considero fueron las primeras en hacer que se perdiera la lengua originaria de la comunidad, al usar únicamente el español como vía de comunicación.

Durante toda mi vida he tenido que superar mis miedos, ya que para mí la vida ha sido muy bonita y precisamente por eso es que a partir de mi formación secundaria me he enfrentado a diversos miedos o *shocks* psicológicos, de verdad no sé cómo llamarlos.

Para que se pueda entender por qué digo *shocks*, comenzaré por contarles dónde cursé mi educación preescolar, la cual fue en una escuela pública general (no perteneciente a la DGEI). Mi mamá entraba a su trabajo desde muy temprano, nos dejaba a mi hermano y a mí con una tía quien nos arreglaba, nos llevaba a la escuela a las nueve, regresaba por nosotros a las 12 del día, llegábamos a casa, nos daba de comer y salíamos al jardín a jugar hasta que mi mamá llegara de su trabajo. Por las tardes siempre nos bañaba, nos daba de merendar y acostaba para dormirnos. Mi mamá y el papá de mi hermano nos llevaban al cine, a comer a las ferias, al parque, nos contaban cuentos, en la quincena nos compraban ropa, zapatos etcétera.

La primaria la cursé en una escuela dentro del mismo pueblo, también aquí ya nos pasaba a dejar mi mamá a la escuela porque su horario de trabajo cambió, siempre estaba al pendiente de lo que necesitábamos, parecíamos muñequitos, algo que a mí no me gustaba porque siempre me peinaba de diferentes formas, me ponía muchos adornos en mi cabello, mis calcetitas con encaje, inclusive hasta mis calzoncitos, recuerdo que en quinto grado mis compañeritas decían que parecía arbolito de navidad por todo lo que mi mamá me ponía. A pesar de la edad que tenía mi mamá aún me bañaba, si teníamos que ir a la biblioteca que se encontraba como a tres cuadras de mi casa, siempre ella me llevaba. En quinto grado me tocó una maestra que era muy regañona, nos jalaba a las niñas de nuestras trencitas y a los niños de sus patillas, eso fue algo que a mí me quedó muy marcado porque ni mi mamá me pegaba de esa manera, cuando a ella se lo conté fue y habló con la maestra y le pidió que no me lo volviera hacer a lo que ella contestó que era necesario porque sólo así aprenderíamos; pero más odié a la maestra cuando no me aprendía las tablas, bueno sí las sabía pero siempre al llegar a su casa me ganaban los nervios y se me olvidaban, porque se las teníamos que ir a decir hasta su casa para que nos diera nuestra boleta, para pasar a sexto grado, este fue el único grado en primaria donde sufrí violencia por parte de un maestro.

Recuerdo que cuando salí de sexto me compraron un vestido muy bonito, fui a misa, baile mi vals y nos hicieron la fiesta en la escuela, donde nos dieron de comer y hubo sonido para que bailáramos.

Cuando ingrese a la secundaria fue cuando comenzó la etapa más difícil para mí, pues por razones que no conozco mi mamá decidió que estudiara en una secundaria técnica que se encontraba dos pueblos después del mío; es decir, en el pueblo de San Andrés Mixquic, también considerado un pueblo originario, perteneciente a la delegación Tláhuac.

El primer día no sentí tan fuerte el cambio, me levanté a las seis de la mañana me bañé, me arreglé, mi mamá me peinó y me dijo qué pesero teníamos que tomar, me fue a dejar a la escuela y dijo que en la salida me esperaba en la puerta. Dentro de la secundaria me sentía

un poco rara porque no conocía a nadie de mis compañeros, tomé mis primeras clases, en el receso mi tía, quien trabajaba ahí, fue por mí al salón y me llevó a su oficina donde comimos, después regresé al salón y terminaron las clases. Salí a la calle y mi tía estaba con mi mamá esperándome, nos fuimos a la casa, fue algo normal; pero el segundo día para mí comenzó un infierno pues me dijo que me iba a ir sola porque no podía faltar nuevamente a su trabajo y tenía que arreglar a mi hermano para la primaria, sólo me llevó a la parada, yo lloraba y le pedía que me llevara porque no me iba saber bajar, me dijo que le dijera al chofer me dejara en la secundaria. Mi corazón latía muy fuerte por el miedo que tenía pero termine yéndome sola preguntando, pero llegue a la secundaria, entré a mis clases, tres chicas me invitaron de su comida en el receso, de ahí nos hicimos amigas. A la semana nos otorgaron un taller, a mi grupo le tocó apicultura y carpintería, lo cual a mi tía no le gustó y me quería cambiar, pero yo no quise por no dejar a mis amigas, además por que se iban por donde yo vivía, después con el tiempo perdí el miedo de irme sola, también porque mi hermano ya estaba en la secundaria y nos íbamos juntos, aunque cuando nos mandaban a algún museo mi mamá y el papá de mi hermano nos llevaban.

Justo en esta etapa fue cuando una vecina me hizo el favor de aclararme que mi mamá (hermana) no lo era, fue lo más difícil de mi vida pero tuve que superarlo y logré comprender que lo más importante era el amor obtenido por mi madre y hermano. Durante esta etapa de mi vida yo no comprendía por qué siempre a mí me exigía más que a mi hermano, si él reprobaba alguna materia solamente platicaba con él y le pedía que le echara más ganas, sin embargo, si yo tenía una calificación de siete u ocho siempre me gritaba y regañaba. Después ella me comentó que esos regaños eran para que me superara, porque no quería que sufriera en la vida ni mucho menos sufrir maltratos de nadie a lo cual ahora logro comprender que tenía razón.

Mi madre (hermana) siempre me apoyó a estudiar lo que yo quisiera; el bachillerato lo curse en Xochimilco que por su ubicación geográfica se le denomina un pueblo originario, el cual se encuentra

alejado del mío, donde tuve la oportunidad de estudiar la carrera en puericultura, ya que siempre quise trabajar con niños. Al egresar pude entrar a trabajar en un preescolar, lugar donde trabajé durante tres años en diferentes grados y esta fue una de las más grandiosas experiencias de mi vida, sin embargo, existía la crítica por parte de mis tíos al decir que yo por qué no me casaba, pues si mis primas de la misma edad o más pequeñas ya hasta bebes tenían; algunos otros opinaban que si no me apuraba seguramente el tren se me iba a ir, comentarios que nunca me importaron ya que me motivaban a seguir adelante mi madre y mis dos hermanas, Irma e Isabel.

La importancia de la superación profesional: estar en la universidad

Yo no quería casarme tan pronto porque quería seguir estudiando. Por ello, busqué entrar a la LEI de la UPN, al no poder ingresar, después de dos intentos, a estudiar psicología en la UNAM. Escogí esta carrera (LEI) porque era la que menos aspirantes tenía y podría entrar más fácil según las recomendaciones de algunos amigos que han pasado por la UPN, pero en otras carreras; fui aceptada por el examen general de conocimientos y además pensaba que solamente sería por un tiempo, pues después me cambiaría de carrera en cuanto pudiera; pero conforme fueron pasando los semestres e ir conociendo la decadencia educativa que presentaban los niños de las comunidades indígenas y aquel sueño de querer ser maestra, me hicieron seguir en esta carrera y cada vez aprender más.

El ser estudiante de la LEI, para mí al principio representó un rechazo social por parte de familiares y amigos ya que me cuestionaban: ¿para qué estudiar esa carrera?, ¿de qué me mantendría, qué futuro me esperaría? Me sentía menospreciada en el grupo de amigos con los cuales me reunía ya que ellos se encontraban en escuelas que tienen gran "prestigio" desde el nombre de la institución como de la carrera misma.

Dentro de la misma institución, al inicio de mis estudios en la LEI, me he enfrentado a la discriminación por parte de mis compañeros al no hablar la lengua indígena.

Al cursar el primer semestre en la UPN verdaderamente me sentía rara porque existían muchas cosas que no conocía, entre ellas que había diferentes etnias, lenguas indígenas. Mis compañeros contaban de sus experiencias en la comunidad, decían que pertenecían a diferentes grupos étnicos, que hablan una lengua indígena, etcétera. Mientras yo decía: ¿qué hago aquí si yo ni indígena soy, no hablo ninguna lengua indígena? Me desconcertaba escuchar cuando platicaban mis compañeros, parecían raros y la verdad quería salirme porque no me sentía a gusto, no tenía nada que contar como ellos. Además, me daba pena decir a mis amigos de mi pueblo qué carrera estaba estudiando y de dónde eran mis compañeros, inclusive mi propia familia decían: "¿qué futuro puedes tener estudiando esta carrera?, ¿en qué puedes trabajar?". También dentro de la misma LEI existía una maestra que seguido me decía que lo mejor era salirme y no perder más mi tiempo, que en la licenciatura yo no tenía nada que hacer. A pesar de todas mis dudas y de los comentarios, gracias a una compañera (después una gran amiga) pude observar que esta licenciatura ofrece una formación académica para el campo de la educación indígena tanto en contextos rurales como urbanos, y particularmente me permitió reconocer mis orígenes y la comunidad de la que provengo, en este caso, pueblos originarios de la Ciudad de México.

Pude aprender a valorar a la gente por quien es, no por lo que puede tener. Estar en la LEI me permitió reconocer de dónde vengo, saber quién soy. Me brindó la oportunidad de valorar la importancia que tiene cada fiesta y peregrinación, así como las insignias que hay en mi pueblo. Poder sentir orgullo de mis orígenes, ahora puedo decir a todos que yo pertenezco a un pueblo originario, náhuatl, con grandes tradiciones a pesar de que durante años no quise reconocerlo y ahora me da pena que en su momento no aprendí a hablar náhuatl. Aunque no toda la culpa fue sólo mía, ya que ni mis papas, ni los maestros nunca nos enseñaron. Considero que en las escuelas de educación

básica del pueblo no se nos enseña a valorar nuestros orígenes, jamás supe qué pueblo indígena se estableció en Milpa Alta, tampoco el porqué se nos denominaba "momoxcas", que en náhuatl significa "Lugar de altares rodeado de montañas", de acuerdo con el profesor Librado Silva Galeana (Premio Nezahualcóyotl de Literatura de Lenguas Indígenas en 1994).

Algo que ahora considero muy importante para la formación de uno como sujeto con una identidad, después de estudiar una licenciatura en educación indígena, es la inculcación de nuestros valores, culturales y sociales, los cuales nunca fueron retomados en la escuela en Tecómitl (Milpa Alta), y no se mencionaba la importancia que tenían y tienen, por ejemplo, las fiestas y actividades que se realizan en el pueblo como parte de las tradiciones históricas.

Ahora conozco y valoro diferentes términos que no tendrían por qué quedarse únicamente en un discurso político o en una política más implementada por el gobierno, como es la interculturalidad y en la cual no tendríamos porque quedarnos solamente con una descripción de ella como la relación que históricamente ha existido entre los pueblos indígenas y la sociedad no indígena, sino que tenemos que llevarla a la acción. Porque a mi criterio diría que la interculturalidad es el producto de la relación que se establece entre los diferentes grupos étnicos y culturales, o más bien entre diferentes pueblos de una región y, a su vez, la articulación de éstos en condiciones de igualdad y equidad con la sociedad nacional. Esa interacción debería tener como base los elementos propios de la cultura, los cuales sirven para interactuar con otros indígenas y no indígenas, y en ese proceso de reconocer lo propio, la escuela tendría que jugar un papel central en los diferentes contextos.

Referencias

Gómez Hernández, I. (2010). *Hacia una ley indígena y de pueblos originarios de la Ciudad de México.* Recuperado de http://sanandresmixquic.blogspot.mx/2010/08/hacia-una-ley-indigena-y-de-pueblos.html

Integrantes del taller y compañeros de la LEI (2011)
Foto de Lino Wilson Rubí Americano

EL INICIO DE UNO DE MIS PEORES TRAUMAS

Luis Alberto García Torres

Me llamo Luis Alberto García Torres, nací el primero de octubre de 1986 en un pueblito llamado Barrio Nuevo el cual pertenece al municipio de Xochiapulco en el estado de Puebla. Este poblado es una comunidad de origen náhuatl, ahí viví hasta la edad de 6 años en la casa de mis bisabuelos, pues mi mamá, en busca de una mejor situación económica, decidió venir a la Ciudad de México. Este cambio de vivienda no me resultó difícil, pues mi abuela y varios de mis tíos ya vivían en el DF, en la colonia Álvaro Obregón que es en donde nosotros llegamos a vivir junto a mi abuela.

Después de un tiempo me entero que tengo que ir a la escuela (kínder). Un lunes mi abuela me despertó muy temprano para bañarme y ponerme el uniforme; yo muy molesto le reclamaba por qué me había inscrito si yo no le dije que quería ir a la escuela; ella muy paciente me explicó que todos los niños tienen que ir a la escuela, pero no logró convencerme pues yo no quería ir, al final de cuentas no le quedó más opción que darme un par de nalgadas para que me dejara vestir y llevarme.

Estando fuera de la escuela se despidió y dijo que mi tía iría más tarde por mí. No estoy seguro si lloré como lo hacían los demás niños, de lo que tampoco estoy seguro es de lo que hice ese día en la escuela; lo poco que logro recordar es que mis amigos y yo nos salíamos del salón con el pretexto de ir al baño y nos íbamos al patio a jugar con los frijolitos rojos que abundaban en él, después de un rato la maestra salía a buscarnos y nos regresaba al salón.

Como tres meses antes de cumplir los 7 años, entro a la escuela primaria junto con mis amigos Hugo y Jesús, a quienes había conocido en el kínder. Este cambio de escuela no fue nada complicado, pues iba con mis amigos y ya no tendría el problema de buscar unos nuevos. Los primeros dos años los cursé con la maestra Estrellita, la cual tenía una manera muy agradable de enseñar pues contaba con mucha paciencia, en esa escuela conocí a los primos de Jesús y sus amigos, los cuales eran mayores que nosotros. Ellos nos enseñaron a jugar futbol y a pelear, pues decían que teníamos que defendernos de los demás pero, pensándolo bien, creo que nos teníamos que defender de ellos pues nos pegaban muy duro y al parecer les servíamos como costales de box.

El tercer y cuarto año de primaria pasó sin pena ni gloria ya que la maestra Magda los hizo muy aburridos y tediosos; fue cuando tuve que aprenderme las tablas de multiplicar y entre la maestra y mi mamá no me dejaban pasar una. Terminé odiando a la profesora, pues entre mi flojera y sus exigencias, siempre terminaban regañándome tanto en la escuela como en casa.

Ya para los dos últimos años de primaria mi grupo de amigos y yo éramos unos "gandayas" pues nos aprovechábamos de los más pequeños e ingenuos tal y como nos lo habían enseñado. No sólo nos gustaba molestar a los demás, también nos fascinaba el futbol y cada vez que podíamos convencíamos al maestro para salir a jugar al patio; no era tan difícil pues él también era un amante del deporte de las patadas.

Tanto era mi afición por este deporte que podía pasar el fin de semana completo jugando en las calles con mis amigos de casa, los partidos comenzaban desde las 10 de la mañana hasta las 10 de la noche, no parábamos; si alguien tenía que ir a comer lo hacía y regresaba a jugar. Nuestro segundo pasatiempo favorito eran los videojuegos, mis amigos de la colonia y yo nos la pasábamos jugándolos, hasta peleábamos por saber quién era el mejor, estos chicos con los que conviví muchos años a decir verdad no eran un muy buen ejemplo a seguir, pues ya desde pequeños cometían cierto grado de vandalismo y yo por quedar bien con ellos también los cometí.

Mi primer empleo

Entré a la secundaria 170, en la cual estudié dos años, pues una vez más nos cambiamos de domicilio, pero esta vez dentro del Distrito Federal, en la delegación Iztapalapa. Yo estaba en completo desacuerdo pues en nuestra nueva casa no tendría amigos, ni en la escuela, ni en la calle. Aún así nos cambiamos a mitad del primer bimestre del tercer año de secundaria. Todo fue desastroso; los maestros me reprobaron sin ninguna excepción, lo cual me molestó demasiado pues creo que debieron darme una oportunidad de entregar algún trabajo extra, pero no fue así, sólo me reprobaron y ya. Por consecuencia, el siguiente bimestre no me importó lo que pasara pues odiaba esa escuela y creo que la sigo odiando, así que no entregaba tareas, reprobaba todos los exámenes y me la pasaba buscando problemas, además de que los chavos sólo querían pelear conmigo y afirmaban que yo me sentía muy "gandaya".

Después de tres bimestres espantosos mi madre decidió poner un alto a esta situación y explicarme que estaba por terminar el año y tenía dos opciones: esforzarme al máximo los últimos dos bimestres y salir de la secundaria o reprobar y cursar otro año en la misma escuela, pues no me cambiaría, además de que como castigo tendría que trabajar los fines de semana en un tianguis con un conocido de la familia. Ese fue mi primer trabajo, sentía que ganaba mucho porque lo poco que ganaba me lo gastaba yo sólo. Con respecto a la escuela opté por echarle ganas y sacar a como dé lugar mi certificado de secundaria y lo logré gracias al apoyo de mi madre.

Todas las vacaciones me la pase trabajando y me gustó pues ya no tenía que pedir dinero para comprar lo que yo quisiera. Al terminar la temporada de vacaciones ingresé a la preparatoria en la que estuve dos años, ya que reprobé cuatro materias y no podía continuar hasta aprobarlas. Esto me sirvió de pretexto para dejar la escuela durante año y medio, en el cual sólo me dediqué a trabajar hasta que mi mamá insistió en que regresara a la escuela. Opté por estudiar la preparatoria abierta mientras seguía trabajando, pero en esta ocasión trabajaba

haciendo limpieza en oficinas. Luego de un tiempo cambié de trabajo y fui mesero en una marisquería, luego trabajé en una tienda de ropa (Suburbia) y finalmente terminé trabajando en una panadería durante un largo periodo. No terminé la preparatoria ya que en este tiempo la volví a abandonar.

Una vez platicando con mi mamá y una prima (Anahí) la cual estudiaba Sociología de la Educación en la Universidad Pedagógica Nacional (UPN), me dijeron que por qué no entraba e estudiar en la misma universidad. Mi prima me comentó de la carrera en educación indígena de la UPN, me dijo que hiciera el intento de ingresar, que podría ser fácil y no estaría fuera de lugar, pues entendemos un poco de la lengua de nuestros bisabuelos (el náhuatl). No muy convencido acepté hacer el examen de admisión y entre todos mis familiares se dieron a la tarea de estarme recordando lo importante de estudiar.

Hice el examen y fui aceptado; traté de inscribirme pero como aún no contaba con el certificado de la preparatoria me fue imposible inscribirme en ese año. Al siguiente año presenté otra vez el examen y consigo quedarme en la UPN pero ahora el problema era la constancia que piden para comprobar que hablas una lengua indígena. Por ello, fui a mi municipio y pedí hablar con el presidente municipal, el cual me comentó que no me podía extender dicho documento pues yo no hablo al 100% la lengua, además de que ya no vivo en la región, y la razón más importante por la cual no podía extender la constancia era que esa comunidad ya no está considerada como indígena. Sólo me dio una carta donde decía que pertenezco a la comunidad, afortunadamente no fue necesario entregar ese documento pues nunca me lo pidieron, de lo contrario creo que no habría ingresado a la universidad.

Ahora resulta que yo soy indígena

Nunca me había percatado de la variedad de culturas que conviven en nuestro país hasta entrar a la UPN Ajusco. Yo sólo conocía a los "defeños" o "chilangos" y todos los demás eran, hasta ingresar a la

universidad, "indios" o "marías". Ahora me doy cuenta que no lo son, o por lo menos no de la manera despectiva en que yo los pensaba.

Una vez ya dentro de la universidad me di cuenta que algo que siempre me pareció tan común como escuchar a mis bisabuelos hablando mexicano (náhuatl) y entenderles un poco de lo platicaban. Ha sido algo importante darme cuenta de lo afortunado que soy al contar con la oportunidad de conocer el mundo desde otra perspectiva, pues mis bisabuelos logran mirar el mundo de otra manera diferente y nos han enseñado un poco de esa visión. Cuando yo era pequeño preguntaba a mi mamá porque mis bisabuelos hablaban inglés y ella me decía que no era inglés sino que ellos hablan el mexicano; luego al estar en el distrito escuchaba hablar a más gente una lengua indígena y preguntaba a mi mamá que es lo que decían y ella me respondía que no sabía, pues no les entendía. Desde que entré a la UPN y a la Licenciatura en Educación Indígena (LEI) me he dado a la tarea de aprender más sobre la lengua de mi familia y buscar más acerca de nuestra descendencia.

Durante mi estancia en la universidad he podido sentir de alguna manera lo que es formar parte de la minoría, pues aunque nunca he sufrido algún tipo de rechazo por parte de mis compañeros indígenas, en algunos momentos me he sentido fuera de lugar pues no hablo completamente una lengua al igual que ellos. Al realizar algunos ejercicios con la lengua me cuesta trabajo llevarlos acabo y termino pidiendo ayuda y ellos me apoyan amablemente. En varias ocasiones algunos de mis compañeros han expresado sentirse rechazados en algunos espacios de la universidad por pertenecer a la LEI; en lo personal yo nunca he notado algún tipo de rechazo en los espacios de la universidad, pues he tenido la oportunidad de convivir con personas de otras carreras sin percatarme si soy o no rechazado.

Recientemente al platicar con mi prima y amigos de otra carreras de la UPN me comentan que de ninguna manera han tratado de discriminar a los alumnos de la LEI, que han conocido a chicos de esta carrera y se llevan de maravilla, que les caen muy bien. No obstante también comentan que han notado que existe una especie de barrera invisible que no les permite entablar amistad con todos los chicos

de educación indígena, ya que algunos son un tanto cerrados, pero también nos valoran porque dicen que somos muy unidos y que nos apoyamos entre todos.

En cuanto a estos comentarios creo tienen mucho de cierto, pues yo lo he notado en varias ocasiones cuando se plantea la idea de invitar a gente de otras carreras o grupos a participar de algún evento cultural o una simple reunión de convivencia. Algunos expresan su desacuerdo y dicen que sólo se inviten a los de la LEI. Creo que si de algún modo ya no quieren sentirse discriminados deberían cambiar un poco esa actitud. Como lo mencioné, he podido convivir con todos en la universidad y nunca he sentido ni un poco de discriminación y los chicos de otras carreras parecen estar dispuestos a convivir con nosotros, los alumnos de la LEI. Sólo es cuestion de quitarnos algunas ideas de nuestra cabeza.

¿QUÉ ME HA TRAÍDO HASTA LA UPN?

María Carmen Pérez Gravioto

Tixotlaltiya no ohui... (Iluminas mi camino…)

Yo nací en el municipio de Tepetzintla, Puebla, en el hogar de mi abuela paterna, ya que ella es partera, indígena náhuatl. Estoy en el proceso de recuperación de la lengua náhuatl, puesto que es la lengua que se habla ahí, además del totonaco y otras. Mi familia lleva viviendo en el Distrito Federal más de 26 años, ya que en nuestro pueblo natal no hay muchas oportunidades de trabajo para los indígenas, pues se menosprecia su trabajo y se les paga muy poco por lo que desempeñan. Mi padre pertenece al pueblo náhuatl y mi madre no, por lo que ambas familias estaban en desacuerdo con su unión. Mis abuelos maternos no querían que mi mamá se casara con un *indio,* mientras que mis abuelos paternos no querían que mi papá se casara con mi mamá puesto que creían que no era alguien que pudiese respetarlos por su condición de no indígena. Hubo discriminación en ambos sentidos, así que prefirieron marcharse de ese lugar.

Mis hermanos y yo crecimos alejados de la cultura y del pueblo, puesto que mi papá decidió no enseñarnos nada acerca de ella, pues había sido objeto de discriminación durante su infancia y por parte de la familia de mi mamá. Cuando llegaban a tener visitas de los familiares, mi papá nos pedía que nos retiráramos para no escuchar las conversaciones que ellos tenían en la lengua náhuatl, pero a nosotros nos daba curiosidad y se nos pegaba una que otra palabra, aunque siempre la repetíamos en tono de burla; por eso, mi papá se enojaba con nosotros. Casi no nos llevaban a nuestro pueblo y cuando lo ha-

cían nos tenían prohibido juntarnos con los niños del pueblo, porque de plano no querían que aprendiésemos nada de ahí. Aunque mis abuelos paternos hablaran náhuatl, se dirigían a nosotros por medio de mi mamá o mi papá, nunca nos hablaban a nosotros, porque mis abuelos no hablaban español y nosotros no hablábamos náhuatl.

Las personas del pueblo no nos consideraban parte de ahí, puesto que no vivíamos en ese lugar ni hablábamos la lengua. Decían que éramos chilangos por nuestra forma de hablar, y mis hermanos llegaron a tener problemas ahí. Unos jóvenes les querían pegar porque decían que los chilangos se creían mucho y cosas así, por ello, tiempo después, no se nos volvió a llevar al pueblo.

La concepción de indígena en la escuela

Aquí en la ciudad nos asentamos en la delegación Xochimilco, lugar que por sus prácticas y costumbres es considerado rural. En comparación con la urbe, estas zonas no están en condiciones demasiado urbanizadas, los pobladores aún se dedican a la agricultura en las chinampas como actividad económica, que se viene realizando desde la época prehispánica. Antes de eso, vivimos en muchos lugares del Distrito Federal.

Durante mi estancia en la escuela primaria "Independencia económica de México", puedo decir que no me sentí discriminada por pertenecer a la etnia náhuatl, puesto que nadie sabía que yo pertenecía a ella, claro que al inicio yo no tomé conciencia de ello y de hecho no sabía nada; lo único que sabía era que mi papá era indígena y que hablaba un "dialecto", el náhuatl. Eso era lo que profesores y compañeros les decían a mis compañeros indígenas que dominaban la lengua, pues no se hablaba del náhuatl como idioma, sino que era reducido a mero dialecto. Los compañeros no indígenas reaccionaban de manera muy insultante, peyorativa al escuchar a algún niño expresarse en la lengua indígena. Los compañeros que hablaban la lengua indígena eran enviados al sistema de la Unidad de Servicio de

Apoyo a la Educación Regular (USAER), porque presentaban, según sus normas, problemas de aprendizaje. Puedo decir que yo no tuve ese problema, pues nunca aprendimos a comunicarnos en náhuatl.

Lo único que pude observar era el maltrato a los alumnos indígenas por parte de los compañeros no indígenas e inclusive de uno que otro profesor. Al parecer, ellos tenían la idea de que ser *indio* es sinónimo de atraso, de lo más bajo, de algo que ya no se debiera practicar, algo que sólo se debiera enseñar en museos, puesto que el esplendor indígena fue el del pasado, el de la época prehispánica. Era así como uno aprendía sobre los indios que alguna vez existieron. En las clases que se nos impartían sólo se hablaba de los indígenas del pasado, del legado que habían dejado, por ejemplo, la poesía del rey poeta Netzahualcóyotl, los monumentos y uno que otro topónimo que se usaba en la ciudad. Esos eran los indígenas, y no los que estaban presentes en el salón de clase ni los que uno podía observar ataviados con sus trajes regionales vendiendo artesanías en el centro histórico de la ciudad. Ahora me doy cuenta de que pensar así es algo erróneo, ya que he estudiado en la Universidad Pedagógica Nacional (UPN) a autores que mencionan que no hay culturas que sean más o que sean menos, es decir, cada una vale lo mismo, puesto que sus desarrollos siempre serán acordes con la cultura y las formas propias.

Mi hermana mayor siempre fue la más interesada en aprender la lengua náhuatl y lo consiguió, aunque su vocabulario en esta lengua no era muy extenso y su pronunciación causaba risa a las personas con las que intentaba comunicarse en esa lengua, pero como la mayoría de sus amigas eran indígenas nahuas, pudo hacer constante uso de la lengua y eso le dio ventaja en la familia de mi padre, puesto que podía entablar conversación con ellos. No le importaron las reprimendas de mi papá; él inclusive se alegraba de que mi hermana se interesara en aprender algo que muchas veces se nos dijo que era innecesario, pero, claro, no contribuía a que ella aprendiese más. Ella logró enseñarnos una que otra frase como para saludar o despedirse; sin embargo, sus amigas le decían que nunca podríamos ser nahuas auténticas, puesto que no conocíamos nada acerca de las costumbres de nuestro pueblo, decían

que carecíamos de ciertos elementos para poder ser indígenas, pero eso no nos importaba mucho.

Conociendo la ciudad, la otra percepción

A partir de mi ingreso a la secundaria, aprendí a moverme a los distintos lugares del Distrito Federal, puesto que mis papás no tenían tiempo para estar con nosotros y en la escuela muchas veces nos pedían ir a museos o teatros y ellos no nos acompañaban, no porque no quisieran sino porque sus trabajos se lo impedían. Esto fue ventajoso, puesto que recorrí muchos lugares en donde se impartían talleres de diversa índole, uno de ellos es el de náhuatl para principiantes que se impartía en el museo de Santa Cruz Acalpixca. El *tlanechtli* a cargo era el profesor Santos. Él tenía un modo muy peculiar de enseñarnos la lengua, pues nos recomendaba ir a lugares en donde hubiera personas que dominaban la lengua, generalmente eran puestos de quesadillas, pulques y otros más. Nos decía que la mejor forma de aprender esa lengua era hablándola, y nos hizo la invitación para participar en el encuentro de los pueblos originarios. En este evento se dieron a conocer aspectos de la lengua, medicina tradicional, elaboración de temazcal y muestra de música y artesanías elaboradas por los indígenas de la región. Nosotros participamos declamando poesía. Este encuentro en particular me agradó, puesto que se realiza en uno de los considerados sitios de poder. Año con año se sigue realizando cerca de un ojo de agua, en el pueblo de San Luis Tlaxialtemalco, Xochimilco. El lugar es considerado sitio de poder puesto que los antiguos pobladores asistían ahí para realizar rituales. Yo conocía esa zona porque ahí se ubicaba la escuela secundaria a la que yo asistía.

Al término de la secundaria, ingresé al nivel medio superior en un Centro de Estudios Tecnológicos Industrial y de Servicios, donde llevé la carrera técnica en Comunicación. Como requisito final pedían hacer servicio social en alguna institución gubernamental, por lo cual yo asistía en la delegación Xochimilco, en el área de co-

municación social. Esto me serviría posteriormente para encontrar trabajo.

Cuando comencé mi vida laboral, empecé en la delegación Xochimilco; primero como reportera gráfica y después en el área de monitoreo, que se encarga de recabar información en relación con el jefe delegacional, el gobierno del Distrito Federal y todo lo que implicara a Xochimilco, ya sea en medios televisivos o radiofónicos e inclusive internet. Esta fue una parte de mi vida muy significativa, puesto que me permitió conocer tanto a personas como aspectos de índole gubernamental, claro que a nivel local. Yo ya no tenía la intención de seguir estudiando, puesto que a mi parecer tenía un buen puesto y la vida resuelta, claro, según yo.

Ahí conocí a una amiga que estudiaba en la UPN y me habló de ella, me decía que debería seguir con mis estudios. Además, como en ese tiempo seguía tomando un curso para aprender la lengua náhuatl, me mencionó que me sería de gran ventaja para asegurar mi lugar dentro de la Licenciatura en Educación Indígena de la UPN, puesto que ese era uno de los requisitos. Al principio, lo dudé y preferí orientarme directamente con alguien de la universidad, así que llamé por teléfono, lo que de plano no me sirvió puesto que no me supieron decir bien a bien en qué consistía la licenciatura, lo único que me dijeron fue que hiciera mi examen y que si quedaba después vería qué necesitaba. Me animé a presentar el examen de admisión y quedé seleccionada.

Estancia en la UPN

Al ingresar a la licenciatura sentía nervios, no sabía quiénes iban a ser mis compañeros. Lo que más me preocupaba era que mis maestros impartieran las clases en la lengua indígena y yo apenas lograba construir unas oraciones, me preocupaba cómo iba a ser la convivencia con mis demás compañeros, sólo recuerdo que en la inscripción me había encontrado con un compañero que me comentó que su lengua era

el náhuatl y me ofreció su amistad. Las preocupaciones se disiparon puesto que al presentarnos todos observé que no sólo había hablantes de náhuatl, sino que además había mixtecos, zapotecos, choles, tzeltales, mazatecos, por lo que deduje que no nos podrían enseñar en la lengua, puesto que la que teníamos en común era el español. Aunque, claro, en el transcurso de los semestres se nos han pedido trabajos en relación con la lengua y cultura a la que pertenecemos.

A lo largo de la licenciatura no me he sentido discriminada por ser indígena, pero sí he llegado a escuchar comentarios que se hacen acerca de los compañeros de la licenciatura; como que somos "grilleros" o "terroristas".[1] Tampoco se me hace difícil estar aquí estudiando, puesto que mi familia tiene casa propia y no nos preocupamos por renta o ese tipo de situaciones, tampoco es que tengamos una posición económica muy buena, pero ahí la llevamos. Mi mamá es la que procura apoyarnos a mis hermanos y a mí, pues no quiere que dejemos la escuela, ya que ella dice que es un gran privilegio poder estudiar, porque en nuestro lugar de origen, a pesar de que ya hay universidades, pocos tienen la posibilidad de asistir a ellas, porque la mayoría tiene que trabajar para mantenerse a sí mismo y a sus familias, y ni hablar en el caso de las mujeres, que ya tienen más que determinado el rol que deben cumplir. Mi percepción hacia esta costumbre de mi comunidad es que son muy apegados a sus usos y costumbres; además, piensan que no sirve de nada que las mujeres estudiemos una carrera, porque nos vamos a casar y es el hombre quien se va a encargar de mantenernos y nuestro único deber es estar en casa, ocupándonos de las labores del hogar y de la crianza de nuestros hijos. Aquí en la ciudad yo me siento en libertad, porque puedo hacer diversas cosas sin que nadie me diga que está mal porque "mi lugar es el hogar" y debo atender ya sea al marido o a mis hermanos en el caso de no estar casada.

[1] Imagino que estos comentarios se hacen porque los indígenas estamos defendiendo nuestros derechos en distintos movimientos y eso para muchos implica ser guerrillero.

Poco a poco las mujeres van saliendo del pueblo, pero la mayoría sale en busca de trabajo y no de estudio. Por eso, yo me siento privilegiada de poder estar aquí viviendo y estudiando, pues quiero aportar algo que ayude a cambiar esas limitantes, aunque yo sé que no es tarea fácil, porque estoy rompiendo con muchas de las tradiciones que se siguen en mi comunidad, pero por lo menos sé que estoy sentando precedente. Además seguiré en el proceso de recuperación de mi lengua porque en la licenciatura me he dado cuenta de que es muy importante, ya que si estamos buscando una educación que respete nuestra lengua y cultura debemos empezar por nosotros mismos.

JO'ON JAB I MARUCH
YO ME LLAMO MARÍA.
MIS SUEÑOS

María de Lourdes Pérez Enríquez

Así empecé a caminar, y así voy llegando
a la cima a donde aspiraba llegar.
Todavía no es la meta, pero es parte
de lo que espero lograr.
María de Lourdes Pérez Enríquez, una mujer tsotsil

Rara soy, raro se me hizo ver a los demás niños. Parecía que nuestro espacio de cuatro paredes en la escuela, iba a ser lo mejor para nosotros. No obstante que pasaron los días, semanas, meses e incluso los años, seguíamos siendo los mismos niños, sin cambio alguno. Los profesores se reían, nos miraban con ojos raros. "¡Qué pasa!", platicaba internamente conmigo. Al considerar mi experiencia en las escuelas por las que he pasado, puedo reconocer que sí tuve ciertas limitantes para llegar hasta el nivel superior (universitaria) en el que me encuentro cuando escribo estas notas.

En un primer momento, mis padres no me inscribieron al preescolar porque ellos se dedicaban más al comercio. Mi madre atendía en su pequeño restaurante, y al mismo tiempo asumía el cuidado de mis cuatros hermanos. Me acuerdo muy bien que una vez mis padres decían que la mujer indígena no tenía las facultades para el estudio. Pensaban que la mujer sólo servía para procrear y mantener los cuidados de la casa y de los niños. Me interrogué, ¿será que la mujer indígena sea así? Pero una vez me entró la curiosidad de preguntar a mis padres

que si tenía la facultad para seguir en la escuela y prepararme para que después pudiera ser una profesionista. Pareció que mi pregunta había hipnotizado a mi padre. Me miró y se agachó, y me dijo:

—¿Tú quieres estudiar y ser alguien en la vida? En primer lugar, las mujeres nacen para engendrar hijos, así que sólo te apoyaremos a que termines la primaria y luego te casas.

Pero en mí no quedó nada grabado, pareciera que tan sólo fue un sueño. Hasta hoy me doy cuenta que, como mujeres indígenas, nos han negado nuestros derechos, nuestras decisiones, y somos objeto de discriminación por ser mujer indígena y pertenecer a un grupo étnico.

Nací en San Cristóbal de las Casas, Chiapas, en la comunidad 20 de Noviembre Huixtan. La mayor parte de mi vida radiqué en la ciudad de San Cristóbal de las Casas, para cursar mis estudios de primaria, secundaria y la preparatoria. El entrar en la universidad implicó para mí el dejar a mis padres, mi cultura y mi todo. Pero por otra parte era mi oportunidad para ingresar a la universidad.

En un momento, mi padre estaba algo desorientado, porque no se le hacía fácil pensar que una de sus hijas se iba a la ciudad a estudiar, menos pensar en la universidad. El rechazo de mi padre era evidente y él no aceptaba. Pudieron pasar los años desde que salí de mi hogar en busca de nuevos senderos, con los recursos suficientes para verlos, pero reconozco que el orgullo me ganaba más, y yo me propuse verlos hasta que concluyera la universidad o cuando obtuviera mi título universitario, es decir, hasta que hubiera alcanzado uno de mis sueños.

Ahora que regresé a casa de mis padres en Chiapas, fue diferente su recibimiento, el trato padre e hija no fue el mismo, la reconciliación se dio. Eso me da fortaleza, porque sé que mis padres reconocen mis esfuerzos, mis luchas y logros y lo importante es que siento su apoyo.

Mi identidad

Reconocerme como parte de una comunidad indígena se dio ya dentro de mi formación académica (universidad), antes no, porque decía:

"Si soy indígena, no tendré las oportunidades que hoy tengo"; así como también mi rasgos físicos son evidentes, pero como toda mi formación la realicé en escuelas estatales (generales), me relacionaba con niñas y niños, jóvenes de la ciudad, y nunca con compañeros indígenas, porque las escuelas no eran bilingües; estaban conformadas por indígenas y no indígenas, en su mayoría tsotsiles, tseltales y mestizos, pero por la influencia de la ciudad era difícil la relación. También una de las cosas que existía es que había un compañerismo entre indígenas, pero era más como para trabajos y no como amistades, dentro de la formación, porque a raíz de ello existía discriminación.

Las escuelas a las cuales asistí no eran bilingües, pero sí existía una influencia indígena. Es el caso de la primaria en donde realicé mis estudios. La escuela se ubica cerca de un mercado municipal, tenía dos turnos (matutino y vespertino). La escuela del turno matutino se llamaba "Benito Juárez" y la del vespertino "Justo Sierra". Toda la gente comerciante mandaba a sus hijos a estas escuelas. Los niños indígenas por lo general se inscribían en la vespertina, y en la matutina la población indígena era menor. Había una idea de que la mejor escuela era la matutina y considerando eso los padres de los niños indígenas, como era mi caso, preferían esa escuela. Yo asistí al turno matutino donde la maestra me tuvo mucho cariño, y tenía una paciencia para atendernos, ya que no sólo yo era indígena, sino que eran muchos más compañeros. En mi caso, la maestra me puso un sobrenombre, me decía *La Pulguita*, porque decía que aprendía mucho y rápido, pero me costaba adaptarme mucho a los otros niños que no eran iguales a mí. Yo asistía a la escuela todos los días con uniforme, y los otros niños podían vestirse como todos los demás. En mi caso, por la falta de recursos económicos era mejor que yo vistiera así. Me acuerdo que los otros niños eran como muy "finos", y yo como más "natural" (cierto descuido personal por parte de mis padres en la vestimenta).

Mi maestra de primero y segundo años fue alguien muy especial, porque ella me enseñó muchas cosas y me protegió mucho. A raíz de ello aún existe una amistad, y también porque después de ocho años ella fue mi madrina de 15 años.

En donde sí sufrí fue en tercer grado. La maestra era muy discriminadora con los niños indígenas. Me acuerdo que una vez una niña me dio papel higiénico para que le guardara, y ella me lo pidió en el salón, y comentó la maestra:

—¿Y no tendrá bichos ese papel para que lo recibas?

Y fue una actitud muy, muy discriminadora. Hacía este tipo de comentarios con niños de rasgos físicos con aspecto indígena. En este año, la maestra me reprobó –ambas ya no nos soportábamos– por no avisarle que no asistiría a clases por una hemorragia nasal muy fuerte. Por su puesto, ella ya sabía, pero como este accidente lo había tenido yo y no otra niña o niño, no hizo nada, sólo dijo:

—Llévensela, no vaya a ser que ensucie todo.

Después de todo esto, ya no quise regresar a la escuela a terminar mis estudios, y la maestra tampoco hizo nada para que no saliera. No sé qué pasaría con ella, yo no era la única niña indígena, había muchas más y no entendía. No sé, pero a los niños mestizos los dejaba que faltaran hasta un mes. Ella decía: "Ellos son güeros y de familias acomodadas", pero era su visión.

Todo eso no fue impedimento para que terminara la primaria, pero eso sí, mis calificaciones no fueron las mejores, incluso mis padres apoyaban más a mi hermana menor porque ella era de los dieces y yo la de los sietes. Cuando vieron que pasé el examen para la preparatoria se sorprendieron, pero a mí no me dejaron escoger el tipo de prepa y a mi hermana sí. Ella estudió en la preparatoria técnica de comercio, pero en el tercer semestre se dio de baja porque contrajo nupcias. Yo terminé la prepa y mientras estudiaba, también trabajaba en una papelería, y luego en una tlapalería. Tuve una sorpresa en el último año de la prepa, cuando dejé de trabajar. Eso me llevó a obtener mejores calificaciones. Mejorar en la escuela me dio ánimo para seguir con los estudios. También muchos profes me animaban y me decían: "tú tienes mucho espíritu de sobresalir". El año que dejé de trabajar, me dediqué a practicar deportes. Era de la selección femenil de futbol y representante de la selección de atletismo de la preparatoria. Mis calificaciones eran las mejores. No quiero decir que trabajar fuera un

obstáculo, pero en realidad ocupaba un tiempo que me absorbía todo. Trabajar y estudiar es un reto: mis respetos para todos aquellos que en algún momento de nuestras vidas lo realizamos.

Se vale decir gracias a esto también: valoro lo que soy hoy, conozco la independencia, la disfruto y la vivo.

Mi raíz

Hoy en día, me siento identificada con mis culturas y todos los elementos que distinguen que soy una mujer proveniente de la cultura tsotsil por preferencia, pero según mis orígenes soy tsotsil por madre (Anita Enríquez) y tseltal por padre (Sebastián Pérez). Sé que gozo de mucho prestigio. Así me percibo porque muchos amigos me dicen que a mi corta edad he realizado muchos trabajos. Yo sólo sé que realizo lo que está a mi alcance. El trabajo comunitario es lo mío, me gusta, me divierte y soy feliz trabajando por la gente, por mis hermanos y hermanas indígenas. Mi labor comunitaria que me ha abierto puertas, y he conocido personas con quienes nunca en mi vida pensé conversar, es el caso del encuentro con la señora Margarita Zavala, Hilary Clinton y Michelle Obama. Sé que a pesar de que me falta mucho por trabajar aquí, me he podido mover y representar tanto a mi cultura como a mi pueblo y a mi gente: la Mazateca, en el estado de Oaxaca, donde realizo mi trabajo comunitario, y de donde me siento parte, pero también como tsotsil y tseltal, que son mis raíces de origen.

Mi primer contacto con la universidad

En un principio, no tenía ni la menor idea de estudiar en la universidad, sólo pensé una vez que iba a estudiar en una de las universidades de la capital de mi estado, Tuxtla Gutiérrez. Pero alguien me orientó que estudiar en mi estado era la misma inversión económica, que era mejor que tomara la decisión de continuar mis estudios superiores en

la Ciudad de México, y sin pensarlo mucho actué rápido, y me fui a la ciudad a estudiar en la Universidad Pedagógica Nacional (UPN) Ajusco.

Ahora sé que estudiar la universidad y estar matriculada en la Licenciatura en Educación Indígena (LEI) me han dado mucho como persona, como profesionista, porque sé que en algún momento de mi vida haré algo por mi comunidad, por mi gente, los tsotsiles y tseltales. En la actualidad, trabajo para la zona Mazateca, en el estado de Oaxaca, con proyectos comunitarios junto a una gran persona que me ha enseñado a conocer otros lugares, otra cultura, otras personas y una vida muy diferente trabajando por el pueblo. Sé que me hace falta mucho, pero estoy en proceso de aprender, lo que se hace en la práctica.

Los retos por ser mujer me han llevado a trabajar más allá de mis límites. He impartido clases en las comunidades más apartadas de mi región, por parte del Consejo Nacional de Fomento Educativo (Conafe), en los niveles inicial, preescolar, primaria y secundaria, en la región de los Altos con habitantes tseltales y tsotsiles, que son parte de mi origen étnico.

La experiencia que adquirí como instructora comunitaria del Conafe fue muy importante, y es parte fundamental de mi vida. Allá aprendí a convivir, ser responsable y comprometida con la comunidad, y esto me enseñó a madurar, a vivir lejos de la familia y a conocer nuevos horizontes.

Después de todo esto, quiero enfatizar las siguientes experiencias que he adquirido al estar aquí en la universidad. En segundo semestre, viví una experiencia que jamás pensé: viajar al Seminario de Universitarios Líderes Indígenas. Fue ahí cuando viajé por vez primera a Estados Unidos, visité y conocí gente en varios estados de este país; traté temas de política, liderazgo y educación, etcétera. Fue aquí en donde me di el impulso. A través de este seminario me di cuenta de la necesidad de cada uno de nuestros pueblos. Estando fuera de mi país, realicé diferentes análisis, y me di cuenta que necesitamos brindar apoyo a compañeros y compañeras indígenas.

Sé que el trabajo que realicé en el Conafe me sirvió para que yo pudiera ingresar al seminario, por la labor comunitaria que brindé a mis pueblos originarios, en especial, a los niños indígenas; por esa razón fue que pude acceder o entrar en el seminario. El seminario lo realicé al lado de grandísimas personas, líderes de nuestro país provenientes de diferentes culturas como la maya, zapoteca, mixe, nahua, mixteca, hñahñu, por su puesto yo, tsotsil, y ellos líderes de sus diferentes comunidades. En total fuimos 10 jóvenes universitarios de distintas comunidades indígenas.

Otra estimulación adicional, pero no por eso menos importante, es que puedo aportar elementos que motiven a las mujeres jóvenes que pretendan seguir su carrera profesional. La experiencia vivida como estudiante me lleva a reflexionar más sobre mi formación y a entender la problemática que se vive con todas las mujeres indígenas y con referencia a su acceso a la educación.

Históricamente, el feminismo ha ido adquiriendo diversas proyecciones, acompañado de ideas que han generado acciones, propugnando un cambio profundo en las relaciones sociales, que conducen a la liberación de la mujer y también del hombre, al eliminar las jerarquías y desigualdades entre los géneros. Por eso, hoy en día las mujeres indígenas han tomado ciertos efectos para combatir contra la discriminación y la discrepancia. Mediante luchas y movimientos sociales, la mujer indígena ha ganado batallas importantes que le han dado lugar a abrir nuevos senderos de reconocimiento a su deber-ser como sujeto de derecho ante la ley. Reitero que ser mujer indígena no es ser menor que las demás mujeres. Creo que es una falacia decir que las mujeres indígenas no tienen talento para la escuela ni mucho menos para ser profesionistas; en fin, todos somos iguales ante la ley, y todos tenemos los mismos derechos, tanto el hombre como la mujer.

Actualmente trabajo con mujeres indígenas mazatecas. En lo personal, me siento como en una segunda casa en una organización en donde se trabaja para el bienestar de la mujeres de Mazatlán Villa de Flores, Oaxaca. De igual manera, trabajo como asesora de la esposa del presidente municipal, con la presidenta del Sistema para el

Desarrollo Integral de la Familia (DIF), de manera voluntaria. Esto con la finalidad de acercarme a las mujeres para, desde este medio, poder brindarles apoyo.

En 2009, junto con mi pareja, Celso Carrera Guzmán, ganamos el Premio Nacional a la Juventud Indígena a través de los proyectos comunitarios para el medio indígena. Los proyectos son sobre cuidado del medio ambiente, fortalecimiento de la cultura a través de la Danza de Huehuenton y Biblioteca Comunitaria.

Después de terminar la licenciatura espero trabajar en la docencia, pero quizás no en nivel preescolar o primaria, sino en educación media superior, ya que uno de los problemas que se tienen actualmente son los jóvenes indígenas y su acceso y permanencia en la educación superior. Quisiera seguir estudiando la maestría o bien otra licenciatura como Derecho, ya que desde niña, yo quise estudiar eso, para poder defenderme y defender a todo aquel que lo necesite, y ver para mi futuro.

La transición: cambio de manera de pensar, de ver la realidad

La implicación de ingresar a la UPN Ajusco, como originaria de un pueblo indígena y como mujer, me fue difícil, ya que mis padres no comprendían cómo, siendo mujer, podría seguir estudiando yo sola en la Ciudad de México. Ellos predijeron que no iba a poder. Ahora, estoy a punto de terminar la carrera. Ellos en la actualidad reconocen mi esfuerzo, y esto gracias a todo el trabajo que saben que realicé para estudiar en la universidad.

Para mí, la universidad ha sido parte fundamental por todos los conocimientos aprendidos. Ingresar a la universidad ha implicado muchos cambios en mi vida, como el convivir con compañeros de otros estados, de otras etnias, de otros contextos culturales y de otros países, como Guatemala, por el seminario que realicé durante mi pertenencia a la UPN, también el convivir con otras mujeres líderes en diversos

contextos culturales. La UPN ha sido como el trampolín para alcanzar muchos de los pocos sueños que pretendo realizar.

Uno de los factores limitantes que aún requiero superar es romper la barrera para tratar de comprender en la totalidad los lenguajes técnicos, es decir, textos académicos, muchos de los cuales me resultan complejos para su comprensión. Considero que no traía comprensión lectora desde los niveles escolares previos y esto se me ha hecho complejo. También a quienes pertenecemos a un pueblo indígena se nos hace más difícil comprender distintos tipos de texto, en muchos casos, por el trabajo que la escuela no realiza con las lenguas, tanto en español como las lenguas indígenas, en este caso, el tsotsil, mi lengua materna. Pero la práctica me ayudará con eso, no lo dudo.

Estar en la LEI es un orgullo para mí. No necesito estar en alguna otra carrera para sentirme parte de la UPN. Es una satisfacción ver por mis semejantes, los también indígenas de las comunidades. En algún momento de la vida sé que trabajaré por ellos en el perfil en el que está dispuesta la LEI. Creo que sí sería distinto estudiar en alguna otra carrera dentro de la UPN, ya que se dice que existe mucha discriminación contra nosotros los jóvenes provenientes de distintas comunidades indígenas. Considero que no es fácil la aceptación de los indígenas en otros programas de la UPN. No hay tolerancia para varios grupos considerados "vulnerables" dentro de la UPN, es el caso de nosotros los indígenas y de los compañeros LGTTTBI (lesbianas, gays, travestis, transexuales, transgéneros e intersexuales).

Es bien cierto que en la universidad se habla de diversidad de ideas, preferencias sexuales y diversidad étnica. ¿Es una universidad con interculturalidad? Habrá que verlo, pero todos los que pertenecemos a la comunidad universitaria deberíamos ser más tolerantes. Con esto quiero decir que falta para que la UPN realmente sea tolerante. Quiero decir con esto que existe en la universidad una cierta forma de racismo y de discriminación. En ocasiones el indígena es visto únicamente como el joven folclórico, pero no como el que representa su identidad y su sentido de pertenencia a través de su traje, su música o su danza. También con lo que ya mencioné del grupo de diversidad

sexual de la universidad, falta el reconocimiento de sus derechos; en ocasiones, hemos escuchado comentarios de compañeros indígenas hablando mal de los jóvenes que pertenecen a este grupo de diversidad sexual, o los mismos maestros discriminan y menosprecian a estos compañeros. También se discrimina a los jóvenes indígenas cuando se niega su presencia en los programas educativos.

Finalizo señalando que la universidad fue para mí un importante paso. La LEI es un orgullo y una satisfacción. Falta mejorar muchas cosas para facilitar el desarrollo académico de los estudiantes indígenas en la universidad; por ejemplo, como mencioné, el trabajo sobre la comprensión lectora, ya que no todos tenemos las mismas habilidades y destrezas para desarrollarla, y no todos provenimos de instituciones donde la lectura es primordial.

Considero que sería muy importante para la educación escolar indígena que las escuelas fueran instituciones que de verdad trabajaran de manera bilingüe, donde se considerara que la procedencia cultural y lingüística de los alumnos son elementos centrales para potenciar todo tipo de aprendizaje. Con esto quiero decir que se realicen acciones y no únicamente que sean bilingües para el gobierno, que a nuestros niños y jóvenes se les dé el aprendizaje en las dos lenguas, materna y segunda lengua, cualesquiera que sean. Eso mejoraría la educación en nuestros pueblos indígenas.

LENGUA BATS'I K' OP (TSOTSIL) (A MANERA DE REFLEXIÓN)

Jun tseb likem tal ta Jteklum Vistan, Chiapas. Jchanvun ta lisensiatura yu'un "educación indígena te ta Muk'ta Chanobvun Pedagógica Nacional" ta Ajusko. Ta xk'opoj ta bats'i k'op tsotsil xchi'uk kaxlan k'op. Jtot ja' jbi: Sebastián Pérez López Jme' ja jbi: Anita Enríquez González.

A pesar de que en México se tienen identificadas al menos 64 lenguas indígenas, pocas son las acciones y programas encaminados a

su defensa. Los pocos que hay están dirigidos casi exclusivamente al náhuatl del centro, aunque se tiene conocimiento de la amplia diversidad de esta lengua.

Ta Mejikoe na'bil ojtikinbil ti oy chanib xchanvinik ta chop bats'i k'opetike, jech un jutuk li abtelal sventa li sk'elel yojtikinel li bats'i k'ope, li koltaele ja' no'ox ta xak'beik ech'el li jk'opojeletik ta bats'i k'op navate, ta yutil no'ox noxtok un, ja' no'ox ojtikinbil li jchop no'ox chaktaje.

Aun cuando los libros de texto de instrucción primaria han sido traducidos a diferentes lenguas con el esfuerzo de los gobiernos de diversos estados, aparte de esto, es prácticamente nulo el desarrollo de materiales y textos, ni qué decir de bibliotecas o centros de documentación con materiales escritos en las diferentes lenguas.

Li vunetik pasbilik sventa ya'el li chanvun ta primariae, ja' meltsanbil ta yip ta sk'opik li muk'ta jtunel j-abteletik jujun estaroe, ja yabtelik, yalik ta sk'an pasel ta bats'i k'opetike, ti manchuke yu'un ono'ox la ch'abal jechuk vunetik pambil, ta me xkiltik chaval ti ch'abal bu ta tael ta muk'tik nail vun k'u cha'al ta "biblioteca" ti mu'yuk ta tael ts'ibetik pambil ta bats'i k'ope.

Es un secreto a voces que se comete discriminación contra las personas indígenas en general, y en particular contra los hablantes de idiomas autóctonos, por parte de la población "civilizada" y educada de la gran ciudad, incluso por parte de servidores públicos y profesionales en centros hospitalarios u otros sitios donde se brinde servicio. Tal vez convendría impulsar campañas y programas eficientes de combate a la violencia contra este importante sector, que además favorezcan actitudes de respeto y orgullo con las raíces de todos los que hemos tenido el privilegio de haber nacido en un país con un mosaico cultural tan rico como México.

Na'bil me ti yu'un oy to ono'ox li ilbajinel li x-elan buch'u bats'i vinik o mi ants likemik talel ta slumalik xchi'uk li –xelan ta xk'opjik ta bats'i k'ope, ti yalojike ja' la li lek xa chapalik xchanojik vun li yantike li k'ucha'al buch0u ta xchanik vun ta muk'tim jteklume, jech noxtok li buch'utik ta xa x-abtejik, bijil vinik antsetik yalojik ta x-abetejik ta Nail Poxil ta opisina k'usiuk no'oxe. Ta ilel no'oxe ta sk'an

chapanbel smelol sk'oplal li k'usi ta xk'otan ta pasele, yu'un oyuk ich'el ta muk', ich'el ta venta yo' ti oyuk lekil jun o'onal ta skotole, yu'un me li' lumalil, li vok'emotik ayanemotik ta Mejiko chava'i une, jech un lekuk ti talel kuxlejal ta komone.

ÉSTA SOY YO

Maricela Tenorio Flores (*Ínìma iî*)

Ndi´í yuvi ya´a kua´a xha tundo´o ta kunina kova´ana, sanana kuni kutata, inkana kuni keva´ana ndaa nicuvi xikana xa´a xhiñu.

Ña tiaa tutu yo´o kúa niya´a yu´u ta kixai xi ta´a inko´yo, ndi´a ndo´ondi, ndi´a niya´a ta kixhaá sakúa´a.

Ndaana kuni tutu yo´o , ndakaninina naxa vikua ya´a yó ta xaayó inka ñuu, ta xaayó nuuna yuvi koo kúninayo, ta valio ra xaayó inka skuela, ndi a ndo´yo ta kuniyo sandi´iyo skuela .

Xa´a ña yo´o kua tia tutu ka´a ndi´i naxa xikoa ni ya´a skuela, nda nixinu íin carrera, su koó kuni kuitiva ndoó ñaá, kuunikay sakua´a, tyi vityi xikaka xito´ni, tyi kua´atya kuni sava´a. tyi sa ndi´a sana´ana yu´u ta nixiyoo scuela ka´ana universidad xhi´i (lengua Tu´un Savi)

* * *

Todas las personas pasan por momentos difíciles cuando van en busca de mejores oportunidades, ya sea de mejoras en la salud, en el trabajo y en general buscando una mejor forma de vida.

Lo que comparto en este relato es parte de mi historia al llegar a la Ciudad de México con mi familia, lo que implicó seguir estudiando. Quien vea y lea este relato, se acordará que posiblemente tuvo que pasar por algo parecido, al llegar a un contexto distinto, donde no se valora a las personas tal cual son por sus orígenes y procedencia.

Aquí relato cómo fue mi transitar en la escuela hasta terminar una carrera, aclarando que aún tengo mucho entusiasmo de seguir

preparándome a pesar de las dificultades, es mi experiencia en la escuela y es la satisfacción de haber alcanzado un logro, una meta en un espacio que me brindó muchas posibilidades de valorar mi cultura, de no conformarme con haber llegado a esta cima, pues visualizo que aún hay más.

Todo tiene un principio. Los humanos, desde los tiempos más remotos, se distinguían porque poseían ciertas características según el grupo de pertenencia y lugar de origen, mismo que los distinguía entre otros más. En algún momento de nuestras vidas nos preguntamos quiénes somos, de dónde venimos, si estamos conformes o no con lo que hemos hecho de nuestras vidas, etcétera. Hoy, reflexionando un poco sobre esto, me he dado cuenta que existe una serie de acontecimientos que influyen en mi vida, que contribuyen en cierta forma a construir mi propia identidad, lo que ahora soy.

Como las plantas, mi raíz está en la comunidad de Coicoyán de las Flores, Oaxaca, de donde me considero originaria pues, aunque no nací ahí, gran parte de mi niñez la pasé en ese lugar, donde no sé si me apropié de la cultura de los na savi o ella de mí; ahora, orgullosamente me considero parte de ella, aunque también reconozco que no estoy de acuerdo en todo sobre ciertas prácticas que se llevan a cabo en partes de la comunidad… Sin embargo, me agrada saber que formo parte de un grupo en el cual hay una infinidad de valores culturales, que están muy plasmados en mi vida. Aunque mis visitas a Coicoyán son muy limitadas, lo llevo siempre en mí, pues es imposible dejar a un lado parte de uno mismo.

Mi cuna, mi familia

La familia es fundamental en la vida de cualquier individuo, por lo menos en la vida de los na savi; por eso, hago especial énfasis en esta parte, ya que considero a la vida como una planta: la familia es el sostén, algo así como la raíz y el tallo, la tierra la identidad, las hojas son la vía de entrada de nuevos aprendizajes, por donde nos nutrimos para proyec-

tar lo que finalmente es la flor, la esencia del propio ser; en conjunto, cada elemento es parte de uno mismo. Pues bien, debo mencionar que mi familia está integrada por ocho personas, mis padres, mis cinco hermanos y yo; tres de mis hermanos nacieron en Coicoyán de las Flores, los demás nacimos aquí, en la Ciudad de México. El haber dejado la comunidad fue un tanto difícil para todos, principalmente para mi padre, ya que no fue por gusto, más bien fue por la necesidad de buscar mejoría en cuanto a la salud de mi hermano, pues él nació con un problema de pseudoacondroplasia que le impedía caminar y valerse por sí mismo. Al no haber lo necesario para su tratamiento en el centro de salud ni en la capital oaxaqueña, mi madre se vio obligada a presionar a mi papá para buscar otra alternativa. Al fin de cuentas aceptó, pero solo después de que mi abuela muriera, ya que durante esos años estuvo bajo el cuidado de mi familia. El tiempo de mi madre era absorbido atendiendo a la abuela enferma. Debido a esa situación perdimos gran parte de nuestro patrimonio, pues a mi papá ya no le alcanzaba para cubrir los gastos en medicinas y atenciones para la abuela. Debo mencionar que antes de que la abuela cayera definitivamente en cama, mis padres viajaban mucho buscando el sustento para la familia. Venían a la Ciudad de México a vender las artesanías que elaboraba mi papá.

Añoranzas de mi infancia

En aquel entonces, mis padres se traían a la más pequeña de mis hermanas, quedándonos sólo cuatro hermanos en Coicoyán: mi hermana, mayor que yo por dos años, y yo de 5. Recuerdo que hacíamos de comer en el fogón, mi hermana hacía las tortillas y yo la salsa. Me regañaba porque mis manos no alcanzaban a agarrar muy bien el tejolote del molcajete. Mientras, mi hermano dizque iba por leña, ya que, aunque es el mayor de todos, siempre se distraía comiendo duraznos verdes, lo cual propiciaba inconformidades entre nosotros. A mi hermano no le encomendábamos gran cosa, sabíamos que no

tenía la habilidad para realizarlas. Él es menor que yo, en ocasiones lo consentíamos comprándole algunos dulces después de la escuela. En aquel entonces yo iba en primer grado de primaria, mientras, él nos esperaba en la casa. La escuela estaba algo retirada del lugar donde vivíamos.

Así era cuando mis padres no estaban con nosotros, los extrañábamos tanto. Por mi parte, sentía en mi ser una gran soledad sin ellos, ni siquiera estaba la abuela ahí, ya que se encontraba internada lejos de la comunidad. Todas las noches lloraba por ellos y por las tardes me paraba bajo el árbol de capulín que se encontraba en una lomita cerca de la casa, donde se escuchaba perfectamente el ruido de los carros que llegaban, aunque no se veían, pues el centro de esa pequeña comunidad está rodeada por cerros, y justamente el inicio de uno impedía visualizar lo que acontecía ahí. Cada vez que escuchaba un ruido de carro, ubicaba si iban de salida o venían llegando. Si era de llegada, esperaba largo rato por si veía a mis padres del otro lado –pasando la barranquita– para ir a su encuentro, mientras esperaba notaba como caía la tarde hasta anochecer. Mi hermana iba por mí, en ocasiones, ambas llorábamos juntas. Sus viajes duraban de una semana hasta un mes. Nos dejaban algo de dinero y despensa, ya que en teoría quedábamos bajo el cuidado de algunos familiares, pero obviamente ellos tenían otras prioridades.

Enfrentándome a un mundo diferente

Al llegar a México, y después de unos días, nos topamos con una serie de problemas. Rentábamos en casa de un familiar de mi padre, este hecho provocó grandes y serios problemas de discriminación, pues sólo lo aceptaban a él, mi padre. Mi madre tenía otras ideas para nosotros como familia pero no tuvo el apoyo y consentimiento. Ahí vivimos varios años. Fue una de las experiencia más difíciles por la que mi familia y yo pasamos. Por otra parte, nosotros, los hijos, teníamos que lidiar con los niños de nuestra edad y demás personas

en la calle y en la escuela, en el mercado y en las tiendas, después de mirarnos de pies a cabeza decían: "si traen dinero los atiendo, si no, no me quiten el tiempo", o nos vendían lo que ellos querían y no lo que necesitábamos; primero atendían al resto de la gente y al final a nosotros; esto nos provocaba coraje e impotencia. Poco a poco nos fuimos adaptando a todo. Las circunstancias nos obligaron a asimilar nuestra realidad, mientras que mi madre se la pasaba en el hospital con mi hermano, y mi padre trabajando.

Responsabilidad y visión en la niñez

Debido a esto, mis dos hermanos y yo nos responsabilizamos de nosotros mismos, hacíamos de comer, acudíamos a la escuela y al llegar nos poníamos a trabajar. Mi hermano mayor hacía algunas figuras talladas en madera, oficio al cual toda mi familia, desde siempre, se ha dedicado; entre tanto, mi hermana y yo hacíamos la limpieza de la casa o acudíamos con algunas vecinas para hacerles algún mandado, lo que para nuestros parientes era motivo de vergüenza y críticas. Nosotras no lo veíamos así, pues de ahí sacábamos algunos pesos para llevar a la escuela y comprarnos algo en el recreo.

Estábamos conscientes de que mis papás estaban ocupados en otras cosas importantes, pero no siempre fue así. Tiempo después, nos mudamos a otra colonia donde volvimos a empezar, ahora un poco más tranquilos, ya que la salud de mi hermano había mejorado bastante, y además ya no éramos unos niños y nos habíamos adaptado a la vida semiurbana. Cuando uno es pequeño cree todo lo que los adultos dicen; según, ven lo que más te conviene, pero no se nos pregunta si estamos o no de acuerdo con lo que ellos han decidido para uno, ¿cómo saber si realmente es lo mejor?

Cuando aún vivíamos en Coicoyán, mis hermanos y yo teníamos la idea de que algún día tendríamos que casarnos, llevando a cabo todo el ritual coicoyense y al mismo tiempo el ritual católico de casarse por la iglesia de blanco –como Dios manda–, y todo lo que dictan

las costumbres y tradiciones de una boda en esta comunidad. Pues bien, no fue así. Ni mi hermana mayor ni yo seguimos con la tradición, y dudo mucho que mi hermana la más pequeña la lleve a cabo. Tal vez si alguna de nosotras nos hubiésemos enamorado de alguien de la comunidad, quizá se hubiera cumplido la ilusión de mi padre, pero nuestra ideología, por lo menos la mía, ha cambiado, creo que se lo debo en gran parte a la escuela, a las personas con las que he convivido y también a los medios, es decir, a todo el contexto en el que ahora estoy inmersa. Es por esto que me vi en serias complicaciones con mi familia, pero de esto hablaré más adelante.

La escuela: te acostumbras porque te acostumbras

La escuela ha sido primordial en mi vida. Recuerdo cuando mi madre nos inscribió a tercero de primaria a mi hermana y a mí (en una escuela en Valle de Chalco, Estado de México). Al principio fue un poco difícil adaptarnos, ya que no era en nada igual a la escuela a la que acudíamos en Coicoyán. Para empezar, los compañeros nos veían como bicho raro, seguramente les llamaba la atención que mi mamá al principio nos pusiera tantas cosas de comer. Ella no nos ponía sándwiches ni tortas, eso fue después, nos ponía tacos y nuestra cantimplora siempre llena de leche, no agua. Me causa mucha risa cuando recuerdo que cierto día una compañerita me dijo "¿me das?", creyendo que era agua lo que traía. Yo por hacerme amiga suya le respondí que sí, pero al tomarle casi lo escupe. "Pensé que era agua", me dijo un poco molesta. Yo no entendí, en ese momento por qué se enojó. Después, le dije a mi mamá que por favor ya no me pusiera leche, sólo agua, y ya no tacos sino tortas, de esa manera quería ser parte de ellos. Mi hermana era más seria, y no le importaba quedar bien con los demás pero, eso sí, con el paso del tiempo ambas fuimos integrándonos cada vez más. Mi hermana llegó a ser jefa de grupo, algo que era muy prestigiado en ese entonces. Yo no puedo presumir de lo mismo porque era una de las más rebeldes.

La maestra siempre decía que era yo muy rezongona y hasta me decía "deberías aprender a tu hermana". Creo que entre más pasaba el tiempo, me volvía más rezongona, bueno, eso decían en la escuela y también en mi casa, así que terminé por creérmela aunque, según yo, no era malo, pues al contrario, había más que platicar, que discutir.

En la secundaria (en Chalco, Estado de México) igual, mi inseparable hermana y yo fuimos juntas en el sistema abierto. Aún sigo sin entender por qué no fuimos a una "secundaria normal", me refiero a donde hubiera chicos de nuestra edad. Recuerdo que en esa escuela eran pocos jóvenes y muchas personas adultas, a veces me da tristeza no haber convivido con chavas y chavos de mi edad, pero a la vez creo que estuvo bien el hecho de estar al mismo nivel con las personas adultas, todos con los mismos propósitos, bueno, eso parecía. Por mi parte, no había prisa por terminar, y para colmo fui una de las primeras en pasar los exámenes, culminando así la secundaria. Me sentí triste porque quería seguir con mi hermana, que salió poco después. Fue así como nos separamos, la economía de mi familia no era tan buena y ante esta situación busqué trabajo para cubrir mis necesidades: trabajé dos años en una *boutique* y posteriormente ingresé al bachillerato. Con mis ahorros pagué mis primeros gastos en la escuela y ya cuando no pude solicité el apoyo de mis padres para terminar. Nuevamente trabajé por dos años, y cuando me enteré de la existencia de la licenciatura en la que ahora estoy, no dudé en hacer el examen de admisión, ya que siempre me llamó la atención lo relacionado a la cultura y al medio indígena, algo tenía; de hecho, quería estudiar antropología social. Ahora, me siento contenta, pero además de la inquietud de ser algo más, quería demostrarle a los que de alguna manera se pusieron trabas para evitar la superación a mi familia y a mis propios padres, que puedo llegar lejos, recordando que cuando era pequeña me decían que era muy inteligente y valiente, pero cuando tuve a mi hijo se cayó la imagen que tenían de mí; creo que ya no me consideraban igual. Por eso, ahora he comprendido que parte del aprendizaje que he adquirido con el paso del tiempo no es para demostrarle nada a nadie, más bien, todo se convierte en

un reto personal, y que si reconocen el esfuerzo y, en dado caso, mi aportación en algunas cuestiones, ya es ganancia, lo demás es lo de menos.

Echando una mirada hacia atrás, viendo todo lo que he avanzado, con muchos tropiezos y resbalones, y que tuve a mi hijo sin casarme antes –de hecho sigo sin casarme–, enfrentándome a un gran reto y responsabilidad, me considero fuerte. No ha sido fácil mantenerme en la balanza, pues a veces pesa más toda la cuestión de los valores familiares y aceptar que no he sido precisamente lo que mis padres esperaban. Creo que por eso en ocasiones me siento triste, por no haber sido la hija modelo, pero ahora comprendo que nadie lo es; por otra parte, me siento feliz pues sé que (sola) he enfrentado muchas situaciones difíciles que me han hecho crecer y madurar junto a mi hijo, mis padres y hermanos, pues, después de todo, a ellos les debo mucho. Es complicado mantenerse y buscar nuevas alternativas de supervivencia entre la escuela, el trabajo, mi hijo y demás cuestiones, pero gracias a eso he aprendido a valorar lo poco o mucho que tengo por mi esfuerzo, sé que mi camino no termina y quizá se me presenten otros tipos de trabas, pero si en un principio no caí, espero no caer ahora que veo con más claridad.

Me encanta estar en la Licenciatura en Educación Indígena (LEI), y, aunque falta poco para terminar, sé que apenas empieza una nueva etapa en mi vida con los retos que tengo saliendo de la Universidad Pedagógica Nacional (UPN), uno es ubicarme, ya sea dentro de un espacio donde trabajen sobre cuestiones de fortalecimiento y pertenencia a las comunidades originarias o hacer proyectos independientes de la misma índole. Quiero que uno de los primeros sea para los ñuu savi (Mixteca baja) de Coicoyán de las Flores, Oaxaca, "donde se canta y se baila", mi comunidad.

Considero que gran parte del conocimiento que he adquirido en este último tiempo se relaciona además con la universidad, donde los vínculos sociales se han establecido mediante el proceso de comunicación que se ha generado a lo largo de estos últimos años con mis compañeros de clase, maestros y la comunidad estudiantil en general,

donde la enseñanza-aprendizaje ha sido recíproca ya que, como es bien sabido, aquí se concentran alumnos de contextos diferentes, y dentro del mismo espacio universitario se genera así la interculturalidad. Aunque la universidad no sea considerada como intercultural, ello lo generamos los estudiantes, no precisamente la institución.

Como resultado, ahora tengo una visión diferente ya que miro de manera distinta lo que anteriormente no veía a simple vista, sin reflexionar. En ocasiones, me sentía limitada. Pues bien, creo que ahora puedo formar mi propio criterio y expresar mi opinión, tengo varias herramientas para hacerlo. Algunos dicen que la escuela destruye ideologías referentes a la cultura, renunciando a ella; yo creo que no destruye, porque si uno tiene fuerte su identidad a pesar de todo lo que venga, no destruye la cultura. Estudiar en la LEI nos permite reflexionar sobre ello, desechando quizá algunas prácticas que perjudiquen a la integridad personal; en este sentido, tomar una decisión correcta o no, ya es volar con las propias alas y sentirse libre de elegir.

Encontrando nuevos horizontes: aprendizaje en la UPN

En la universidad te pasan muchas cosas que sirven para delimitar tu propia ideología e identidad. Estando dentro de la UPN comprendí que no es sólo llegar a sentarse y tomar clase; en realidad, primero fue enfrentarme conmigo misma, darme cuenta que no soy la única persona que ha pasado por un camino difícil, hay muchas historias parecidas, por lo tanto, al estar en comunicación y compartir con mis compañeros experiencias y vivencias propias, y al escuchar las historias de los demás, empecé a identificar y analizar sobre mi procedencia, a valorar mis raíces, mi familia, mi identidad y mi cultura. Me di cuenta que pertenezco a un grupo, a un pueblo originario, y si alguna vez me sentí mal por ello, ahora me siento orgullosa, mi visión sobre esto ha cambiado. He de reconocer que mucho han aportado la mayoría de los maestros, pero, sobre todo, mis compañeros provenientes de contextos culturales diferentes y hablantes de distintas len-

guas, que aun sin proponérselo sirvieron muchas veces de inspiración y reflexión, al ser portadores de conocimientos comunitarios, y que al manifestarlos se sentían orgullosos de ello. Eso para mí fue como un impulso de valoración por mi cultura, que si antes no había expresado fue porque estaba inmersa en la cotidianidad de una sociedad en la que estas cuestiones no son importantes, pero que, irónicamente, sí lo eran para marcar las diferencias con afán de discriminar.

La universidad a mí me permitió conocer, respetar y valorar las diferentes culturas existentes, y considero que esto no lo hubiese aprendido en otra licenciatura, aun estando en la misma UPN, puesto que, a pesar de estar en esta misma institución, los caminos de las demás licenciaturas son diferentes a los caminos de la LEI.

LABERINTO DE SORPRESAS Y DE LOGROS (TRAYECTORIA DE VIDA)

Socorro Alejandrina Jacinto Hernández

Introducción

En la presente narración anexo mi trayectoria escolar, con el fin de señalar que a pesar de los tropiezos que se presentan en el camino no es impedimento para no seguir adelante, no debemos de caer porque a pesar de todo hay una luz al fondo del túnel como lo he dicho, al principio es muy difícil adaptarse porque llegas y no conoces a nadie, no sabes cómo expresarte, comportarte, asociarte más que nada al medio, es un contexto totalmente diferente. Pero no es imposible lograrlo.

(Introducción en zapoteco)

Le´ la´a ntso´re´kuan mrxakna´le net
Mbes shomod mblina prke´nxona´nche´
Le´net lon nsona´mblímen shgab kenso sdi
Tiem ko buen nso dib xhnílko wimen
La ye´s nakaktí con dib cidad. Nayent
Mn ko nlíbeymen nanetna´xhomod ndidis
Sho nod nchakna ko re´men ko nche.

Mi persona

Mi nombre es Socorro Alejandrina Jacinto Hernández, nombre que en griego significa "defensora, protectora, vencedora" y de origen latino es "dispuesta a ayudar". Soy una persona sencilla, responsable, divertida, pero algo en mí no me agrada: la sensibilidad. También me gusta tener demasiados amigos, compartir con ellos diferentes experiencias y en el futuro me gustaría conocer muchos lugares de la República Mexicana o si es posible algunos países. Asimismo me gusta mucho la antropología.

Mi comunidad

Originaria de una población llamada San Miguel Suchixtepec Miahuatlán, que se ubica en el estado de Oaxaca, en la Sierra Sur, su significado en zapoteco es Yii' Yee' (cerro de flores). Un lugar muy bonito. La lengua madre de los habitantes del municipio de San Miguel Suchixtepec es zapoteco, mejor conocido como zapoteco de la Sierra Sur. Todos los habitantes que residen en el municipio tienen origen en los indígenas zapotecos que desde antaño habitaban esas tierras. En esa comunidad la mayoría de las personas son trabajadores, realizan actividades para el sustento familiar como: siembra de maíz, frijol, calabaza, flores; realizan trabajos de carpintería, panadería, artesanías de barro rojo (muy pocos). La comunidad vive de sus tradiciones, costumbres, creencias, prácticas espirituales que están presentes en ella.

Mi padre y mi abuela comentaban que antes en la comunidad las mujeres no tenían derecho de ir a la escuela como los hombres, porque decían que las mujeres sólo estaban para el hogar, para casarse y servir a su esposo, padres e hijos; en cambio, un hombre sí tenía acceso a la educación, al trabajo, a la participación y sobre todo era el sustento de la casa, el que trae el dinero, el que estaba al mando de la familia y podía opinar en las diferentes reuniones. En la escuela, por ejemplo, cuando los maestros mandaban citatorios para los niños, éstos escri-

bían el nombre del padre y sólo asistían los padres de familia y no las madres. Las mujeres tampoco asistían a las reuniones comunales; el argumento de mi padre es que las mujeres se embarazaban y se dedicaban sólo a cuidar a sus hijos y a su esposo. Pero con el tiempo surgieron varios cambios en la comunidad, se propusieron varios proyectos, programas, talleres, para toda la comunidad, llegaron apoyos para los niños como becas para seguir estudiando y para los adultos se establece el INEA (educación de adultos). Esto sucede aproximadamente en el año 2000, tanto mujeres y hombres como niñas y niños van a la escuela y participan de las diferentes actividades de la comunidad.

Cada presidente municipal que entra se organiza con la comunidad (hombres y mujeres) para realizar proyectos; por ejemplo, siembra de flores, organización de las festividades de la comunidad, festejos como las clausuras de las escuelas de los niños, tequios que se realizan en la escuela y en la comunidad. Hace poco se establecieron 18 organizaciones productivas que se dedican a diversas actividades para la población; por ejemplo, la cooperativa artesanal de carpintería para crear una fuente estable de empleo, también la integradora de muebles de madera, viveros, cría de peces arcoíris, grupos solidarios de mujeres que se dedican a la siembra de gladiolas y otras flores, los cuales están ligados con instituciones como: Misión Cultural Rural 24, Secretaría de Agricultura, Ganadería, Desarrollo Rural, Pesca y Alimentacion, Instituto Estatal de Educación Pública de Oaxaca, Sistema Nacional de Capacitación y Asistencia Técnica Rural Integral, Alianza para el Campo, entre otras.

Quiero mencionar que esta comunidad tiene una ranchería llamada Loma Morillo, que se encuentra a 30 minutos de la comunidad (San Miguel Suchixtepec). Esa población cuenta con un centro de salud que se encuentra en la cabecera municipal para brindar atención a sus habitantes, cuenta con siete instituciones educativas las cuales son: escuela primaria "Julio Antonio" establecida en la ranchería Loma Morillo, una escuela preescolar, y en San Miguel se encuentra la escuela primaria "Miguel Hidalgo y Costilla", escuela secundaria técnica 131, escuela preescolar "José Vasconcelos", el Instituto de Estudios de

Bachillerato del Estado de Oaxaca Plantel 99 y un albergue escolar para niños y jóvenes que habitan en los pueblos vecinos de la población. Cuenta con algunos servicios y apoyos para las instituciones, los cuales son: comedor escolar, despensas para los niños de preescolar y primaria, becas de Oportunidades, del Programa de Apoyos Directos al Campo (Procampo), y la de 70 y Más para los adultos mayores; en ellos participan hombres, mujeres, jóvenes y niños. No hay prioridad alguna y esto se hace para tener un mejor patrimonio. Hay que mencionar que estos proyectos se están realizando en la comunidad para que no haya migración y para que las personas tengan trabajo en ella.

Adquisición de la lengua materna

La lengua madre de los habitantes del municipio es el zapoteco, conocido como zapoteco de la Sierra Sur. La mayoría de los habitantes tienen su origen en los indígenas zapotecos que en tiempos pasados habitaban estas tierras, y que aún lo preservan. Mi primera lengua (LI) fue el español, que en mi familia casi todos hablan, incluido mi papá. Mi mamá es bilingüe, habla español y zapoteco pero se comunica con nosotros en español. Al ingresar a la escuela pude adquirir la lengua escrita pero los maestros nos enseñaron más el español que la lengua indígena (zapoteco), porque los maestros no utilizaban la lengua indígena. Pero a mí me hubiese encantado escribir, leer y hablar la lengua zapoteca. Sólo entiendo algunas palabras, pero eso no es suficiente para mí. A veces la escribo como le entienda y me corrigen mis primos, que saben hablarlo perfectamente, pero me gustaría también aprender varias lenguas más y ese será mi objetivo.

Mi infancia y la escuela

El día en que nacimos mi hermano y yo (somos cuates, que en zapoteco se dice *cuaches*) fue el 27 de junio de 1988. A ambos nos separaron:

él se fue con mis padres y yo con mi abuelita, porque mi madre estaba muy enferma y no podía cuidarnos a ambos. Desde entonces toda mi familia (primos, abuelita y tíos) me apoyaron para comprarme cosas que necesitaba, aunque mis padres me visitaban.

Viví momentos de alegría, tristezas, desesperación, angustias, berrinches, peleas, juegos, emociones, etcétera. Tenía el apoyo de tíos, primos, vecinos y padres. Aprendí muchas cosas, y una de ellas, que es muy importante, es la *solidaridad*. Ayudar a las personas sin importar la condición en que se encuentren, y sin reclamar lo que diste con el corazón. Mi abuelita me contaba que muchos querían que me fuera con ellos, es decir, querían que mi madre me regalara con ellos, pero mi abuela no quiso, porque decía que si uno de nosotros se iba había la posibilidad de que mi hermano o yo muriéramos o que cualquiera de nosotros se enfermaría. Mi abuelita, que en paz descanse, fue mi madre, mi amiga, mi consejera. La verdad la extraño demasiado, la recuerdo siempre y me da mucha tristeza. Ella sabía que la quería mucho y que veíamos mis primos y yo por ella cuando estaba enferma. A ella le gustaba hacer comales, ollas de barro rojo y los iba a vender a diferentes comunidades de la costa como la Galera, Puerto Escondido, San José Chacalapa, entre otras, para conseguir dinero y comprar comida para alimentarnos. Yo la acompañaba y así compraba leche, ropa, biberones y pañales, entre otras cosas, y todos ponían su granito de arena para solventar los gastos que se requerían, sin olvidar que mis tíos, hermanos de mi mamá, que vivían en el Distrito Federal, nos mandaban ropa, juguetes y dinero para apoyarnos. Así, poco a poco fui creciendo, teniendo mis añitos, conociendo a mis tíos, primos y padres los cuales me siguen apoyando moralmente y a veces económicamente. Cuando tenía 5 años de edad me inscribieron al preescolar. Fue una etapa muy difícil, porque tenía miedo de asistir, de conocer a mis maestros, pero poco a poco fui acostumbrándome y comenzaba a buscar amigos. Allí aprendí muchas cosas, como a leer y a escribir pero no recuerdo mucho esa etapa de mi vida. Al ingresar a la primaria ya no tenía temores de asistir; al contrario, me gustaba asistir, ya no tenía miedo porque fui acostumbrándome, conociendo

a los maestros y compañeros. También aprendí a expresarme y convivir con ellos, aunque pude notar que muchos de mis compañeros hablaban la lengua zapoteca, pero los maestros nos fueron enseñando la lengua castellana. Decían que era porque no nos entendían y no nos permitían hablar zapoteco porque pensaban que los estábamos insultando. Pero no era eso, sino simplemente que mis compañeros no podían hablar español. Con el tiempo fueron adquiriendo el español y dejaban de hablar su lengua materna, el zapoteco. Sólo hablaban zapoteco con su familia. En ocasiones algunos de mis compañeros no asistían a la escuela por el temor a ser rechazados o a que se burlaran de ellos como ahora observo. En todas las instituciones hay maestros buenos y malos. Había maestros que sólo nos pasaban de grado a grado sin saber nada de las materias, maestros a quienes únicamente les importaba el sueldo y no los alumnos, maestros que no sabían nada completamente, algunos que simplemente nos les gusta ser maestros, maestros que tenían esa vocación y que les gustaba, maestros que por venir borrachos o crudos nos sacaban a jugar para que ellos pudieran dormir un rato. Había de todo un poco, pero gracias a ellos fui aprendiendo las ventajas y desventajas, lo bueno y lo malo de ser docente. En esa etapa tenía muchos amigos, muchos maestros.

Se me viene el recuerdo de que un día quería ver a mis padres pero mis hermanos no querían dejarme pasar, sólo escuchaba que me decían que no, que porque no era su hermana y que esos no eran mis padres. En fin, eso fue sólo un caso de niños, que poco a poco se fue borrando, aunque sí sentía el rechazo de ellos, pero después ya no hacían eso y a pesar de nuestras diferencias, experiencias, ideas, decisiones, entre otras cosas, nos queremos y nos apoyamos unos a otros.

Al estar en la escuela, pude notar que la participación de hombres y mujeres era importante no sólo en lo educativo sino en todos los ámbitos. No tengo mucho que hablar de la primaria porque la verdad no recuerdo mucho. Fue una etapa muy grata para mí y todos los padres y madres de familia asistían a reuniones escolares, y participaban en la organización de eventos, clausuras, entre otras cosas. La

escuela se llama escuela primaria "Miguel Hidalgo y Costilla", y se encuentra casi al centro de la comunidad.

Pasaron los meses y me inscribí a la escuela secundaria técnica 131, la cual fue construida en la comunidad con el apoyo del estado y de la presidencia municipal para el beneficio de los jóvenes, para que no tengan que viajar al Distrito Federal a estudiar, y así nos quedamos en la escuela, aunque algunos compañeros sí salían de la comunidad, pero eso era opcional. Mi idea era estudiar en un lugar fuera de la comunidad, pero mis padres me dijeron que aprovechara la escuela allí. En esa etapa me fui a vivir con mis padres, estaba casi todo el día con mi abuela y también con mis padres. En esa escuela aprendí muchas cosas. Me fascinó y tengo muchos recuerdos que no olvidaré. Tuve muchísimos amigos, los cuales no eran de la comunidad sino de los pueblos vecinos, porque había compañeros que rentaban o que asistían al albergue escolar que se encontraba en la comunidad para poder estudiar y los fines de semana se regresaban a visitar a su familia; había jóvenes bilingües hablantes del zapoteco y español, los maestros eran del estado de Oaxaca, aquí el joven que hablaba la lengua sólo se expresaba con alguien que también la habla, puesto que los maestros si lo escuchaban les ponían apodos o se burlaban de ellos. Había alumnos a quienes nos les gustaban esas actitudes y se regresaban a su comunidad y dejaban la escuela. Había momentos en que ensayábamos los eventos que se presentaban en otras escuelas. Eran eventos deportivos, de danza, de poesía, pero escrita en español, en ningún momento mencionaban la lengua materna, el zapoteco.

En algunas ocasiones cuando los maestros no se presentaban nos escapábamos a excursiones, fiestas, eventos que se hacían en la comunidad o regresábamos a la casa. Esa escuela tiene una gran relación con la comunidad, ya que con ayuda de todos se construyó y hasta la fecha hay ese apoyo. El director de la escuela contaba mucho con el municipio para cualquier actividad que querían realizar, pero en la actualidad todavía siguen con ese vínculo con la autoridad municipal. Contaban con la participación de los padres de familia, porque formaban comités, que eran los representantes para realizar cualquier

actividad en la escuela, hacían tequios (trabajos en equipo para la comunidad); por ejemplo, el 10 de mayo, 30 de abril, clausura de fin de curso, entre otros. Los comités colaboran en hacer adornos para la explanada municipal del pueblo. Todos los programas se llevan a cabo en la explanada del municipio, también cuentan con el apoyo de los maestros y alumnos para realizar actividades como bailables o poesías. La escuela participaba en los desfiles que se hacen durante el año. De igual manera, con el apoyo de la comunidad y la autoridad del pueblo, todas las actividades que se realizaban o realizan hoy en día, las rige el director junto con la autoridad y los padres de familia, la escuela primaria y secundaria siguen participando en los concursos que se realizan dentro o fuera de la comunidad. Los que sí se realizan en las escuelas son el altar del Día de Muertos, el concurso de aguas de semana santa, que es entre abril y marzo, entre otros. Los concursos dentro de la comunidad se llevan a cabo cuando se realizan las fiestas patronales. Los alumnos participan en diferentes actividades, lo más divertido eran las carreras de burro, carreras de relevo, basquetbol, danzas. Los concursos que se realizan fuera de la escuela y de la comunidad son los eventos deportivos y culturales como: danza, escolta, banda de guerra, basquetbol, futbol, carreras, etcétera.

Cuando finaliza el ciclo escolar, los alumnos buscan sus padrinos, que los acompañan para recibir sus papeles. Esta fiesta se realiza en acuerdo con los padres de familia. Meses atrás, se ponen de acuerdo para elegir el comité que se encarga de todos los preparativos, como la cooperación para la misa de graduación, el grupo que va a tocar en la noche, los adornos, etcétera, y aparte hacen un convivio con sus padrinos en su casa. Y ahí no podemos faltar.

Luego de realizar todo y al terminar las vacaciones, fue tiempo de ingresar en el bachillerato, que con la ayuda del presidente municipal se contruyó. Muchos de mis compañeros salieron a estudiar a otra comunidad o estado en esta etapa escolar. En esa etapa tienes mucha responsabilidad, porque es cuando realizas varias actividades, realizas excursiones con los maestros y amigos, realizas varios experimentos, exposiciones dentro y fuera de la escuela, aprendes a

conocer, experimentar en las diferentes materias y diferentes lugares porque se hacen eventos para diferentes comunidades o también se aprende el uso del laboratorio, del que recuerdo que el presidente lo construyó con el apoyo de la comunidad y la escuela. Asimismo aprendí muchas cosas en las materias de Biología, Física, Química, entre otras. En esta escuela conocí a muchos jóvenes de diferentes lugares, diferentes tradiciones, costumbres, pero en ese tiempo no le daba importancia. En esta escuela conocí a compañeros de los pueblos vecinos, como: San Mateo Río Hondo, San Pedro el Alto, Porvenir, etcétera. Allí aprendí a utilizar la máquina de escribir, aprendí a utilizar la computadora, aprendí algunas palabras en inglés, aunque fue muy triste porque no aprendí la lengua materna que es el zapoteco; en sí entiendo algunas palabras, pero se me dificulta hablarlo. También fue muy triste cuando terminó el curso porque todos los amigos, compañeros, se fueron a estudiar en otras escuelas. Fue la etapa donde experimenté varias cuestiones de las cuales no olvidaré. Aprendí muchísimas cosas como tener amigos, divertirme con ellos, entre otras cosas. Cuando teníamos un problema con alguna materia, los asesores nos ayudaban para estar bien; también debíamos ayudar en las actividades que se presentaban en la escuela y en la comunidad. Pude notar que había ocasiones en que los docentes no trabajaban, no llegaban a clases e incluso no presentaban exámenes cuando era fin de semestre. Había un maestro que practicaba con nosotros el ejercicio de águila o sol, esto era que si caía águila el maestro te asignaba la calificación y si era sol tú te la ponías. Había quienes decían calificaciones altas pero el docente te observaba y decía: "no te mereces eso, mejor te pongo esto", a final de todo el maestro te ponía la calificación que creía que era válida. No faltaba al entrar al salón la revisión del uniforme, de los materiales y de la forma que te expresabas con ellos y todo en español. Algo curioso que me pasó en el telebachillerato 99 es que reprobé tres materias y mi hermano cinco. Me da pena mencionarlo pero fue una de las malas experiencias en mi vida que no voy a olvidar. Por eso, mi hermano se salió de la escuela con otros compañeros, y mi amiga también reprobó tres materias y todos nos

salimos. Éramos cerca de siete compañeros que salimos y nos dimos de baja definitiva. "Si mi hermano sale –pensé–, yo también". Se enteró mi hermana y nos dan una regañada. Gracias a ella, que fue con el director, regresamos. Este último nos puso condiciones y nos aceptó de nuevo, pero nos dijo que regresáramos al siguiente año, es decir, que nos inscribiéramos al siguiente año para poder seguir estudiando. Fue algo sorprendente que sólo por caprichos perderíamos el telebachillerato, pero con el objetivo de terminarlo bien, sin reprobar ninguna materia y no seguir faltando a clases. Básicamente esa fue la meta que nos dieron para terminar la escuela. Al final, la mayoría de mis compañeros no continuaron sus estudios: unos se casaron, otros emigraron a Estados Unidos o a otros estados para conseguir trabajo y traer sustento económico para sus familias.

Siempre nos decían que ya éramos adultos, y que pensáramos en una carrera que nos serviría más adelante en nuestra vida. Fueron buenos maestros porque aprendí muchas cosas, una de ellas fue ser responsable conmigo misma y ser solidaria con los demás sin importar nada. Cuidar las plantas y los animales que nuestro planeta tiene. Por último, los valores que hoy aplico en esta licenciatura y que me gustan.

Mi entrada a la UPN

Para entrar a la universidad influyeron muchos factores. Recuerdo que yo fui a dejar mis papeles para entrar en la Universidad del Mar, que se encuentra en Puerto Escondido a unas tres horas de la comunidad de donde soy originaria. Este es un lugar turístico, por lo tanto no había ingresos para estar pagando la colegiatura cada mes. Mi hermana nos había comentado de esta universidad. Mi hermano y yo lo pensamos, y decidimos venir al Distrito Federal. Para entrar fue un proceso. Recuerdo que antes nos citaron en la Unidad de Servicios de Programas de Estudios de Lenguas y Culturas Indígenas de la UPN para presentar el examen como todo alumno. Pasamos el examen de

la Licenciatura en Educación Indígena (LEI). Fue algo nuevo y emocionante, pero también de nervios, porque me preguntaba: "¿y ahora qué vamos o voy a hacer?". Gracias a mi hermana que nos ayudó muchísimo, primero consiguió un cuarto para no llegar solos, ella ya había terminado la licenciatura y vivía en el Distrito Federal. Trabajaba para poder ayudarnos económicamente porque cuando llegamos aquí desconocíamos muchas cosas, lo que sí es que había muchos gastos y empezamos a buscar nosotros trabajo, pero le agradezco infinitamente porque con ella aprendí muchas cosas, a desenvolverme, a conocer. Así pude conseguir trabajo para podernos ayudar. Recuerdo que no teníamos dinero para los pasajes ni para la comida. Entre otras cosas, vendíamos chicles y cigarros en los semáforos. Tuve diferentes trabajos, como ayudante de cocina, ayudante general, cajera, mesera etcétera. Aprendí esos oficios en el trabajo ya que los desconocía totalmente. También agradezco mucho a mi cuñado. Gracias a su voz y guitarra salimos de apuros. Él nos ayudó a solventar los gastos económicos. De ahí aprendí a valorar a mi familia y a mi carrera.

En esta etapa de mi vida estoy conociendo la importancia de pertenecer a una cultura, y estoy orgullosa de ella. Muchos desconocemos esto, y a veces renegamos de ella para vernos bien aparentemente en la sociedad misma. Cuando ingresé a la UPN fue muy difícil separarme de mi familia, sobre todo de mi abuela, que estaba muy enferma. No la quería dejar. Hablé con ella y le expliqué que era lo mejor para mí, y que nunca me olvidaría de ella, que siempre la iría a visitar en las vacaciones, que jamás la olvidaría. Al final ella comprendió.

Cuando llegué por primera vez no me gustó la ciudad. Hubo un cambio total en mi vida, había mucha gente, ruido, lugares donde hay mucha contaminación. En ese momento quería irme a casa, pero después de pasar el examen tuve que buscar trabajo. Mis hermanos hicieron lo mismo para poder sostenernos y pagar renta, comida, etcétera. A veces nos quedábamos sin dinero, pero buscábamos la forma de no quedarnos con los brazos cruzados y "buscarle", como dicen. Procurábamos no preocupar a mis padres porque ellos están enfermos y con cualquier disgusto se enfermarían más.

Aquí nosotros nos arreglábamos como fuera necesario. Hasta ahora seguimos trabajando y estudiando. Aquí aprendí muchas cosas que desconocía, como expresar mis ideas. Ahora considero muy importante mi identidad, he aprendido varios conceptos, por ejemplo, la interculturalidad, con base en ella puedo expresarme libremente, conocer amigos de diferentes lugares, para conformar un estado multiétnico y multicultural. Asimismo puedo ver cómo está la educación en el Estado, cómo influye en varios aspectos culturales, sociales, económicos, etcétera, o resolver varios problemas de acuerdo con comunidades urbanas y rurales. Pienso en lo importante que es que nuestros niños no se queden con limitaciones educativas. Llegué aquí pensando que siempre seguiríamos con esos problemas, que no hay soluciones, pero con base en los diferentes autores, libros y demás, podemos buscar la punta de esa bola de hilo; para ello se necesita trabajar en equipo, que es muy difícil pero no imposible. Así se pueden buscar soluciones a diferentes problemas tomando en cuenta varios aspectos, por lo tanto, hay mucho qué hacer en el ámbito educativo, mucho que conocer. También aprendí a elaborar y analizar los materiales didácticos que los niños utilizan, y a modificarlos para que los niños aprendan, desarrollen sus habilidades y expresen sus ideas. Creo que todo eso no pasó en mi trayectoria escolar. Aprendí a hacer propuestas o proyectos para hacer que nuestros niños tengan mejor educación y de calidad. Para mí el concepto de interculturalidad se refiere a la interacción entre culturas respetuosamente; de acuerdo con él se concibe que ningún grupo cultural está por encima del otro, y se debe favorecer en todo momento la integración y convivencia entre culturas independientemente de su lengua, vestimenta o grupo étnico.

La interculturalidad va mucho más allá de la coexistencia o el "diálogo" de culturas. Es una relación sostenida con equidad entre ellas. Es la búsqueda de superación de prejuicios, del racismo, de las desigualdades y de las asimetrías que caracterizan al país, para llegar a las condiciones de respeto, igualdad y desarrollo de espacios comunes y de una sociedad donde debería haber un proceso dinámico, sostenido y permanente de relación, comunicación y verdadero aprendizaje mutuo.

La interculturalidad no es tolerarse mutuamente, como se dice, sino que es respetarse y construir puentes de relación entre otros para construir instituciones que garanticen la diversidad, pero también la interrelación creativa. No es sólo reconocer al "otro", sino también entender que la relación es crítica, y que puede enriquecer a toda la masa social, creando nuevas realidades sociales.

Como siempre lo he dicho, si estás estudiando o trabajando puedes lograr tus metas, por lo tanto no desaproveches las oportunidades que se te presentan. Tú estás aquí por alguna razón y aquí mismo tienes que demostrar que eres y serás mejor a pesar de los tropiezos.

AL FINAL DEL TUNEL LA LUZ

Viridiana Leyva Páez

Después de una larga trayectoria escolar, en la que, al paso del tiempo se han ido construyendo nuevos conocimientos buenos y en su defecto malos, pero que al fin de cuenta contribuyen y enriquecen nuestra experiencia, me doy cuenta que vale la pena el esfuerzo ya que estos hechos te forman no sólo como ser humano sino como persona que ocupa un lugar dentro de la gran sociedad, y lo mejor, refuerza nuestra identidad, la que quizá en algún momento nos ha llegado a confundir o simplemente no la entendemos.

Todo ser humano tiene un propósito o meta dentro de su vida, la cual forma parte del gran esfuerzo y dedicación con la que vivirá o para la que vivirá. Pero en este caso les narraré uno en especial, no sé si bueno o malo, interesante o aburrido; todo es desde el punto en que se quiera ver.

En Santa Cruz Acalpixca (uno de los pueblos originarios que conforman la delegación Xochimilco en el Distrito Federal) se encuentra una de las familias nativas de este lugar, la familia "Leyva Páez" la cual por diferentes causas (así como el pueblo en general) ha perdido la lengua nativa "náhuatl", por lo que se comunican en español; está conformada por la llamada familia tradicional: papá, mamá e hijos (un hombre y dos mujeres), en donde los padres son profesores de tiempo completo; por su parte, los abuelos paternos han tomado el papel de padres para estos niños y se han encargado de la educación y del cuidado. Como se ha mencionado los padres son profesores de nivel básico

(primaria), por lo tanto, no existía algún problema acerca de las escuelas a las que acudirían estos niños los primeros grados (de 1º a 3º) y posteriormente los cambiaron a la escuela que se encontraba dentro del pueblo en el que habitaban; en ese momento comenzaba la realidad.

Los primeros pasos

En algunas de las escuelas que se encuentran en el Distrito Federal, se da una discriminación, tal vez no por la posición económica ni por el grupo étnico al que pertenecen, sino mas bien por el aspecto físico. En este caso esta niña sufría una discriminación por ser gordita, pues sus compañeros le pusieron diferentes apodos ofensivos; era tanta la agresión que recibía día a día que prefería no ir a la escuela, pues los apodos no eran sólo por parte de sus compañeros, sino que llegó al grado de que hasta los maestros (algunos) se burlaban de ella. Esta niña por temor y más aún por vergüenza, jamás quiso decirles a sus padres ni a sus abuelos, ya que creía que también se burlarían. Viviendo con este temor de las burlas, había veces que prefería no entrar a la escuela e irse al cerro del pueblo, ya que le gustaba ir a observar las figuras prehispánicas que se encuentran ahí, y como sus abuelos le ponían su comida no tenía motivo para bajar al pueblo hasta que diera la hora de salida de la escuela (6:30 pm). En otras ocasiones, entraba a la escuela pero se escondía en los baños o en el jardín trasero hasta que la encontraran y si la encontraban, sólo decía que se sentía mal para que mandaran a llamar a sus abuelos y fueran por ella o para que la fueran a dejar a su casa. Por dichos motivos, no tenía más que una amiga que de repente, cuando se enojaban, también se burlaba de ella. Cuando pasó al 6° grado, entró un maestro que venía del estado de Puebla, él la apoyaba mucho en la escuela y le tenía mucha paciencia; para ella, ese maestro era un ejemplo a seguir y se imaginaba con su inteligencia, así que decidió estudiar mucho al grado en el que pudo cargar la bandera. Ese día se sentía muy orgullosa, aunque triste porque ningún familiar pudo asistir. De esa manera concluyó la primaria.

El segundo hijo de esta familia (que es la primer mujer), al término de su primaria ingresó a una secundaria diurna que se ubicaba en el pueblo vecino, por lo tanto tenía que trasladarse en transporte público, así que tuvo que enfrentarse sola y por primera vez a la gran sociedad. Después de tres años, ya concluida la secundaria, decide seguir estudiando y es el momento de ingresar al nivel medio superior, tiempo donde comienzan algunas trabas de las que nadie espera.

Para que cualquier persona pueda entrar a alguna institución de educación media superior debe de acreditar un examen de conocimiento general, además de los trámites que se piden. En ese momento comenzó todo, pues como se menciona anteriormente, los padres se mantenían ocupados por el trabajo y no supieron la selección de escuelas que solicitaba. Ella se guía de los comentarios que hacían acerca de las escuelas y cuando le entregan los resultados y se los muestra a sus padres la regañan porque el colegio de bachilleres en el que había quedado se encontraba a dos horas de su casa, en una de las delegaciones más "peligrosas" y, para colmo, le tocó entrar en al turno vespertino. Sus padres le prohibieron ir a la escuela, pues le propusieron que para el próximo año realizara de nuevo el examen, pidiendo así una escuela que se encontrara lo más cerca de su casa. Pero como todo adolescente no hizo caso y acudió a esa escuela; al principio el temor la invadía y no era para menos pues mínimo un asalto diario se rumoraba, afortunadamente a ella jamás le pasó nada pero en un par de ocasiones llegó a ver asaltos.

Como bien sabemos en la sociedad existen diferentes grupos y clases de personas, como se podrán imaginar en la zona de Iztapalapa (en donde se encontraba la escuela), por lo regular acudían adolecentes que pertenecían a las llamadas "bandas urbanas" y dentro de ellas se puede ver una gran diversidad cultural. Esta chica sólo tenía dos opciones: la primera pertenecer al grupo de gente tranquila pero que con frecuencia los molestaban, o la segunda, pertenecer al grupo de los "mafiosos", "reventados", "inquietos", etcétera (por así llamarlos). Afortunada o desafortunadamente optó por la segunda opción, en la cual se encontró con muchos sucesos que jamás imaginó ver y que en

algunos de ellos participó. De alguna manera, al principio comenzó como estrategia, pues si pertenecías al grupo, tenías la protección de los demás miembros; esa era una de las principales ventajas. Después de un tiempo se dio cuenta que el grupo resultaba como una segunda familia, pero desafortunadamente toda acción corresponde a una reacción, y desafortunadamente comenzó a tener problemas hasta llegar al punto de que la cambiaron de plantel. Sin embargo, no estuvo mal ya que la mandaron a una escuela que se encontraba en una delegación vecina a la que ella vivía (y vive) y, por cierto, su mamá trabajaba a unas cuadras de este plantel por lo cual podía estar un poco más vigilada, aunque eso no fue un impedimento para que siguiera rebelde. Afortunadamente con trabas y demás pudo terminar el bachillerato.

Al concluir el nivel medio superior con sus metas un poco más claras y aún con la ayuda económica de sus padres, decidió seguir estudiando, aunque comenzaron problemas personales que en su momento fueron importantes y como todos marcan una etapa en la vida. Tenía dos metas importantes por las que lucharía hasta el máximo; la primera (no sé si era una buena opción pero sí una que la impulsaba a seguir) era de formar una familia y dedicarse por completo a ella mientras que la segunda era terminar un carrera profesional y esta tenía dos vertientes, estudiar para química o estudiar antropología. Sin embargo, decidió no estudiar por un año y comenzó a trabajar en una fábrica, en donde le pagaban bien. Sus padres después de un largo año y viendo que a su hija le agradaba mejor trabajar y dejar a un lado los estudios platicaron con ella y la convencieron para que presentara su examen para alguna licenciatura o en su defecto que ellos pagaban la licenciatura que escogiera con tal de que no dejara de estudiar.

Un paso más a la nueva luz

El paso que tenía que dar, para su propia superación como persona, era una decisión que tomaría con mucha seriedad y responsabilidad

ya que de eso dependía su futuro. Decidió dejar de trabajar y ponerse a investigar de las escuelas en las que impartían las licenciaturas de su agrado.

Acudió a un curso para realizar el examen a la Universidad Nacional Autónoma de México (UNAM) para la Licenciatura en Química, pero al profesor del curso le pidió de favor que le mostrara el currículum de dicha carrera, al instante se decepcionó pues era muy pesado pero sobretodo era costosa la carrera entre material y demás cosas, conscientemente prefirió retirarse sin llegar a presentar el examen, además lo que a ella le gustaba más eran las carreras con dirección social.

No se dio por vencida y decidió, después de algún tiempo, presentar el examen en la Escuela Nacional de Antropología e Historia (ENAH), escuela en la que deseaba ingresar desde tiempo atrás, con éxito quedó en la Licenciatura de Etnología; en ese momento tenía la vida por la que había luchado, por circunstancias personales y por un mal momento de la familia, comienza a faltar a las clases trayendo como consecuencia que pierde su lugar dentro de esta institución.

Medio año más tarde y saliendo de la depresión en la que se encontraba, su papá escuchó por el radio que en la Universidad Pedagógica Nacional (UPN) impartían la Licenciatura en Educación Indígena (LEI), por lo que a ella le agradó la idea y se puso en marcha para cubrir los requisitos; ya que uno de ellos era que hablara una lengua indígena, pero su lengua materna era y es el español. Sin embargo ese fue un obstáculo que superó, ya que se inscribió al cursos de náhuatl que impartían en una de las delegaciones del Distrito Federal (Milpa Alta), así que antes de entregar papeles a la universidad ella ya había recibido su papel del curso de lengua náhuatl. Presentó el examen, y con mucho gusto y orgullo se enteró que sí había sido aceptada en la universidad. Un buen día , sola en su cuarto se puso a reflexionar preguntándose ¿si eso era lo que quería y para qué lo quería? Su respuesta fue inmediata, pues siempre le había agradado conocer diferentes culturas, tradiciones, costumbres y demás que tienen los pueblos originarios, también pretendía conocer al ser humano, con la finalidad de

aprender y entender el porqué de las cosas o situaciones; estos eran algunos de los principales intereses, ya que la verdad en esos momentos no tenía muy claro en qué consistía la carrera.

Al entrar a la UPN, el primer día y durante el trayecto a la escuela no dejaba de pensar y repetirse una y otra vez "sí puedo", al mismo instante en el que bajaban sus lagrimas una por una. Cuando llegó el momento de entrar por primera vez a una de las clases, con temor y haciéndose preguntas como: *¿quiénes serán mis compañeros?*, *¿de dónde serán?,* y *¿los maestros, qué temas nos enseñaran? ¿serán muy exigentes?*, entró al salón esperando la llegada del maestro. Mis compañeros estaban ansiosos por conocerse de tal modo que comenzaron a platicar entre ellos, por su parte esta chica sólo se sentó en un rincón en la parte de atrás, aislada, se pasó la clase sólo observando, hasta que algunos compañeros se acercaron a ella. De esa manera comenzó la interacción entre los diferentes sujetos que componían el grupo de primer año de la LEI, y un camino largo lleno de conocimiento. Las clases así como los profesores eran muy interesantes, además el ambiente le parecía agradable, lo que le gustaba mucho era que los profesores comenzaban a dar su clase al tiempo que los compañeros iban dando su opinión. Lo más agradable era que las intervenciones y comentarios de los compañeros, por lo regular, eran anécdotas que les habían sucedido en el pueblo del que venían, ya sea a ellos mismos o a personas cercanas a ellos, por lo tanto me parece que más que tratarse de un conocimiento, lo que siempre enriquecía a las clases era el sentido que los compañeros le daban. Por su parte, a esta chica le encantaba escuchar los relatos de ellos; algunos compañeros le ponían un poco de su cosecha diciendo chistes o haciendo bromas entre cada tema. Después de un tiempo y ya con un poco más de confianza, fue conociendo algunos compañeros mas allá de la cuestión académica, pues las fiestas no se hicieron esperar, y así la convivencia entre las culturas comenzaba a tomar forma y sentido. Es en este momento, en donde comienza a darse cuenta que no importa la cultura o qué lengua hablen las personas, pues todos como seres humanos estamos llenos de aptitudes, actitudes y debilidades, claro, de diferente manera. Desafortunadamente, hubo

un tiempo en el que se decepcionó de estas personas por diferentes cuestiones, pero al final y a través del tiempo aprendió que las personas por alguna razón, se comportan de esa manera pues su actitud tiene sentido y bien dicen que, "no se debe de juzgar un libro por su portada sin antes haberlo leído".

Ya transcurrido un año dentro de la UPN recuerda que se acerca la convocatoria para el examen de selección para la licenciatura en la ENAH; con el apoyo y confianza que le brindan personas cercanas y muy queridas por ella decide una vez más realizar el exámen. Finalmente, es aceptada, pero esta vez se inclina por la Licenciatura en Lingüística. De esta forma, comienza su curso en la ENAH en esa licenciatura y en la UPN continúa en la LEI.

Dentro de su estancia en esta institución, pasaron diferentes cuestiones que le ayudaron a crecer y con las que tuvo que aprender a vivir. Otra cuestión importante fue la discriminación que vivió, no de parte de los compañeros (aunque sí bueno algunos), más bien por parte de las demás instituciones que abrían a lo largo de la carrera diferentes programas y proyectos dirigidos a los indígenas hablantes de alguna lengua indígena, y como ella no hablaba ninguna lengua indígena no podía participar en ellos.

Después de cierto tiempo, de haber pasado diferentes situaciones buenas o malas, al convivir con otras personas, ella misma ha cambiado. Bien dicen que de las personas agarres lo bueno que te hayan dejado y deseches lo malo. A simple vista una de las cosas que pudo cambiar esta persona fue su vocabulario, más allá del vocabulario académico, pues el convivir día a día con sus compañeros adquirió palabras que jamás pensó decir ya que al principio se le hacía raro escuchar. Esta fue una gran lección que pudo rescatar entre muchas otras, pues al principio a ella le gustaba cómo sonaba la palabra y más el tono que sus compañeros le daban, le gustaba repetirla una y otra vez, pero lo hacía sin darle sentido aunque sus compañeros pensaban que se burlaba de ellos pero jamás lo hizo con esa intención.

Principalmente, lo que aprendió a través del tiempo y de la grata compañía de sus compañeros pertenecientes a otras culturas y comu-

nidades indígenas, es la unión, así como el valor sentimental, pasión y la fuerza que dedican a las cosas.

Más allá de los diferentes pensamientos e ideas o de las tradiciones y normas que en cada cultura están arraigadas, siempre se veía una gran fuerza de hermandad entre los compañeros que, por un largo tiempo, tomaron el lugar de nuestras familia.

Así y de esta manera llega al final, cerrando un ciclo más en su vida, pasando por diferentes hechos que de cierta manera han dejado huella, pasando por eventos inesperados pero muy gratos, llenándose de conocimiento no sólo institucional sino un conocimiento que va mas allá, llenándose de un conocimiento cultural, emocional, de pertenencia. Por lo tanto, no me queda más que decir gracias por contribuir con su granito de arena, gracias a cada una de las personas que día a día me apoyaron, gracias por hacerme notar mis errores, logros, defectos y demás actitudes, así como aptitudes, de corazón gracias por compartir su tiempo para conmigo no queda más que dedicarles estas palabras:

> Al fin, como todo pasa se pasó el bien que me dio fortuna,
> un tiempo no escasa y nunca me lo volvió ,
> ni abundante ni por tasa.
> Siglos ha ya que me ves, fortuna, puesto a tus pies:
> vuélveme hacer venturoso, que será mi ser dichoso
> si mi fue tornase a es.
>
> Miguel de Cervantes, *Don Quijote de la Mancha*

SOY INDÍGENA

Xóchitl Flores Cantú

Nací el 28 de marzo de 1979, en la ciudad de Tlapa de Comonfort, ubicada en la región de la Montaña del estado de Guerrero. Mi nombre es Xóchitl Flores Cantú. Soy la menor de cuatro hermanas y mayor de dos hermanos, mi padre era maestro indígena náhuatl y mi madre es maestra indígena tlapaneca. Por esta razón, la lengua en la que se comunicaban era el español, y mis hermanos y yo no aprendimos ninguna lengua indígena. Durante los primeros años de mi vida quedé al cuidado de mi abuela materna, que hablaba la lengua náhuatl, es allí cuando tengo un primer contacto con esta lengua y empecé a aprenderla, pero mi abuela tuvo que migrar por razones de salud, y esto hizo que ya no continuara mi proceso de adquisición de una segunda lengua.

Discriminación de indígena a indígena

Mi madre me llevó a la comunidad de Zapotitlán Tablas, Guerrero, donde trabajaba de profesora de educación primaria bilingüe indígena. Ahí la mayoría de los niños hablaban tlapaneco como primera lengua, pero también hablaban el español. En esa comunidad me sentía discriminada por ser de bajos recursos económicos. Aunque mi madre era maestra, mi familia era numerosa y el apoyo económico de mi padre era mínimo. Otro motivo de discriminación era por no vivir

con mi padre. Los niños y algunos maestros se reían de mí y me decían que yo no tenía papá. Los niños no me aceptaban, pero empecé a hacer amistad con los hijos de los maestros, aunque de igual manera tampoco me aceptaban en su totalidad.

Cuando cumplo 5 años y me inscriben al preescolar, la maestra era monolingüe y daba las clases en español. Conozco más niños y mis compañeros me empiezan a aceptar, pues se dan cuenta que la maestra también habla una sola lengua, igual que yo.

Al ingresar a la primaria, mi madre me inscribe en una escuela de la Dirección General de Educación Indígena (DGEI), bilingüe tlapaneca, en ese entonces, la única en la comunidad, donde asistían alumnos de diferentes niveles económicos y de algunas comunidades cercanas que no tenían este servicio. En esta escuela tuve compañeros mixtecos y algunos nahuas, con los que tuve muy poca comunicación, la mayoría eran tlapanecos originarios de la comunidad. Aquí el rechazo era por parte de algunos de mis compañeros, hijos de maestros y por los maestros que sabían que no hablaba la lengua tlapaneca. Entonces, mis calificaciones fueron afectadas, pues tenían que asignarme una calificación para lengua indígena. Aunque esa calificación no era, en esa época, un requisito en la boleta final de calificaciones, los maestros sí llevaban un control en su libreta, donde anotaban los resultados de los exámenes que nos aplicaban. En esos exámenes sólo preguntaban cómo se decían algunas palabras en español y tlapaneco (vocabulario), ya que todas las clases se daban en español. De este nivel guardo buenos recuerdos de mi maestra Beatriz (5° grado), que siempre me motivaba a seguir adelante y me hacía ver que la lengua no debía ser obstáculo para que yo sobresaliera en este grado. También mi maestra de 4° grado me motivaba, pero ésta era un poco más estricta y de vez en cuando me daba de varazos. También recuerdo que las clases de matemáticas con mi maestra de primero, segundo y tercer grados siempre eran prácticas y estaban vinculadas a nuestra vida real y contexto. Durante los tres primeros grados (escuela completa no multigrado), tuve la misma maestra, Lucía Cantú García, sin duda, a la que más admiro y quiero porque además de ser mi maestra, es mi amiga y mi madre.

Otro motivo de discriminación y burla de mis compañeros y maestros hacia mí era que en su mayoría eran originarios de la comunidad, y me consideraban diferente, además de que mi forma de pensar estaba influenciada por la vida de la ciudad de donde soy originaria, también mi actitud y mi forma de hablar eran diferentes a las de los demás. Se burlaban de mí, en mis intentos por aprender la lengua y ser aceptada. Entonces, dejé de hacerlo y descubrí que otra manera de ser aceptada era tener buenas notas, así que me esforcé por ser una de las primeras en el grupo, y esto hizo que mis compañeros me empezaran a aceptar o por lo menos quisieran jugar y platicar conmigo. Me sentía más cómoda y en confianza con los hijos de un matrimonio de maestros que igual que yo no eran de la comunidad, pero nuestros intereses eran distintos debido a la diferencia de edades, y conviví poco con ellos.

Ni de aquí ni de allá

El hecho de que me ausentara de la comunidad donde nací, también hizo que me alejara de los amigos y vecinos, y se fue perdiendo la amistad, así que no me sentía aceptada ni en mi lugar de origen ni en el lugar donde estudiaba y trabajaba mi madre, pues eran dos ambientes diferentes y de una u otra manera no encajaba en ninguna cultura ni localidad. Recuerdo que en una ocasión mi maestro de sexto grado llegó un poco tomado a dar clases y nos comentó:

—Existe gente que no es ni de aquí ni de allá porque no es aceptada en ningún lado.

Yo entendí perfectamente, porque lo estaba viviendo en carne propia y porque sin duda alguna lo decía por mí; además, lo decía porque le caía yo mal, ya que cuando algo no me gustaba de su clase se lo hacía saber, y le molestaba demasiado. Recuerdo que cuando nos clasificaba según el promedio a mí me ponía en un lugar más bajo del que me correspondía. En una ocasión decidí preguntar por qué y me contestó: "tú ya sabes: tienes menor promedio porque no hablas la

lengua", aunque, oficialmente, en mi boleta mi promedio fuera más alto. Sinceramente nunca me he explicado por qué le caía tan mal a ese maestro.

Durante mi estancia en la primaria, para los festejos de las fechas conmemorativas que marcaba el calendario escolar, me gustaba mucho participar en actividades artísticas como danza, poesía, canto y otras más, pero aquí tenía que vencer otro gran reto: lograr el dominio de los pasos de baile. Tenía que estar atenta, ya que las primeras seleccionadas, sin lugar a dudas, eran mis compañeras, sobrinas de las maestras que nos enseñaban los bailables, así que yo tenía que dar mi mejor esfuerzo para poder ser seleccionada, pues las sobrinas, dominaran o no los pasos, estaban seleccionadas. Como yo no era sobrina de ella, tenía que ganar a pulso mi lugar en la presentación. En su momento me pareció injusto y me daba coraje con estas profesoras que, al ver cómo me esforzaba, murmuraban entre ellas, se burlaban y reían de mí, pero ahora agradezco su actitud pues eso ayudó a que desde pequeña yo aprendiera a esforzarme por conseguir lo que quiero y demostrarme a mí misma que, si uno se lo propone, puede lograr su propósito.

Por fin descanso un poco de la discriminación

Estudié en una secundaria técnica en la comunidad de Zapotitlán Tablas (en la montaña de Guerrero), la comunidad donde trabajaba mi mamá. Durante mi estancia en este nivel, ya no sentí tanta discriminación, tal vez porque la mayoría de mis maestros no eran de la comunidad sino que venían de afuera; además, mis notas seguían siendo buenas y me gustaba organizar a mis compañeros para los programas socioculturales de las fechas escolares festivas. Como en esta institución no había maestro de educación artística, yo me proponía para organizar a mis compañeros y presentar algún bailable. Mientras yo jugaba a ser la maestra, el director de la escuela y su equipo de docentes aceptaba, ya que así la institución tenía presencia durante estos eventos. Aunque los números no eran tan

buenos como los de mis maestras de primaria, ayudaba a salir del compromiso. Otra situación a la que me enfrenté en este nivel fue que tampoco contaba con maestros de Ciencias Naturales y Matemáticas, entonces, egresé de la secundaria técnica sin tener el más mínimo conocimiento sobre estas asignaturas. En ese entonces no fui consciente de las consecuencias que podía tener en mi vida escolar esta falta de maestros, fue hasta el momento en que llegué a la preparatoria y empezaron las clases de Matemáticas que me enfrenté a algo completamente desconocido para mí y empecé a reprobar esta materia. Para superar este problema, tuve que pedir ayuda a mis compañeros. Fue desesperante darme cuenta que no sabía nada y eso me causó depresión. Debo reconocer que estas asignaturas las pasé después de recursarlas, y el costo fueron muchas lágrimas y noches sin dormir, pero finalmente logré egresar.

Mis obstáculos cambiaron. Ya no era la discriminación la que me hacía sentir mal, pues a la prepa asistían alumnos de toda la región de la montaña de las cuatro culturas. Ahí convivíamos mixtecos, nahuas, tlapanecos y mestizos, todos éramos diferentes, hablábamos diferente y no había un grupo dominante, pero fue donde empecé a darle verdadera importancia a la educación formal.

Proyecto de vida sin cumplir, pero con un hijo

Estudiar medicina, casarme, tener una casa y tener dos hijos era mi proyecto de vida. Pero por las circunstancias y las decisiones que tomé, no lo logré y, con estudios de bachillerato y sin contar con el perfil, el 16 de junio de 2001 ingresé al magisterio como docente de educación preescolar indígena perteneciente a la Dirección General de Educación Indígena (DGEI), no por vocación sino por necesidad, con un hijo bajo mi responsabilidad y separada de su padre, un tanto decepcionada y enojada conmigo misma por no haber logrado mi propósito. No tenía mucho de dónde escoger, y como mi tía me dijo mientras me daba un fuerte abrazo:

—Ni modo, hija, a cargar el yugo, que nadie se ha muerto por eso. Ni modo, tú lo quisiste así.

Era su manera de decirme: "enfrenta la vida, lucha, resuelve tus problemas y sal adelante". No tenía alternativa, mis necesidades básicas tenían que ser cubiertas; además, tenía a mi lado la razón y alegría de mi vida, mi hijo, que me motivaba a levantarme día a día, no podía quedarme de brazos cruzados; además de mi hijo, mi madre y mis hermanas eran el motor que me impulsaba a salir adelante. Para el mes de agosto del mismo año, se inauguró en Tlapa de Comonfort un módulo del Centro de Actualización del Magisterio (CAM), que ofrecía acceso a docentes en servicio para estudiar licenciaturas en educación secundaria en la modalidad semiescolarizada, asistiendo a clases cada 15 días y durante los periodos vacacionales; entre las licenciaturas estaba la especialidad en biología. Sin dudarlo me inscribí, la principal razón era estudiar algo relacionado con la medicina, lo que en realidad a mí me gustaba y en lo que yo me sentía bien. Mi decisión no tuvo grandes repercusiones ni complicaciones. Durante la semana trabajaba como docente en la localidad de Las Juntas, municipio de Olinalá, y los sábados y domingos me trasladaba a Tlapa de Comonfort a estudiar la licenciatura. Es importante decir que en este lugar radica mi familia, es de donde soy originaria, por lo que podía pasar tiempo con mi hijo y familia, aprovechar para comprar mi despensa y el material didáctico que utilizaría durante la semana en la comunidad. Con algunos contratiempos, pero mi vida era un tanto tranquila y estable.

Echando a perder a los niños indígenas

Así transcurría mi vida personal y profesional. Me empecé a sentir realizada estudiando biología, pero algo no me complacía del todo, mi clave como docente es en educación preescolar indígena. Mientras estudiaba la Licenciatura en Educación Secundaria, me hice consciente de la gran responsabilidad que tengo como maestra en la formación

de mis alumnos. Recuerdo constante y perfectamente el primer día como docente. Se me acercó una niña, Lourdes, muy segura y sonriente, me dio su cuaderno y me dijo:

—Maestra, califícame.

Yo me quedé dura, y no sabía qué hacer. Sólo correspondí a su sonrisa con otra sonrisa. Y preguntándome "¿qué hago, qué hago?", recordé que en la secundaria un maestro sólo ponía de manera abreviada *revisado* y reproduje la forma de calificar de ese profesor.

Gracias a las clases a las que asistía mientras estudiaba la Licenciatura en Educación Secundaria y a las situaciones que tuve que enfrentar, me di cuenta de que mi desempeño laboral dejaba mucho que desear. Haciendo una introspección detecté que mi conocimiento acerca de la didáctica y la metodología que empleaba como docente en este nivel y mis conocimientos del Plan y Programa de Educación Preescolar eran deficientes. Recurrí a mis autoridades inmediatas para intentar solucionar este problema, pero no hubo respuesta favorable. Además, durante los cursos de formación docente no siempre se cumplían los propósitos, y en varias ocasiones el grupo de docentes de la zona escolar en la que trabajaba, nos quedábamos sin saber qué hacer y sin entender las actividades que se realizarían. Era desesperante cuando nos quedábamos viendo sin saber qué hacer ni a quién recurrir y nos quedábamos esperando que la supervisora nos ayudara, pero la respuesta casi siempre fue nula.

El que sí nos apoyaba un poco era el jefe de sector, el maestro Agustín, pero debido a su cargo y responsabilidades tenía poco tiempo para atender nuestras necesidades. Las docentes de la zona acordamos pedir una asesoría para el conocimiento del plan y programa a una jefa de sector de Educación Preescolar General. Ella accedió, pero fue algo muy breve. Me ayudó, pero no fue suficiente, yo seguía insatisfecha con mi labor como docente. A pesar de que en los concursos de conocimientos mis alumnos destacaban en los primeros lugares y mis compañeras me felicitaban, yo no me sentía contenta con mis resultados, pues dentro del aula había situaciones que no podía solucionar y otras a las que no les encontraba respuesta, ni yo

entendía cómo era posible que mis alumnos destacaran, si yo consideraba mi trabajo de baja calidad. Es más, me decía a mí misma: "para no echar a perder a estos niños, mejor dejo que maduren ellos solos y que vayan aprendiendo de acuerdo a su grado de maduración, porque yo qué les puedo enseñar". Además, dice mi asesor del CAM que para que un docente tenga los conocimientos necesarios para atender a un grupo, tenga o no tenga el perfíl, se pasan siete años echando a perder a los niños, entonces, yo pensaba: "pues, trataré de no echarlos a perder tanto obstaculizando su desarrollo, sólo voy a planear actividades donde ellos se desenvuelvan, socialicen y se relacionen con sus demás compañeros y los ciudadanos de la comunidad; se les quite el miedo, tengan dominio motriz grueso y fino, razonen y memoricen algunas cosas, pero, como dicen algunas personas grandes, 'el amor lo cura todo', los voy a tratar con mucho cariño y los voy a querer mucho, tal vez eso ayude un poco a no dejar grandes cicatrices en su ser y en sus almas. Pero también es muy importante que me actualice. ¡Pobres niños!, ¿qué culpa tienen?, siete años, siete generaciones, si tengo 25 alumnos por año, son 175 niños echados a perder. Como madre, a mí no me gustaría que le hicieran eso a mi hijo".

Además no me sentía nada contenta, algo me hacía falta, necesitaba conocer bien mi campo de trabajo para poder tener un desempeño como docente, si no excelente, por lo menos regular, me molestaba no poder hacer bien las cosas. Si lo que me enseñaron mis maestros durante los primeros años de mi educación formal fue a esforzarme por hacer las cosas bien, era esa parte de mi formación una de las razones que no me permitía quedarme de brazos cruzados y seguir echando a perder más y más niños. Decidí, entonces, inscribirme a la unidad de la Universidad Pedagógica Nacional (UPN) de mi comunidad.

Muy entusiasmada de saber que en mi localidad existe una subsede de la UPN (la 121)[1] y pensaba: "es una escuela de la universidad, algo grande, lo máximo; pedagógica, sin duda ahí encontraré

[1] En las entidades, la UPN ofrece en sedes y subsedes diferentes programas educativos, en este caso es la LEPPMI.

respuesta a todas mis dudas y la solución a todos mis problemas pedagógicos, y nacional, en ningún otro lugar del país me pueden dar lo que ahí, pues esta institución seguro aborda y es especialista en todos los problemas educativos que enfrenta nuestro país"; pero ¿cuál fue mi chasco? El león no fue como me lo imaginé y en los primeros días sufrí una gran decepción. Durante mi asistencia al curso propedéutico, a las sesiones llegaba el asesor y repartía sus catálogos de productos Andrea, Fuller, Avón, Vianey, entre otros; y preguntaba "a ver, ¿qué me van a encargar?", después procedía a pasar lista e iniciaba su clase. No le importaba que no pusiéramos atención a su clase, él quería que viéramos sus productos mientras explicaba. Esta situación no me convenció, me dio mucho coraje. Pensé y me dije "vengo aquí buscando solución a mis problemas pedagógicos y me encuentro con esto. Se supone que es la UPN, no el mercado. Si yo quisiera comprar iría a la tienda, no a la universidad, ¿para esto dejo a mi hijo?".

Cuando protesté y le hice saber al asesor mi inconformidad, él se molestó, y esto causó cierta enemistad entre ambos, lo que me llevó a tener una estancia poco agradable, y decidí desertar. Mis expectativas no fueron cubiertas, esta experiencia me hizo pensar "¿y este profesor a cuántos docentes está echando a perder? ¡Caramba!, si aquí se educan los profesores que atienden a los niños de la región de la Montaña, ¿qué calidad educativa estamos ofreciendo a nuestra gente?".

Aunque a mí la actitud del profesor me llevó a desertar, no quiere decir que pasara lo mismo con todos mis compañeros, ni que todos los docentes de esta unidad UPN fueran igual. Estoy segura de que también existen excelentes docentes responsables de su labor, pero yo pensé: "si aquí no hay lo que busco, seguiré buscando. Tal vez la Unidad Ajusco cubra mis expectativas, pero lo que es aquí, no vuelvo. Si soy mala docente, necesito tener a los mejores maestros para mejorar mi condición, tanto profesional como dentro de mi familia, como madre y responsable de la educación de la persona que más amo, mi hijo, y con quien también estoy cometiendo errores, si no es que horrores".

Mis raíces indígenas me lo impiden

Con mis estudios realizados en el CAM, intenté solicitar en el sindicato mi transferencia de clave a secundaria, pero me sentía en deuda con el medio indígena así que no insistí mucho. Mi madre es indígena meepa, mi padre, era indígena náhuatl y profesor de educación indígena. Siempre preocupado por su pueblo y su gente, gestionaba beneficios para los indígenas; además, gracias al trabajo en este subsistema, yo había logrado estudiar la Licenciatura en Educación Secundaria con especialidad en Biología, que me había causado gran satisfacción, porque siempre me han atraído los temas de la vida, y mi sueño era ser doctora, así que no podía beneficiarme a costa de los indígenas, a costa de mi mismo pueblo, porque si pude ingresar al CAM, que tiene como propósito profesionalizar a maestros en servicio, fue debido a que ya era docente.

Como indígena, me sentí con el compromiso de participar de manera responsable en la formación de sus individuos y no encontré mejor manera que contribuir con mi preparación, para brindar una atención de calidad; además, soy necia, y si me había propuesto conocer algo, dominarlo y ponerlo en práctica, tenía que lograrlo, no podía dejar algo a medias. Ya no quería sentir la sensación de impotencia al no poder realizar mi práctica docente como yo quería. Necesitaba hacer algo que me hiciera sentir satisfecha, obtener los fundamentos, y poder sentirme alegre de ya no seguir echando a perder más criaturas inocentes. Si lo hice, tenía que saber qué tanto y a quiénes, quería poder, un día, tener la satisfacción de ver a mis alumnos sonrientes, alegres y tener la seguridad de que como docente no los estaba dañando.

Mi primer obstáculo: moverme en el mundo de la información y la burocracia

En varias ocasiones escuché hablar de la UPN Ajusco, donde los docentes en servicio tenían acceso y que se podía solicitar una beca comisión,

así que empecé a investigar cómo ingresar, pero la persona a la que recurrí, que en ese entonces era alumno de la universidad y mi compañero de zona escolar, no me dio la información necesaria, sino que me dijo:

—No se preocupe. Este año ya pasó el periodo de selección de ingreso, pero es fácil ingresar. Para el próximo ciclo escolar, venga en tal fecha y yo le ayudo.

Yo me confié y al siguiente año el maestro tampoco me dio la información a tiempo, así que tuve que intentarlo por dos años consecutivos. Estuve esperanzada en que mi compañero de zona escolar me informara y me ayudara a ingresar a la universidad sin tener resultados, hasta que un poco molesta me dije: "¡bueno!, ¿qué tanto estoy esperanzada en ese maestro? Voy a ir yo personalmente a la universidad para pedir informes" y, decidida, le pedí a mi hermano que me acompañara a la Ciudad de México para pedir informes, porque ya no podía esperar más ni estar esperanzada en otras personas, pues no me funcionaba. Así fue como obtuve toda la información sobre el periodo de fichas y, con mucha dificultad, pedí ayuda a personas que manejaban internet, y así por fin conseguí mi ficha, lo cual me dio mucha alegría, y empecé a comentarlo con mi familia. Al principio parecía que me brindaban su apoyo. Recuerdo que cuando iba a viajar a esta ciudad para presentar el examen mi madre me dijo "vete hija, para que no te cuenten, ve para que conozcas cómo son esas cosas".

Venir fue difícil pues no sabía cómo moverme en la ciudad, nunca había viajado sola, siempre lo había hecho acompañada; además, no sabía viajar en metro, pero estaba tan entusiasmada que me arriesgué. En la fecha señalada viajé a esta ciudad, México, y presenté el examen. El día de publicación de los resultados mi sorpresa fue grande al ver la lista y encontrar mi matrícula impresa en la relación de los aceptados, la sorpresa fue también grande para mi familia.

Después de la emoción de saber que acredité el examen de una institución tan prestigiada, vino la calma, y entonces me llevé otra sorpresa. Resultó que mi familia no me apoyaba verdaderamente en mi proyecto de venir en a la universidad y me sorprendieron sus pre-

guntas: "no te pensarás ir, ¿verdad?", "¿cómo le vas a hacer con tu hijo?", "¿y si te quitan el trabajo?", "¿cómo te vas a ir?, si no conoces, ¿dónde vas a vivir?".

Y tenían razón, ¿cómo le iba a hacer con todo eso, cómo me iba a enfrentar a un mundo tan diferente, al que no estaba acostumbrada? Era fácil decir "no me voy", pero no podía hacerlo, no podía rechazar la oportunidad que tanto estaba esperando. Tenía una esperanza de dar y ser en mi trabajo lo que quería, pero también tenía una familia bajo mi responsabilidad. Indecisa, me vine a inscribir por si acaso a última hora decidía venirme, pero pensaba que tal vez lo mejor sería quedarme como estaba y no complicarme la vida.

¿Tú en la universidad?, ¡estás loca!

El problema más grande al que me enfrenté fue que cuando le comenté al padre de mi hijo que me quería ir a estudiar a México. Él me decía:

—Sí, vete. Te apoyo.

Y cuando le volvía a decir, me contestaba:

—Ya deja de amenazarme o querer presumirme. No te vas a ir, no sueñes. Desde cuándo estás "Me quiero ir, me quiero ir, me quiero ir", y mírate, aquí sigues, tú no puedes.

—Claro que puedo —contestaba yo.

Él se reía de mí y me decía:

—¿Tú en la universidad?, ¡estás loca!

A mí me dolía su actitud y pensaba "Piensas que estoy loca, pues más loco estás tú, por burlarte de mí, te voy a demostrar que sí puedo". Esto me motivó a demostrarle que sí podía lograr lo que me proponía. Después de que le avisé que ya estaba mi trámite, le dije que me acompañara a inscribirme, él me dijo nuevamente:

—¿Estás loca?, mira, piensa bien cómo le vamos a hacer con nuestro hijo, no sea que después vengas llorando con que ya no puedes. Además, yo no quiero que te vayas, tú si te vas a ir a preparar, allá

vas a conocer a otros hombres más preparados que yo y me vas a dejar. Además, tú si te vas a preparar, y yo de burro me voy a quedar, cuando termines de estudiar vas a ganar más y me vas a querer mandar o dejar.

Mi madre me decía:

—No te vayas hija. ¿A dónde vas a sufrir?, si ya tienes tu trabajo, además, ¿cómo me voy a quedar yo sola, quién me va a ver, no quiero que te vayas?

Estas palabras me rompían el corazón, e intentaba preguntarle a mi razón qué hacer, qué decisión tomar, pero sólo lograba confundirme más.

Mis compañeros docentes, contrariamente, me brindaron su apoyo moral y me motivaron para que viniera a la UPN en la Ciudad de México. Las autoridades educativas también me brindaron su apoyo y me liberaron oficialmente de mi centro de trabajo para poder presentarme a clases en la universidad.

Pero con todo y esa situación en mi familia, y sin saber qué hacer con mi hijo, dejarlo o traerlo conmigo, ni con mi madre: ¿con quién se quedaría? Con todo un mundo de problemas a mis espaldas, llegué a la universidad. Loca o no, ya estaba yo aquí como alumna de la UPN Ajusco.

Logré uno de mis propósitos, tener acceso a la institución que, confiaba, me ayudaría a resolver mis problemas como docente después de vivir todo un dilema. Tenía sentimientos encontrados, por una parte quería venir, ser parte de esta institución, pero al mismo tiempo no sabía si tendría el valor suficiente para mantenerme. Si decía sí, sabía que ya no había vuelta atrás, y si decía no, me arrepentiría por no haberlo intentado; así que un día antes de presentarme a clases no sabía qué hacer. Fui al sindicato a buscar al maestro Epigmenio, que estaba gestionando mi beca comisión y le dije:

—Maestro, disculpe, tomé la decisión de no irme a México y vengo a cancelar mi trámite.

—Maestra, esto no es un juego. Usted se tiene que ir, su trámite está hecho. No hay vuelta atrás, si no se va, se va a arrepentir —me contestó.

Así que esto me hizo venir. Las ocho horas que duró mi viaje de Tlapa de Comonfort, Guerrero, a la Ciudad de México para estudiar en la UPN Ajusco no dejé de llorar. Sabía que me enfrentaría a varias dificultades, y la primera ya la estaba viviendo: tuve que dejar a mi hijo al cuidado de mi madre.

Mujer, madre y universitaria indígena

Me quedé sin familia, sin hijo, me cambió el mundo. Desde el ambiente, la comida y hasta el aire que respiraba, pues en mi pueblo el aire es puro y aquí todo contaminado. Mi organismo no se adaptó al instante, y debido a las grandes cantidades de bióxido de carbono que aquí se respiran, los primeros días en esta ciudad me sentía cansada todo el día, me ardían los ojos, me daba mucho sueño, la comida no me gustaba y me daban náuseas al recordar que en mi pueblo se dice que los tacos que se venden en esta ciudad son de perro, de gato, burro o caballo, pero de algo tenía que vivir y comía por necesidad; con todo esto, bajé de peso, me enfermaba con frecuencia y estuve a punto de renunciar, pero poco a poco mi organismo se adaptó. A lo que a la fecha no puedo acostumbrame es a la ausencia de mi hijo, aun cuando todos me dicen que el bien es para los dos y que ya vendrán las recompensas. Entonces, hice *de tripas corazón*, y le empecé a encontrar sabor al asunto.

El trato de mis maestras durante primer semestre fue determinante para mantenerme en la universidad y no renunciar, su trato amable y de aceptación, hasta cierto punto apapachador, un ambiente distinto al que viví en la unidad de mi comunidad.

Cuando acudí a mi primer día de clases me gustó el ambiente, pero me dije: "si no encuentro aquí lo que busco estaré perdida. Me voy a regresar a mi pueblo y mi vida volverá a la tranquilidad". Pero en cuanto escuché participar a mis compañeros me di cuenta de que eran personas de las que tenía mucho que aprender. Además, también había una compañera más o menos de mi edad y otra que igual

que yo también era madre de familia, otra mujer como yo, que a pesar de la situación civil éramos mujeres con deseos de superarnos. Además, la mayoría venía de otros estados, igual que yo también habían dejado muchas cosas, lo cual me hizo pensar: "Si ellos pueden, yo por qué no voy a poder". Por otro lado, al presentar el plan y trabajo de las maestras, me parecieron interesantes, había temas que yo no conocía, lo que despertó mi interés y motivación para enfrentar cualquier situación.

Durante la primera semana de clases, en el mes de agosto del ciclo escolar 2008-2009, estalló la huelga. Esto no me decepcionó, al contrario, me agradó encontrar un ambiente donde se puede hacer presión o protestar para que nuestras demandas y necesidades sean atendidas.

Es verdad que en varias ocasiones me desespero por las dificultades que tengo al estar lejos de mi hijo, y que en mi mente pasa seguido la idea de derrotarme, de regresar a mi pueblo, a mi trabajo y con mi familia, pero cuando esto sucede trato de mantener la calma y recuerdo el último recado que me escribió mi padre unas horas antes de que lo asesinaran por cuestiones políticas y sindicales, donde me decía: "Xóchitl, hija, estudia, échale ganas para que termines tu carrera y tengas una profesión".[2] Este es otro motivo que me ha mantenido aquí. Además, por azares del destino al ingresar al magisterio me mandaron a trabajar a la zona escolar donde él trabajó y en las comunidades donde yo estuve laborando lo conocían y siempre me hacían buenos comentarios sobre su trabajo, hablaban bien de él, lo consideran un maestro como pocos, que como supervisor escolar exigía a su grupo de docentes que hicieran las cosas bien, casi perfectas y, sobre todo, que se actualizaran constantemente, así que por ese lado, como hija, también me siento con la responsabilidad de no dejar en mal la memoria de mi padre haciendo un trabajo mediocre.

[2] Cuando escribí este relato mi hijo no estaba conmigo; hace ya un año que él y mi marido vinieron a vivir a la Ciudad de México y nos encontramos aquí estudiando y trabajando.

Mi vida en la universidad

Ya como alumna de la UPN, en la cuestión académica no he tenido gran dificultad. Trato de ser responsable y de cumplir con las tareas que encomiendan los maestros. Todas y cada una de las materias que contempla el plan de estudios me han parecido interesantes y siempre he tenido algo que aprender de la información que se analiza y de los maestros. Mi dificultad ha sido en relación con el cambio de vida, el costo que estoy pagando es alto, pues me tuve que distanciar de mi familia y, lo más doloroso, de mi hijo para quien mi ausencia ha tenido consecuencias en su formación educativa, debido a que empezó a bajar de calificaciones en el momento que me alejé de él; además, el tiempo que paso con mi familia es mínimo. También tuve que dejar la comunidad y los alumnos con los que convivía debido a mi trabajo y por quienes me sentía aceptada y querida. Renuncié al estilo de vida que ya estaba acostumbrada y que me daban cierta estabilidad.

En la universidad he vivido momentos de satisfacción y alegría, pero también he vivido momentos de discriminación dentro de esta institución: en el momento de hacer trámites administrativos, durante mi permanencia en la biblioteca o cuando una trabajadora famosa entre los alumnos por su carácter, cuyo nombre no quiero ni saber, no pierde oportunidad de llamarme la atención a gritos por cualquier motivo, hasta por sonreír me ha gritado:

—¡Y tú, no te estés burlando de mí!

Pero yo sólo quiero ser un poco cortés con ella, no burlarme de ella.

Otro lugar en la universidad donde me he sentido discriminada es el comedor. Al momento de sentarme me dicen: "arrímate para allá porque está apartado", o cuando llega un grupo de amigos y casi te ordenan: "recórrete porque nos vamos a sentar y no alcanzamos" en un tono muy despectivo. Estos aspectos que considero discriminación refieren a que he observado que esas mismas situaciones ocurren y se resuelven favorablemente y de buen modo, con personas que en apariencia no tienen rasgos indígenas.

De cierta manera también me siento discriminada cuando preguntan, "¿eres indígena?", y contesto "sí", entonces me miran con curiosidad y me dicen "¡ay, qué bien!", o "¡qué bonito!", como si fuera algo extraño o como si acabaran de descubrir que mi proceso fisiológico es completamente diferente al de ellos. Al parecer, para muchas personas, el ser indígena es algo especial, no en cuanto a derechos y participación social, sino como algo folclórico, algo que gusta a los turistas, y a los indígenas muchos los quieren estudiar, en el mejor de los casos, u observar como una función de circo.

Aceptación u obstáculos por vencer

Por mucho tiempo estuve atenta e interesada en ser aceptada por los demás, primero por mi familia, luego por los compañeros de escuela, amigos, pareja y, finalmente, fue la presencia de mi hijo lo que me hizo cambiar y ser una persona más segura, que lucha por las cosas en las que realmente cree; esto me ha convertido en una persona en ocasiones violenta, porque ya estoy cansada de ser discriminada. Todas estas situaciones fueron las que me impulsaron a prepararme a ingresar a esta universidad.

Considero que en esta institución existen maestros preparados para desempeñar su labor, y a mí me agrada tener maestros exigentes que me motivan, al hacerme ver mis errores y me corrigen, porque considero que sólo así superaré mis deficiencias académicas como alumna, y por lo tanto, como docente. Me agrada saber que finalmente encontré lo que buscaba y que me han brindado un panorama amplio acerca de la teoría, los recursos y las herramientas de las que puede hacer uso para mejorar mi práctica como docente.

Ser alumna de la UPN Ajusco es una experiencia muy satisfactoria. Fue aquí en la universidad donde he aprendido a valorarme como indígena y ha comprender lo importante que es seguir aprendiendo la lengua de mi comunidad. La UPN Ajusco no sólo cumplió con mis expectativas pedagógicas, también existen espacios y perso-

nas capacitadas que me han apoyado en mi proceso de recuperación lingüística.

Ser egresada de la UPN Ajusco también implica una gran responsabilidad, porque los compañeros docentes en servicio en la comunidad, la familia, los padres de familia y la comunidad en general esperan que al egresar estemos preparados para enfrentar y resolver los problemas pedagógicos, sociales y cotidianos que se presenten. Hay quienes erróneamente esperan que egresemos con el dominio de contenidos que contemplan los planes y programas de educación básica, cuando nuestro perfil es explicar la problemática educativa indígena de nuestro país con base en el conocimiento de los factores lingüísticos, políticos y culturales presentes en ella; planificar y evaluar los servicios educativos que se prestan en zonas indígenas, en los niveles regionales y microrregionales, con el propósito de mejorar su calidad; planificar, organizar, dirigir y evaluar proyectos de desarrollo curricular para la formación, capacitación y actualización del magisterio indígena.

En mi caso particular espero que al regresar a mi centro de trabajo, a mi comunidad, y sobre todo con mi familia, cumpla con las expectativas que esperan de mí por haberme formado en esta institución. Espero contribuir en la mejora de la educación de los niños de mi región y al logro de una verdadera educación de calidad en un ambiente intercultural empezando desde mi persona, porque en la universidad he conocido a compañeros indígenas de diferentes culturas del país, con los que me he relacionado sin ningún problema a pesar de nuestras diferencias culturales, a diferencia de los compañeros que no se identifican con ninguna cultura, ya que considero que ellos no me aceptan, por lo que la relación con ellos es un tanto más difícil. Por esta razón, considero que me y nos falta desarrollar capacidades que nos permitan desenvolvernos en un ambiente intercultural y que espero seguir adquiriendo en mi proceso de formación en la universidad con la ayuda de mis maestros.

La interculturalidad es una política educativa que considero ideal para que todos los individuos podamos convivir e interactuar en un ambiente de respeto, sin discriminación de ningún tipo, pero somos

precisamente los docentes los encargados de formar en los individuos capacidades de reconocer la diversidad para lograr la interacción entre personas diferentes; pero esto no se puede lograr sólo con la implementación de políticas. Considero que lo lograremos cuando los docentes estemos conscientes de la importancia de nuestro papel en la formación de las nuevas generaciones, y nos capacitemos para buscar alternativas para brindar una educación de calidad a nuestro pueblo.

Cuando los indígenas participemos en la toma de decisiones sobre el rumbo que debe tomar la educación dirigida a nuestros pueblos, entonces lograremos una educación que sea para el beneficio verdadero de los pueblos indígenas.

Estudiantes indígenas y no indígenas. Celebración del Día de Muertos en la UPN (2010)
Foto de Yasmani Santana Colín

DE LOS CHIVOS Y EL PUEBLO A LOS MUROS DE LA UNIVERSIDAD

Yasmani Santana Colín

Nuu kiaa nde laka ska kiaa slo nda kuentyia ji'i lka tyiempuu nuu nya'a scuelyia hasta juni, nde nda kuentyia, ña'a kliu'tsa kiaa laka lo' na' nya'a scuelyia ne' ska nche cha lji' tsa na cha ka'tsa'ana. Lo'o ne' kiaa ndee ña'ana ña ndunii ngu' nmstru sanii ne' scuelia cha kunii kiaay ña'a juni tya nsu'u see slo laka fa'a. Ne' kty nde ña'ana lka kia ji'i va'a nuu nshatakui na' loo nña'a ndy chaka se'e cha' tyo'o scuelyia. Ne' lka va'a nde nduni'tsa cha "na' ña ñate ka jloti ndi slo ljia y ti'a laka na, lo'o ma tyiala" cha ka ka tyiuna ne' nche.[1]

* * *

En este trabajo narro una parte del tiempo que fui a la escuela, también doy cuenta de lo que implica ir a la escuela en un pueblo porque se carece de muchos elementos de formación para aprender. También en este trabajo daré a conocer la forma y actitud de trabajar de los maestros anteriormente en los salones de clases y que en algunos lugares se siguen ejerciendo. En este documento veremos las consecuencias o dificultades de un proceso por el cual pasé al cambiarme de lugar para ir a la escuela. Dentro de este proceso es muy necesario que como persona sepamos de dónde venimos y quiénes somos y a dónde llegamos para poder vivir en sociedad.

[1] Traducción a la lengua chatina de Tataltepec de Valdés, Oaxaca, *Cha'knia ji'i londa'a ji'i nche lo'o jo'o*, de Ricardo Hernández Santiago, egresado de la Licenciatura en Educación Indígena.

El presente texto es una breve reseña de mi vida académica. En él trato de dar una visión general de lo que implica estudiar en un contexto rural donde las condiciones educativas son sumamente precarias. Asimismo el trabajo pretende hacer una denuncia de las prácticas tradicionalistas y agresivas que en su momento los maestros ejercían en su docencia y que hoy en día aún son vigentes en algunos contextos. En este breve documento trato de abordar los problemas que enfrenté en el proceso de migración, específicamente en las escuelas urbanas donde el juego de la identidad es fundamental para sobrevivir en un contexto en el que la sociedad teme a lo diverso y se vuelve intolerante.

Mi nombre es Yasmani Santana Colín, soy originario de Ixtapan del Oro, un pueblo ubicado entre los límites del estado de Michoacán y el Estado de México. En mi pueblo ya no se habla la lengua indígena, sólo algunas personas que vienen del pueblo vecino, llamado Miahuatlán, hablan la lengua mazahua, son personas que trabajan en el pueblo o que van a vender algunas frutas o vegetales, leña o algún animal.

Son mejores los chivos que las chingas

En mi pueblo sólo se impartía la educación básica y en años más recientes se creó el primer bachillerato. Pero en aquel entonces ¿quién pensaba en estudiar? La vida en el pueblo era cuidar animales, sembrar maíz, ir al monte por leña, alimentar marranos, en fin, trabajos que la vida campesina requiere. A mí, si me iba bien, me escapaba un rato para jugar con mis amigos, ¿a qué? A lo que fuera, canicas, trompo, yoyo o simplemente me aventaba marometas en la falda del monte o le entraba a las luchas con los camaradas, lo que fuera; de todos modos, nadie me libraría de la regañiza que me daría mi mamá por llegar con la ropa más sucia que de costumbre o, peor aún, con un hoyo más, lo que significaba coser otro parche en mi ya muy colorido pantalón.

La escuela, para mí, era más un lugar de tortura que una oportunidad de construirme un mejor futuro como decían los mayores. Era mejor estar cuidando chivos en el cerro que recibir las chingas de la maestra cada clase por no entender las matemáticas o por no escribir con buena ortografía. ¡Ay de aquel que llevara las orejas sucias!, porque ella se encargaba de darte tan buenas talladas que si eras moreno hasta güerito te dejaba.

Cada mañana caminaba a la escuela primaria "Miguel Hidalgo", ubicada en el pueblo llamado San Miguel, el más cercano a mi casa. Cualquier cosa era buena para distraerme en el camino, lo importante era perder algunos minutos y, no sé, en una de esas tal vez ya no me dejarían entrar a la clase por llegar tarde. Lo único malo es que no era el único, Juan y Ramón, mis dos mejores amigos, "de pura casualidad" también andaban matando el tiempo. Lo peor del caso es que la maestra podría pensar que tal vez su clase no nos gustaba o que preferíamos la clase al aire libre.

Después de varios días, la maestra notó el gusto de sus alumnos por el trabajo fuera del aula y decidió ser un poco más "constructivista" y trabajar con nosotros en el monte, algo que conocíamos y que nos gustaba. Recuerdo aquella actividad como si fuera ayer, la maestra nos pidió buscar una vara, la más derechita y dura que encontráramos. Como el resto de mis compañeros, quise encontrar la mejor, tal vez con eso me ganaría el aprecio de la maestra y con algo de suerte ya no me molestaría. Después de que todos conseguimos nuestra vara, regresamos al salón, le pusimos nuestro nombre a las varas y las dejamos en un rincón. Las preguntas de todos eran para qué nos servirían, a qué jugaríamos, para qué actividad servirían. La respuesta no tardó mucho, durante la clase matemáticas la maestra nos hizo unas preguntas. A mi lado se sentaba Epifanio, un compañero muy tímido, al cual difícilmente se le escuchaba hablar, ni siquiera se le veía una leve sonrisa.

Epifanio fue el primero en saber para qué servía la bella varita que cortamos en el monte. La maestra le hizo una pregunta sobre multiplicaciones, para ser honesto no recuerdo sobre cuál, pero daba igual, no sabíamos completa ninguna multiplicación. Cuando

la maestra le preguntó, sólo se podía escuchar la respiración agitada de Epifanio y el silencio abrumador del resto de nosotros. Después de unos minutos, esperando la respuesta del tímido y además asustado amigo, sólo podíamos escuchar la vara con el nombre de Epifanio caer una y otra vez sobre su espalda acompañada por el grito de la maestra que pedía escuchar correctamente la multiplicación. Después de él, todos probamos lo derechito y lo resistente del material didáctico obtenido en la práctica de campo.

Mi maestra, al igual que muchos maestros de otros grupos, se daba un festín de golpes conmigo y con mis amigos. Nadie se quejaba, total, era la palabra de un chamaco contra la de un maestro, el cual tiene un gran prestigio y reconocimiento en el pueblo. Eso sí: todos los maestros eran unos genios para inventar toda clase de escarmientos. Aquello parecía una competencia para ver quién era el más creativo.

Lo bueno era que estos grandes didactas no duraban mucho en la escuela, entre sus huelgas para exigir mejores salarios por el supuesto excelente trabajo que realizaban y el deseo de estar en un pueblo más grande, terminaban por abandonarnos.

Ser nuevo y venir de un lugar distinto nunca ha sido fácil

En innumerables ocasiones los grupos se tenían que fusionar por la falta de maestros, lo que daba paso a los salones multigrado. Ahora, además de las friegas de los maestros, también los más grandes del salón nos tupían, pero bueno, en esas situaciones o te adaptas o dejas la escuela, y dejarla no era opción porque a mí me llevarían a rastras, así que ni pensarlo.

Cuando estaba por terminar el primer año de primaria, el único maestro que nos quedaba desapareció, dejó de ir al pueblo y todos perdimos el año. A mí me llevaron a estudiar a una escuela un poco más retirada. Para mi buena fortuna, no fui el único, mi mejor amigo, Ramón, y el callado Epifanio también irían a esa escuela. Para noso-

tros era una nueva oportunidad de comenzar olvidando un poco la experiencia anterior. Yo no estaba interesado en esa escuela ni en ninguna otra. Con una vez me había bastado para reafirmar mi idea sobre lo que era estudiar. No, eso no era para mí. Lo mío era la vida en el campo, no encerrado en un salón batallando con números y letras.

Cuando comenzaron las clases en la nueva escuela, me di cuenta de una gran diferencia. Los maestros eran más amables, tal vez gritones, pero nunca le dieron un golpe a ninguno, sólo algunos castigos, como dejarte parado en la esquina o hacerte limpiar el salón al término de las clases, pero eso era todo. Aquí no tendríamos muchos problemas, bueno, eso pensamos.

En esta escuela no recibíamos malos tratos de los maestros pero sí de los compañeros. Ser nuevo y venir de un lugar distinto nunca ha sido fácil, constantemente los alumnos más grandes de otros grupos junto con nuestros compañeros de salón nos esperaban a la salida de clases para darnos una paliza. Casi diario era lo mismo, nos daban unas corretizas hasta llegar al panteón que conectaba con el camino a nuestro pueblo. Al llegar ahí, estábamos a salvo, pues ellos no se atrevían a meterse al panteón; en cambio, para nosotros era como un lugar de salvación pues en él terminaba la angustiosa carrera.

Logré terminar el primer grado de primaria después de un año en el que más que aprender letras y números parecía que me preparaba para las olimpiadas por todas las carreras que hacía de la escuela al panteón cada tarde a la una en punto.

Y ahora a dejar mi tierra

Cuando estaba por ingresar al segundo grado, mis papás se separaron, y mi mamá, mis hermanos y yo vinimos a vivir al Distrito Federal con mis abuelos. Llegamos a una colonia pobre de la capital llamada Pedregal de San Nicolás, ubicada en la delegación Tlalpan.

Migrar nunca ha sido una decisión fácil. No sólo representa el sentimiento de dejar la tierra que te vio nacer, sino que además es

enfrentar un mundo totalmente extraño, ajeno a la realidad que conocemos, al cual tenemos que adaptarnos de manera rápida o no se podrá sobrevivir a este nuevo contexto.

Cuando se vive en el pueblo, uno puede imaginar la vida de la ciudad llena de lujos, de comodidades, de estabilidad económica, de tener todo a manos llenas; desafortunadamente esta realidad no existe, cuando se llega del pueblo a este monstruo de ciudad, toda esa magia que se piensa sobre la gran urbe se desvanece en un instante.

Nosotros, mi familia y yo, llegamos a casa de mis abuelos, nos instalamos en un pequeño cuarto donde vivíamos mi mamá, mis tres hermanos y yo. Este cuarto era nuestro dormitorio, nuestra cocina, la sala y todo lo que se pueda imaginar. Además de vivir en un cuarto pequeño, la casa estaba toda bardeada, y ni pensar en salir a la calle, porque mis abuelos decían que era peligroso, pero yo no entendía por qué.

Cuando tuve la oportunidad de salir, vi mucha gente. Todos tenían prisa. Aquí nadie se saludaba, como uno acostumbra en el pueblo. Muchos otros, colgados en los camiones, parecían molestos, miraban la hora. Parece que en la ciudad es una ley tener reloj y estar al pendiente del tiempo y de su buena administración. Había basura por todas partes, se sentía un ambiente tenso, abrumador; entre tanto, me preguntaba dónde estaba aquella ciudad de la que mis amigos y yo hablábamos e imaginábamos cada vez que abríamos un libro y veíamos imágenes de ella, dónde estaban esas historias que los maestros nos contaron de sus viajes a la ciudad, dónde. Sólo eran eso, historias, porque aquí la gran realidad es otra, aquí te rompes el lomo cada día, como todos, o no comes.

Mi mamá comenzó a trabajar al siguiente día que llegamos a la ciudad. Mi hermana Angélica, que es mayor que yo, tuvo que tomar el rol de mamá. Ella cocinaba, lavaba, limpiaba, en fin, hacía todo lo que una madre hace en casa y además tenía que cuidarme a mí y a mi hermanita de tres años Luz. José, mi hermano mayor, trabajaba de albañil con uno de mis tíos, luego fue policía, y yo fui el único que tuvo la oportunidad de seguir estudiando.

Escuelas urbanas, el enemigo por vencer

Mi abuela conocía a un maestro de la primaria, pues ella vendía dulces afuera de la escuela. Ella le pidió que me ayudara a ingresar a la institución. Héctor se llama el maestro, él me ayudó para poder ingresar a la primaria "Eliseo Bandala Fernández". Parecía que la vida se empeñaba en mantenerme atado a los libros cada vez que yo me sentía más lejos de ellos.

La vida académica en la ciudad es bastante compleja cuando se llega del pueblo. Lleno de carencias y rezago educativo, además de ignorante del contexto de llegada, tuve que integrarme y ponerme al corriente con el nivel de los otros niños, todos oriundos de la ciudad. Ser el alumno nuevo es muy difícil, más aún cuando llegas de una realidad tan ajena y diversa a la ciudad, te conviertes en el foco de atención para todos, eres el extraño, el pueblerino, el torpe, el tímido, y lo peor: eres el burro por no estar en las mismas condiciones de aprendizaje que el resto de los compañeros.

Cada día quería escapar, estar lejos de todo este mundo urbano que tanto daño me hacía y al cual me costaba tanto adaptarme. Qué lejos estaba de aquel mundo de ensueño que un día imaginé y que tanto deseaba conocer.

La escuela de la ciudad contaba con una mejor infraestructura que la del pueblo, aquí cada grupo tenía su propio maestro, y eran muchos los niños que asistían a esta escuela. Creo que eran como cinco veces más que los del pueblo. Sin embargo, la situación de los maltratos no fue del todo diferente, cuando me incorporé a la escuela primaria en la ciudad, mi primer maestro fue el profesor Sebastián, un maestro mayor que usaba el mismo método de la varita sólo que aquí era la regla. En fin, yo terminé por acostumbrarme a esta forma de aprender.

En los siguientes años de la primaria, me fue mucho mejor. Empecé a adaptarme a la vida ajetreada de la ciudad, ya tenía amigos y los maestros en estos últimos años fueron mucho más didactas, me puse al nivel de los otros niños y comencé a destacar del resto de ellos; para

ser honesto, nunca imaginé que podría lograrlo, por fin la vida me daba una oportunidad de hacerle frente a mi gran pesadilla, la escuela.

Cuando ingresé a la secundaria, yo mismo me fui a inscribir. Mi mamá trabajaba y no podía llevarme, pero yo estaba acostumbrado, ya en la primaria lo había hecho, yo me inscribía solo; aunque a los maestros les sorprendía, terminaban por inscribirme. Nunca me quejé de esa situación, creo que fueron circunstancias que me sirvieron para poder empezar a ser un poco independiente en la ciudad, donde ser autónomo es necesario para poder sobrevivir a los estragos de ésta.

La secundaria fue una etapa más fácil de superar, pues me incorporé en condiciones educativas similares al resto de mis compañeros después de superar la primaria. Aquí desde que empecé el primer año hasta el final fui un alumno destacado, no importaba cuál era la estrategia didáctica del maestro, yo estaba listo para enfrentarla y superarla. Pasé de ser el pueblerino ignorante a ser el mejor de la escuela. Nunca más quería ser humillado por no saber, y lo logré. Terminé la secundaria sin ningún problema, sólo con la satisfacción de poder llegar a mi casa y decir a mi madre lo bien que me iba en la escuela.

¡Qué diferente era esta nueva realidad! Ahora comenzaba a disfrutar al gran monstruo de ciudad y sus encantos, sin embargo, nunca pude sacar de mi cabeza lo vivido en mi pueblo. Era algo que cargaría conmigo por el resto de mis días, y tal vez suene dramático, pero creo que así es.

Camuflarse para sobrevivir

En la etapa de la preparatoria pasé desapercibido. Nunca nadie supo cuál era mi origen, de dónde venía. Sólo era Yasmani, uno más del grupo, el que vivía en la calle 8, lugar de mala fama caracterizado por ser un lugar de pandilleros, aunque nada de eso era verdad, bueno, tal vez lo digo porque yo vivo ahí. En fin, nadie supo que yo venía de un pueblo, yo hablaba como todos y me comportaba como todos. Aunque todavía desconocía muchas cosas de este contexto, siempre

simulaba saber de todo lo que se hablaba entre los compañeros. Lo importante era no quedar mal y perder la imagen que ellos tenían acerca de mí.

La etapa de la preparatoria representó un cambio drástico en mí. Yo me estaba convirtiendo en parte de esta sociedad urbana como cualquier otro de sus miembros. No sabía si eso era bueno, la única realidad era que estaba dejando de ser excluido por mis compañeros, como sucedió en etapas anteriores, incluso en mi propio pueblo. Sin embargo, nunca olvidé de dónde venía ni quién era. Aunque pasaba desapercibido entre la sociedad urbana, yo me sentía ajeno a ella.

Cuando terminé la preparatoria, me encontré con un gran dilema: no sabía si seguir estudiando o trabajar. La respuesta se dio cuando un amigo me comentó que estaban solicitando un maestro de música en el Colegio Nacional de Educación Profesional Técnica (Conalep), en el que él estudiaba. Aventurándome con lo del trabajo, presenté mi currículum en la institución. Para mi buena fortuna ese mismo día me contrataron. Esta sería la primera vez que enseñaría música. Yo era músico por gusto, pero no sabía nada de docencia.

Ya trabajando busqué la didáctica adecuada para enseñar música con un método sencillo con el cual cualquiera que tuviera el gusto por la música podría aprender. Después de un año de trabajo como maestro de música, me ofrecieron ser el nuevo promotor de deporte y cultura de la escuela, además, seguiría dando mi clase.

Con este nuevo compromiso, tendría a mi cargo ocho maestros que impartían materias deportivas y culturales. Ser un maestro joven y tener la responsabilidad de otros compañeros no era algo fácil, pero para mí representaba un compromiso serio, el cual me daría la oportunidad de crecer como profesional en lo que hacía y que además me gustaba.

¿Casualidad o destino?

Después de cinco años de trabajo, decidí que tenía que prepararme más. Sabía que estaba logrando superarme, pero no era suficiente. Opté

por entrar a la universidad. Siempre quise estudiar ciencias de la comunicación, y estaba dispuesto a estudiar, aunque debiese dejar mi trabajo.

Cuando fui a informarme por internet acerca de la carrera de Ciencias de la Comunicación, me di la oportunidad de revisar la oferta académica de diversas universidades, entre ellas la Universidad Pedagógica Nacional (UPN). En esta última, encontré una carrera de la que nunca antes había oído hablar, la Licenciatura en Educación Indígena (LEI). Me llamó tanto la atención el currículum de la licenciatura que al día siguiente me dirigí a la UPN en busca de más información referente esta carrera.

Cuando me presenté en la universidad, en la coordinación de la LEI me encontré con una mala noticia: la carrera estaba dirigida a jóvenes indígenas hablantes de alguna lengua indígena del país. Aquel día, con la coordinadora se encontraba una maestra lingüista, la cual me dijo que yo no era indígena y por lo tanto no había lugar para mí en esa carrera.

Cuando ya me había resignado, la coordinadora me dijo que si yo presentaba el examen como cualquier alumno que desea entrar a cualquier licenciatura de la UPN y aprobaba tendría mi lugar en la LEI como cualquier otro aspirante. Aquel día se me olvidó el gusto por la carrera en Ciencias de la Comunicación y me enfoqué en estudiar para el examen de admisión a la LEI. Había algo en esa carrera con lo cual yo me identificaba, y quería ser parte de ella.

Cuando me informaron que fui aceptado para estar en la licenciatura, sabía que era el inicio de algo grande, de una etapa que marcaría el rumbo de mi futuro. Pero tenía una gran incertidumbre por saber a qué se refería la maestra lingüista cuando dijo que para mí no sería fácil estar en la LEI por no ser indígena ni hablar una lengua indígena.

El primer día de clases traté de ser de los primeros en llegar, quería conocer a los que serían mis nuevos amigos y compañeros. Cuando comenzaron a llegar, me presenté con ellos. Para mí, era muy sorprendente saber que cada uno de ellos venía de un estado distinto. Fue hasta entonces que, después de muchos años, comencé a decir "yo soy michoacano", sólo hasta ese día sentí que podía ser yo mismo sin

nada que esconder. Estos nuevos amigos eran como yo, con una vida dura, pero con las mismas ganas de salir adelante.

Cuando entramos al salón para tomar nuestra primera clase, la maestra pidió que nos presentáramos. Teníamos que decir de qué estado veníamos y qué lengua hablábamos. Nunca antes había escuchado que existían tantas lenguas indígenas en el país. Yo sólo conocía el mazahua y el purépecha, pues son las dos lenguas que se hablan en mi estado, y el popular náhuatl; fuera de éstas, todas eran desconocidas para mí. A medida que mis compañeros se presentaban, yo estaba más fascinado de escuchar tantas cosas nuevas. Era un lenguaje totalmente desconocido para mí; sin embargo, quería seguir oyendo más, pues nunca antes había estado tan interesado en un tema tan simple aparentemente por tratarse de una presentación pero con una gran riqueza en las palabras de cada uno de mis compañeros.

El encanto de la presentación se rompió cuando fue mi turno de presentarme, pues yo no soy hablante de la lengua indígena de mi estado y por haber migrado desde muy niño a la capital nunca antes había contemplado ese referente como parte de mi identidad. Cuando me preguntaron de dónde venía y qué lengua hablaba, me puse muy nervioso y lo primero que dije fue: "soy de aquí, del Distrito Federal y no hablo ninguna lengua indígena". Cuando mis compañeros escucharon eso, muchos me miraron con cierta desaprobación. Creo que convivir con mestizos –como nos llaman a quienes no hablamos la lengua indígena– y que fueran sus compañeros de clase no era algo que tuvieran contemplado mis nuevos compañeros.

Los primeros días en la licenciatura representaron un duro proceso de socialización y adaptación a las nuevas formas de convivencia en un aula llena de diversas culturas e identidades para tratar de formar un nuevo espacio de aprendizaje mutuo. Sin duda, este proceso fue difícil para mí debido a que yo desconocía muchos de los conocimientos y del leguaje que mis compañeros utilizaban, pero sin duda todos estos conocimientos en algún momento de mi niñez formaron parte de mi vida, y paradójicamente hasta la etapa de la universidad volvían a representar algo muy fuerte y significativo en mí.

El rollo de la interculturalidad

En la LEI lo primero que tienes que aprender es que el respeto por las diferencias culturales y lingüísticas debe ser el eje central de la convivencia intercultural. Desde el primer día se habla de interculturalidad; sin embargo, considero que la LEI está muy lejos de promover la verdadera relación intercultural. Es claro que ésta es un espacio en el que se mueven muchas culturas de diversas partes del país, sin embargo, esto no garantiza que exista una relación intercultural.

La convivencia que se da con los compañeros de la licenciatura en la organización y participación de los eventos podría parecerse a la concepción que se tiene de interculturalidad en un ambiente de igualdad y respeto, aunque en ocasiones exista algún tipo de discriminación para los que no hablamos la lengua, y que además radicamos en la ciudad; debido a esto, algunos no nos consideran como miembros de una comunidad indígena. No obstante, en mi propia experiencia me he ganado un lugar en esta licenciatura, y ahora me consideran parte de ella, y tengo la posibilidad de aportar y participar en las decisiones que se tomen a favor de ésta.

Paradójicamente la misma institución se encarga de marcar las diferencias entre indígenas y no indígenas, lo que hace que las asimetrías entre unos y otros sean más visibles. Además, quienes somos parte de la licenciatura y no somos hablantes hemos perdido el derecho y acceso a programas de apoyo, a la participación en eventos académicos, políticos, culturales y otros, sin importar el derecho a la autoadscripción. En estas situaciones, la vida en la LEI es, a mi parecer, sólo una convivencia entre diversas culturas, pero no se parece nada a la perspectiva que se tiene y que tanto se pregona en las aulas de la licenciatura con respecto a esta política intercultural.

La etapa universitaria es una etapa siempre anhelada cuando se es joven, pero pocas ocasiones imaginas lo que vivirás y encontrarás en ese contexto. Ser el primer miembro de la familia en llegar a la universidad representa para mí un gran orgullo, pero a la vez una gran responsabilidad por el peso que significa ser un joven universi-

tario en una familia de escasos recursos económicos. Pocas personas creían en mí, muchos pensaban que no duraría en la universidad, me decían que sólo me mantendría un par de semestres y luego desertaría. Sin embargo, pese a las dificultades que tuve para adaptarme hoy puedo decir que es una gran satisfacción ser parte de la LEI, y más aún estar a punto de concluir esta etapa tan significativa, en la cual pude reafirmar mi identidad como joven en un espacio educativo como la escuela que invisibiliza las diversas identidades con el pretexto de la igualdad o de la "interculturalidad".

Mi trayectoria escolar, como la de muchos de mis compañeros, sólo es una historia más de las muchas que existen en esta licenciatura, trayectorias que dan cuenta de una larga historia de asimetrías en el sistema educativo nacional para los miembros de comunidades indígenas y pueblos campesinos, y de la incapacidad de los estados para brindar oportunidades económicas y educativas para nuestros pueblos.

Hoy, pese a los problemas que enfrentamos los jóvenes en esta universidad en la LEI al ser "migrantes" en nuestra propia tierra,[2] estamos formándonos como profesionistas y tenemos bien en claro que tenemos una deuda pendiente con nuestra gente, con nuestros pueblos y sobre todo con la educación para nuestras comunidades.

[2] Me refiero a que los indígenas han sido tratados como "migrantes" cuando salen de sus comunidades de origen, como si los indígenas fuéramos "extranjeros" cuando salimos de nuestros pueblos ubicados en las zonas consideradas indígenas.

Esta primera edición de *Jóvenes indígenas en la* UPN *Ajusco. Relatos escolares desde la educación superior*, estuvo a cargo de la Subdirección de Fomento Editorial, de la Dirección de Difusión y Extensión Universitaria, de la Universidad Pedagógica Nacional y se terminó de imprimir el 21 de mayo de 2012 en Litografía Mier y Concha, calle Pablo García número exterior 245-A, número interior 2, local 12, colonia Juan Escutia, delegación Iztapalapa, CP 09100. El tiraje fue de 500 ejemplares más sobrantes para reposición.